



La
MARCA del
EMONIO

SERIE PROMETHEUS 3

SCARLETT O'CONNOR





SCARLETT O'CONNOR

©Lune Noir, 2025

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

Aquel que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los «cómos».
Friedrich Nietzsche

ÍNDICE

[Preludio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Serie Prometheus](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

[Cuenta oficial de Scarlett O'Connor](#)

[Cuentas de Lune Noir](#)

[Otras obras de Scarlett O'Connor](#)

[Serie Señoritas de Shakespeare](#)

[Tú, mi deuda pendiente](#)

[Serie Señoritas Americanas](#)

Serie Señoritas británicas

Serie Familia Evans

Serie Floreros y Canallas

Serie Caballeros desdeñados

Serie Corazones de Escocia

Contemporáneo

Serie Shell Island

Contemporáneo

Otras obras de La editorial Lune Noir

PRELUDIO



Inglaterra, 1881.

Deslizó el dedo por la sombra en forma de rosa que se proyectaba sobre el duro suelo. Había aprendido a apreciar la belleza donde la encontrara, y en ese hospicio en el que crecía no abundaban los lugares hermosos. Tampoco tenía con qué comparar. Alexa Milbank era un animal criado en cautiverio, como esas exóticas criaturas de los zoológicos británicos. Ni siquiera sabía si se llamaba así, Alexa Milbank; el nombre se lo había asignado Viktor Schwarz, el doctor encargado de ese extraño experimento. Jamás se habría preguntado por el origen de su nombre si no fuese por Xiao y por Little Lord —Marcus Cavendish—. Ambos sabían que la vida existía al otro lado de esa reja de hierro negra con ornamentación de rosas. Xiao no recordaba mucho, pero llevaba su nombre tatuado en la piel con tinta negra. Alguien —a él le gustaba pensar que su madre— lo había marcado para que nunca olvidase sus orígenes ni creyera que ese lugar era su mundo. Marcus, en cambio, había llegado a los seis años al proyecto y conocía la vida real mejor que nadie. La situación no era muy esperanzadora.

Sin embargo, ella soñaba con escapar, con aguardar a uno de esos experimentos al aire libre y darse a la fuga sin mirar atrás. Lo había intentado un par de veces, en todas ellas la habían atrapado y los castigos recibidos no eran algo digno de mención: palizas, hambruna, humillaciones...

Hoy no le tocaba a ella, sino a Marcus Cavendish. Pertenecían al mismo grupo de control. Alexa se abrazó las rodillas y permaneció quieta bajo el tenue rayo de sol. ¿Debía rogar para que Marcus regresara o era mejor que Isaiah lo eliminara de una vez por todas? Se mordió el labio inferior ante el dilema; ese miedo formaba parte del experimento, era la forma en que los doctores estudiaban cómo los cautivos trazaban alianzas para luego traicionarse, analizando así si la lealtad era una característica humana o animal, un instinto de supervivencia o una construcción social. ¿Para qué? Alexa no lo sabía, pero desgraciadamente seguía el juego; era la única forma que conocía de vivir.

En cualquier caso, Isaiah era cruel y Marcus, más cerebral. Diría que le convenía que ganase Marcus la contienda, pero luego ella tendría que vencerle a él. Y era más sencillo vencer a Isaiah. De todos modos, Alexa empezaba a comprender que solo le estaba comprando tiempo a la muerte, no saldría viva de allí. Su grupo tenía dos potenciales alfas y ella no era uno de ellos.

—Pss...Pss...—Solo una persona la llamaba así, Xiao. Reptó hasta la puerta y abrió la ranura por la que le pasaban la comida cuando estaba en aislamiento. No era el caso, pero prefería mantenerse apartada, sola, que compartir los pasillos con los demás niños Prometheus, muchos de los cuales ya hacían daño por placer o por temor.

—Xiao, ¿qué ocurre?

—Little Lord ha vencido. —Alexa se puso de pie, corrió el pestillo. Xiao entró en su habitación y sus ojos rasgados se fijaron en ella. No sabía por qué, pero siempre que estaba con él se sentía segura, incluso cuando sabía que allí serían puestos a prueba y, llegado el caso, Xiao tendría que elegir entre ella y su propia vida. No obstante, era fiel a su lema: apreciar la belleza donde la hallara, y la extraña conexión que sentía por ese otro niño era bella—. Pensé que te alegrarías.

Alexa se encogió de hombros y expresó sus pensamientos.

—Si Marcus vence a Isaiah, tendré que vencer a Marcus o él me matará a mí. Ya conoces su pensamiento: no es personal, tú o yo.

Sí, Xiao conocía el pensamiento de Little Lord y entendía el dilema de Alexa. Era más fuerte que Isaiah, pero no imposible.

—Tendrás que pensar una estrategia, Alexa. A Little Lord debes vencer aquí... —Se tocó la sien—, no con el cuerpo.

—Es que no sé si quiero vencerlo, la verdad. —Se sentó contra la pared y miró a su «amigo»—. Estoy cansada.

—¡No! —Xiao la levantó cogiéndola por los hombros. Él era más alto que ella, por aquel entonces una media cabeza—. ¡No te rendirás! Saldremos de aquí y viviremos conforme a nuestras normas, juntos.

Alexa asintió, aunque no del todo convencida. Le gustaba la idea y la animaba saber que no estaría sola en el extraño mundo al otro lado de la reja, pero ya empezaba a perder la esperanza. Viktor tenía muy claro qué casos eran de éxito y cuáles no, y en su lista las mujeres no estaban en los primeros puestos. No estaba segura de si despreciaba más a Marcus por noble o a ella por mujer, pero sí tenía certeza de que para el doctor Schwarz, quien debía vencer en su grupo era Isaiah.

Y eso no era nada comparado con el grupo de Xiao, donde se encontraban los marginados, ¡ni siquiera les había puesto nombres! El grupo entero se llamaba Tobías Krage, compartían la misma cama, el mismo retrete, el mismo plato, el mismo cubierto...y el mismo nombre. Debían luchar no solo por su supervivencia, sino también por su identidad. Xiao se aferraba a ese nombre tatuado en su piel; era lo único que Viktor no había podido arrebatarle. Eso y la única dosis de esperanza que tomaba la forma de una niña de cabellos renegridos y ojos grises que accedía a dar una batalla más.

—Isaiah todavía puede vencer a Marcus, no fue la contienda final —dijo la niña y dio un rodeo por la celda—. ¿Tú qué piensas?

—Nada —mintió Xiao, porque en realidad pensaba que estaba jodido. Estaba muy, muy jodido. Viktor Schwarz era de los que no aceptaban estar equivocados; tal vez pudiera pasar por alto el error cometido con Marcus, pero no toleraría dos. Nunca permitiría que un asiático venciera a un ario, eso derribaría toda su ciencia prejuiciosa. Little Lord podía ser un fallo estadístico, pero un segundo fallo estadístico sería inaudito. Lo eliminaría antes de que saliera a la luz—. Tú debes enfocarte en trazar tu estrategia y no rendirte, yo seguiré buscando una salida, ¿sí?

—Sí —respondió más animada, le brindó una tímida sonrisa a Xiao e instó a este a marcharse. Si los encontraban juntos, de grupos distintos, los castigarían. Una vez quedó a solas, repasó sus posibilidades, esforzándose en no caer en la desesperación. Marcus Cavendish era un animal político, esa era su estrategia: debía hacer política con él. Negociar, construir una alianza, aunque solo fuera para llegar juntos a la batalla final. Allí no lo vencería, Little Lord era mejor combatiente que ella en la pelea cuerpo a cuerpo, pero esperaba haber escapado para entonces. Su esperanza también cobró

forma: tomó el cuerpo de un niño alto, de cabellos negros lacios y ojos rasgados con los párpados algo caídos. La mirada más dulce que ella hubiera visto jamás.

Decidida, abandonó su celda y se escabulló por los corredores, procurando mantenerse en las sombras. En Prometheus, las niñas no usaban faldas, ya que se consideraba una desventaja. Trepó por el muro que daba al pabellón de enfermería y cayó, silenciosa como un gato, sobre el césped que separaba la zona de los reclusos de la de los profesionales. Los médicos lucían batas blancas cortas sobre sus trajes de tres piezas y las enfermeras llevaban falda azul, camisa blanca, delantal y cofia. Los veía ir y venir; hablaban poco y todos tenían expresiones severas y frías. Quienes mostraron emoción fueron los primeros en desaparecer del proyecto. La mayoría hablaba francés, ya que era el idioma del doctor Chamberland, el psicólogo a cargo. Sin embargo, cuando Viktor estaba presente, el idioma predominante era el alemán. Alexa había aprendido francés solo con oírlo; en cambio, la lengua de su peor enemigo era aún un enigma. El muy maldito de Marcus Cavendish había aprendido a comprenderlo, lo que suponía otra de las ventajas que tenía sobre su grupo.

Cogió una roca del jardín por si necesitaba defenderse y se adentró en el ala médica. La enfermería estaba al final del pasillo; todos los niños Prometheus habían pasado allí alguna noche. Aunque no siempre recibían atención después de las pruebas, si las heridas eran graves y Viktor no quería que muriesen, eran trasladados allí. Alexa comprendió que Schwarz empezaba a darse cuenta de lo mismo que Xiao y ella: Little Lord iba a vencer en su grupo. No estaría contento, eso le hizo sentir más simpatía por Cavendish. Al menos, le tocaba los cojones al doctor. Una enfermera abandonó la habitación y Alexa se escondió, aferrándose a la roca con fuerza en caso de necesitarla. Si la pillaban, le haría compañía a Marcus en la enfermería... o peor. Aún tenía un hematoma verdoso en las costillas de su última prueba, la cual tuvo que sanar sin ayuda. Esperó hasta no notar movimiento y corrió sigilosamente hasta la enfermería. Se detuvo en seco antes de atravesar la puerta y mordió su lengua para ahogar la maldición que le nació: Little Lord no estaba solo. Las voces que se oían eran en alemán.

Una enfermera la vio; antes de que pudiera dar la voz de alarma; Alexa le arrojó una roca y le golpeó en la sien. La mujer cayó desplomada, algo mareada por el impacto. Sin demora, la pequeña fue a su encuentro. La mujer se arrastró, el miedo se traslucía en su mirada.

—No me mates —murmuró. No importaba que fuera una niña en desarrollo, en ese infierno terrenal eran pequeños demonios. Pensaban y actuaban como soldados entrenados.

—Lo intentaré —respondió Alexa, y la cogió por detrás. Con las piernas le hizo una llave en el cuello, pero en lugar de presionar la tráquea, presionó el paso de sangre al cerebro, consiguiendo que se desmayara sin ocasionarle mayores daños. Una vez logrado, volvió a esconderse y esperar.

Chamberland fue el primero en aparecer, vio a la enfermera e hizo sonar la campana. Tras él apareció la figura del rey de sus pesadillas: Viktor Schwarz. Su cabello espeso y cano, sus cejas tupidas y esa jodida barba eran la viva imagen de un demonio para Alexa. No era creyente, en Prometheus no había espacio para la religión, pero sí conocían las figuras de demonios y ángeles. Según los psicólogos del proyecto, eran arquetipos. Cada cultura tenía su propio mito en torno a estos seres y estudiaban qué respuestas provocaban los mitos en los pacientes. Alexa no temía a los demonios de esos cuentos, sino que deseaba que existieran y se cargaran a los malditos hombres de Prometheus. No temía a los monstruos imaginarios, sino a los humanos y reales como Viktor Schwarz.

El doctor pasó por encima del cuerpo de la enfermera desmayada sin detenerse a comprobar sus heridas ni su pulso; no le importaba lo más mínimo. En cambio, dijo en inglés:

—Quienquiera que haya hecho esto será premiado, no castigado. —Le hablaba a ella, era una

trampa, como tantas otras. Tal vez le diera una ración doble de comida, pero no tardaría en hacérselas pagar. Era incoherente: Viktor quería que desafiaran las normas y luego se enfadaba si rompían las impuestas por él. Alexa aguardó en las sombras hasta que el doctor soltó el aire, molesto, y siguió camino. Los demás médicos y enfermeros la buscaban; se estaba quedando sin tiempo. En cuanto se aseguró de que el jefe del proyecto no la vería, corrió a la enfermería y, en esta ocasión, no se detuvo hasta atravesar el umbral. Marcus estaba en una camilla, amarrado y golpeado como ya era habitual. Le habían vendado los dedos, y Alexa supo por qué: estaban a punto de gangrenarse por el frío. Un miembro tullido del proyecto era un miembro descartado, por eso lo habían llevado a la enfermería. Los labios de Little Lord también estaban azules, del mismo color que sus ojos, que clavó en ella.

—Vienes a matarme.

—No, vengo a negociar —respondió Alexa—. Viktor no te quiere y a mí tampoco, aunque hayas vencido a Isaiah, hará lo que sea para que te venza en la siguiente.

—Ya no. —Otro hubiera sonreído al dar esa respuesta, lo hubiera embargado el alivio. No un Prometheus.

—¿Por qué estás tan seguro?

—¿Por qué debería decírtelo? Tendré que matarte tarde o temprano. Salvo que me mates tú ahora, Alexa. —La niña miró el utensilio quirúrgico. Marcus también—. Solo procura no hacerme sufrir de más.

Alexa cogió un bisturí, lo acercó a la garganta de Marcus.

—Te dejaré vivir si me dices por qué estás tan seguro de que Viktor no jugará a favor de Isaiah.

—Lo escuché hablar con Chamberland, aún no saben que entiendo alemán.

—¿Qué dijeron?

—Que me usarán como ejemplo de que no hay sesgo científico... —La miró fijo, Alexa podría haber corrido la misma suerte, ser ella la que se salvaba por política—. Igualmente tengo que matar a Isaiah en la prueba final, es él o yo.

—Después seguiré yo. Aún no me he rendido.

—Si no lo has hecho, ¿por qué no me matas? Esta es tu única oportunidad.

—Quizá lo haga. Entonces, ¿Viktor asume un error científico? —preguntó con escepticismo.

Marcus rio.

—No, me considera su éxito personal pese a mis *notables limitaciones naturales*. —Alexa apretó más el bisturí, Marcus no batalló, en ese sitio no había lugar para el miedo.

—Sabes algo más que no me dices, Marcus.

—¿Qué me darás a cambio?

—Mi ración de comida —negoció sin vacilar—. Puede que Viktor haya cedido contigo, pero te hambrearé por desafiarlo.

—Tu ración de agua —pidió en cambio—, soy capaz de soportar el hambre, es la sed la que me desquicia.

—Vale, agua. Suéltalo...

—Soy el único error que dejará pasar. Discutió con Chamberland, lo culpa de lo sucedido. De mí y del chino.

—Xiao.

—Tobías Krage tres.

—¡Se llama Xiao! —insistió ella y presionó con el bisturí hasta hacerle sangre—. ¿Lo descartará?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Tú con tu espectáculo le has dado tiempo.

Alexa apartó el bisturí, miró hacia la puerta, tenía que advertir a Xiao de que iban a por él. Marcus cerró los ojos y apretó los labios con frustración antes de soltar:

—No debería aconsejarte, Alexa, al fin de cuentas, eres mi enemiga. Pero si vas, morirás como él.

—Tú me matarás de todos modos.

—Hay una tercera salida y lo sabes. Matarme a mí y dejar a Tobías Krage tres perecer. Sé que puedes contra Isaiah. ¿Por qué no lo harías?

Alexa lo meditó. Miró a su enemigo, ¿podían ser eso con tan solo once años, contrincantes a muerte? La respuesta era sí, eso habían hecho de ellos. La pequeña se acercó de nuevo a Marcus, pero no cortó su piel con el bisturí, sino sus ligaduras.

—Podemos pactar... —le ofreció Little Lord.

—Eso es lo que espera el maldito de Schwarz —respondió, y corrió de regreso a los pabellones. Le advertiría a Xiao del peligro, lo salvaría, porque él significaba más que rebelarse al doctor Schwarz, representaba la esperanza, algo que era tan inusual como la belleza en ese jodido lugar.

¡Un incendio! Maldito Chamberland, maldito y cobarde, pensó Alexa mientras se adentraba en las llamas. El psicólogo de Prometheus sabía que, si se enfrentaba a Xiao, perdería. Había elegido el fuego, y ahora todo un pabellón estaba hecho cenizas.

Pero no había sido solo idea de Chamberland, supo la niña: el grupo de Xiao era el de los marginados, ninguno allí valía la pena para el jefe de Prometheus. El grupo de Franz Cooper, Florence, Sophie... ese debía alzarse vencedor. Era en el que más empeño había puesto el científico; los demás estaban allí para probar que sus prejuicios eran acertados. Y, de momento, habían hecho justo lo contrario. Little Lord le había demostrado que la nobleza no generaba débiles, como el sufrimiento no generaba fuertes; era la libertad de elección lo que forjaba hombres elevados. Y ahora Xiao... su Xiao se burlaba de él cada vez que se alzaba vencedor con sus ojos rasgados y su cabello renegrido.

—¡Xiao! —gritó a través de las llamas. Tobías Krage uno salió de entre estas, ardiendo. Se lanzó sobre el césped y rodó hasta apagar el fuego de su ropa. El humo era apenas visible. De la segunda planta se lanzó Tobías cuatro, eligiendo una fractura por sobre el ardor—. ¡Xiao!

Juntó coraje, los ojos se le llenaron de lágrimas por el humo y por lo que iba a hacer. Poner en riesgo su vida por alguien más quebrantaba la ley más sagrada de Prometheus, era desafiar la idea de que el instinto de supervivencia hacía fuertes a los hombres, contra esos románticos que creían en causas por las que morir. Era ir contra Darwin, Freud, Nietzsche y todos los pensadores que sustentaban la absurda filosofía mal entendida por Schwarz.

—Xiao.

—Alexa, ni lo pienses —escuchó la voz del niño, seguida de un arrebato de tos.

—¿Dónde estás?

—Saldré, solo aléjate.

Alexa lo oía, pero no lo veía. Una cortina de humo le impedía la visión. Se puso a gatas, porque el humo, por leyes de la física, sube y el aire es más puro al ras del suelo. Se arrastró en busca de un sendero hasta el lugar donde había escuchado a Xiao por última vez.

—Xiao, habla.

—¡Joder, Alexa, vete de aquí!

Avanzó a la derecha... Seguía con el pecho pegado al suelo, recordando en su cabeza el camino de salida. El crujir de maderas que cedían era aterrador, el fuego silbaba con el viento.

—Xiao, aquí —le dijo, y notó que el muchacho estaba atrapado. Había alcanzado la ventana, pero la jodida reja ornamentada con rosas le impedía salir. Podía respirar, por eso estaba vivo, pero no podía salir. Ni ella podía entrar, una viga que había caído transversalmente le impedía el paso. Ni ella ni él podían acercarse ni huir.

—Alexa, vete, por favor, sal de aquí —rogó él, desesperado.

—No, no te dejaré. Fue Chamerland, aunque con órdenes de Viktor —confesó—. Tienes que salvarte, por favor, Xiao, o moriré aquí.

—Huye, Alexa, aprovecha el incendio para escapar. Ahora nadie estará atento y tú eres buena escabulléndote.

—Sí, lo soy. —Sonrió. Xiao también. Solo que, en su caso, porque creyó que ella se iría, se salvaría... Uno de los dos lo lograría. No sabía cómo había sucedido, pero Alexa se había convertido en su fuerza vital. Viktor no quería que forjaran conexiones, las consideraba una debilidad. Debían ser capaces de traicionarse; por eso, quererla de ese modo infantil había sido para Xiao su mayor acto de rebeldía e integridad. Prefería morir siendo fiel a sí mismo que perderla.

Por desgracia, el sentimiento era mutuo y Alexa era incapaz de marcharse. Sabía escabullirse, y así lo hizo: delgada y pequeña, pasó por debajo de la viga. Sintió el calor quemarle la espalda y las brasas chamuscarle la camisa, pero consiguió pasar al otro lado sin mayores daños.

—¡Estás loca!

—El fuego debe de haber debilitado el marco de la ventana, podremos sacar la reja entre los dos.

La viga se desplomó y Xiao supo que ya no les quedaba más alternativa que la fe. Tenían que sacar la reja o morirían atrapados.

—Cuando salgamos de aquí, te mataré con mis propias manos —amenazó sin fundamento. Intentaron coger la reja, pero el hierro estaba candente por el fuego. Se quitaron las camisas sin pudor por la desnudez, ya que allí les habían arrebatado hasta eso. Con la tela como protección, volvieron a intentarlo.

Cada vez era más difícil respirar, apenas veían por las lágrimas que les caían de los ojos por el humo, y a sus espaldas el fuego les lamía la piel. Morirían, pero luchaban hasta el último aliento.

—A la cuenta de tres: uno, dos...

El fuego consumió parte del techo y, al recibir más oxígeno, soltó llamaradas explosivas. La ventana que habían debilitado cedió, pero fueron lanzados sobre ella por la explosión. Sin siquiera la protección de la camisa, sus pieles quedaron pegadas al hierro ardiente y la rosa que Alexa encontraba tan bella quedó grabada en su piel al rojo vivo. Y también en la de él. Antes de que pudieran moverse, la canaleta exterior cayó sobre ellos y los atrapó. Solo atinaron a cogerse de las manos y mirarse; la falta de aire los desmayaba poco a poco. Alexa cerró los ojos antes, mientras que Xiao luchaba con la vista nublada por el humo para no perderse los últimos instantes de vida.

En esa nebulosa, vio una figura que se acercaba y removía la canaleta. No lo reconoció: vestía traje de tres piezas y no llevaba bata médica. Lo escuchó forcejear hasta liberar el cuerpo de Alexa. En el proceso, también lo liberó a él. Xiao intentó moverse, fue incapaz. La falta de aire, el ardor de la quemadura en su espalda y las costillas rotas por el golpe de la canaleta le impidieron hacer más que

arrastrarse. Mientras batallaba por ponerse de pie, por extender su mano y atrapar de nuevo la de Alexa, vio cómo ese extraño hombre con rostro borroso se llevaba su esperanza lejos de él. El brazo de Alexa colgaba laxo, su cabeza pendía del brazo del extraño y, en el último momento, antes de perderla de vista por completo, notó que los dedos de ella se movían.

Solo entonces, al saberla viva, se desmayó.

CAPÍTULO I



Inglaterra, 1898.

Gracias a lady Georgiana, la biblioteca de Franz Cooper se había convertido en el centro de operaciones de los hombres Prometheus. Como era habitual, Franz ocupaba el asiento más ostentoso, Marcus deambulaba, incapaz de permanecer quieto por mucho tiempo, y Tobías se recostaba en uno de los sofás, lanzaba una bola de tela al aire y la cogía antes de que cayera.

—¿Hay novedades? —preguntó Cooper. Se habían repartido el mundo, para desconcierto de su creador, Viktor Schwarz. El científico de Prometheus esperaba que sus jóvenes promesas se destruyeran entre sí hasta que solo uno emergiera como vencedor. De ser posible, Franz. Pero su plan no había salido como esperaba. Los tres últimos (al menos de esa primera camada) decidieron pactar y, en lugar de atacarse los unos a los otros, fueron a por su torturador.

Eso es lo que sucede cuando se juega a ser Dios.

—Demasiadas —respondió Marcus, enigmático. Tobías Krage cogió la bola en el aire y puso atención—. Está jugando con nosotros al gato y al ratón. Con la diferencia de que los gatos, en este juego, somos nosotros, y sabe que no podemos dejar de correr tras el estímulo. Él nos diseñó así.

—Estoy hasta los cojones de sus juegos mentales —gruñó Krage, y apretó la bola.

El proyecto Prometheus tenía como finalidad crear superhombres, una idea que había rondado entre pensadores y científicos durante el último periodo de la industrialización. Pese a que, cuando Viktor inició su plan, el término *übermensch* no se había acuñado aún por Nietzsche, varias corrientes empezaban a hablar del progreso indefinido, de la moral como un limitante del desarrollo humano, de que los hombres podían poseer el fuego de los dioses (de ahí el nombre del proyecto) y de que las leyes, diseñadas por personas sin visión de futuro, eran el único obstáculo entre el ser humano y la evolución infinita.

En un principio, el doctor Schwarz se nutrió de Darwin, pero, en los últimos tiempos, la psicología lo había seducido. No solo Freud, sino también otras corrientes de estudio, como la del ruso al que le había robado su experimento con perros para llevarlo a cabo con humanos. Mientras este se sometía a las normas y al método científico, aguardando que una panda de imbéciles entendiera su gran descubrimiento, Viktor Schwarz lo había llevado a otro nivel.

—Y ahora no tenemos a Serge Amberg con nosotros —agregó Franz, para enfado de Tobías. Marcus esbozó una sonrisa irónica.

Serge Amberg era uno de los psicólogos de Prometheus, el contacto entre Viktor y ellos. Pero, desde hacía unos meses, habían descubierto que el médico austriaco tenía su propia agenda, que no

respondía en nada a la del doctor Schwarz. Desde entonces, y con una inesperada y mayor apreciación de la vida, se mantenía en las sombras.

Al fin y al cabo, había sido él quien, también con métodos poco claros y de nulo rigor científico, les había quitado el jodido condicionante a Cooper y Cavendish. No lo consiguió con Krage por la evidente razón de que...

—Mejor así. —A Tobías no le gustaba el psicólogo y no confiaba en él. Ni siquiera ahora, después de haber visto sus cartas. Estaba seguro de que no era su amigo, sino un eximio manipulador. Alguien capaz de engañar a Viktor Schwarz en sus narices era alguien con quien había que andarse con cuidado.

—Tú eras el que más lo necesitaba, Bobby... —bromeó Marcus.

—No puedo creer que lo hayas dejado huir una vez que conseguiste que saliera de su madriguera —le recriminó Tobías—. Él debe saber dónde demonios está Viktor.

Marcus había conseguido verlo una última vez, en la ocasión en que le quitó a él el detonante en su cabeza. Que Serge saliera de su escondite para ayudarlo, poniendo en riesgo su vida, era una prueba infalible para Cavendish de que el psicólogo era aliado. No así para Tobías.

—Si lo supiese, ya lo hubiera matado —conjeturó Franz.

—Mmm. —Lord Cavendish era el de la idea mediadora. No lo odiaba como Tobías, ni consideraba el obrar del psicólogo como algo lógico, sujeto a las leyes invariables de la naturaleza, como Franz—. Me parece que cometeríamos un error irremediable si pensamos a Amberg como un igual, como nosotros. Él no es un Prometheus, puede tener motivaciones... ¿cómo decirlo?... ¿normales?

—¿Te refieres a no ser práctico y eficiente? —Así era la mente de Franz.

—Exactamente.

—Y por eso mismo no nos podemos confiar de él —agregó Tobías, sentándose para mirar a sus colegas a los ojos—. Es un desquiciado y un manipulador, es menester que nosotros ideemos un plan y nos ajustemos a él, sigamos nuestros instintos. Es la única forma de no caer en trampas. —Hizo una pausa y agregó—: Así eliminé a Chamberland, ¿recuerdan?

Sí, lo recordaban. Tobías había asesinado al anterior psicólogo años atrás, desde entonces Serge Amberg ocupaba el lugar de nexo entre ellos y el proyecto. Marcus y Franz cruzaron una fugaz mirada... ¿y si eso también había sido plan del austríaco?

No, eso había sido un golpe de suerte para el psicólogo. Nadie esperaba que un Prometheus, ya condicionado gracias a un experimento con cajitas de música para que se paralizaran, fueran a por uno de los miembros capaz de usar ese poder sobre ellos. Tobías siempre fue el peor grano en el trasero para Viktor. No solo se había alzado vencedor de su grupo siendo asiático, algo que en la mente del alemán era inaceptable, sino que no temía a la muerte y se lanzaba a misiones suicidas sin vacilación.

Había matado a Chamberland al descubrir que fue él quien inició el incendio que le había arrebatado a Alexa. Aún pensar en ella le retorció las tripas y lo hacía bullir de ira. La buscaba en cada rostro, en cada rincón de la ciudad. Era difícil de explicar y tampoco tenía intenciones de hacerlo. Tanto Franz como Marcus habían hallado a sus compañeras de vida, ya rotos, ya hechos... Él, en cambio, la había encontrado cuando aún no tenía formado su caparazón. Alexa no se le había colado por las grietas de su armadura, como les sucedió a sus colegas, sino que era el material del que estaba forjada su coraza. Cuando se la arrebataron, le quitaron una parte de él, lo dejaron a medias. Amputado emocionalmente.

No, Serge Amberg no había planeado ese golpe, solo se había valido de él. Para luego decirle que Alexa no estaba viva, que sus recuerdos traumáticos le mentían y que no había visto a ningún hombre rescatarla de las llamas.

Pero si dejaba de buscarla estaba muerto. Ni Nietzsche, mucho menos Freud... en su caso solo Platón podía explicarlo. Se ama lo que no se tiene y se busca incansablemente. Somos seres incompletos, o así se sentía Krage. De otra forma no era capaz de explicar esa conexión inquebrantable, esa unión que lo enlazaba a Alexa desde hacía tantos años. No podía acusar a la pasión, porque eran apenas niños cuando fueron separados. Ni al amor romántico. Debía ser algo esencial, un rasgo propio... como sus ojos rasgados, como su cabello lacio y negro... él poseía una marca indeleble en su ser y esa marca era Alexa Milbank.

«Está muerta, debes asumirlo», le decía Serge en cada sesión y le mandaba hacer ejercicios absurdos para controlar la ira. *Que le den*, pensó, apretando la mandíbula. No cedería en eso, no pensaría en Serge como un aliado.

—Mejor dejemos este tema a un lado, te pone sensible, Toby. —La bola de tela surcó los aires y fue capturada por Marcus antes de que impactara en su cabeza. Le devolvió la gentileza.

—¡Muchachos! —intervino Franz—. Si sigues comportándote como un niño, *Little Lord* —usó el apodo de su época de Prometheus—, tendré que darle la razón a Krage.

—Dios no lo permita —respondió, irónico, el aludido—. Ve al grano, Cavendish.

—El grano es que Viktor va dejando migas falsas, pero una debe ser la verdadera. Solo que la mejor forma de esconder un árbol es en un bosque. Verán... —Dejó caer una carpeta con información en la mesa donde reposaban tres vasos con coñac—, es evidente que sigue con el proyecto. No puede dejarlo, esa es *su naturaleza* —empleó el mismo término que usaba el científico—. ¿Quiere eliminarnos? Sí, ¿antes de estudiarnos? No si puede evitarlo. Necesita saber qué ha hecho mal con nosotros para no repetir el error. De modo que huye, se esconde, y espera tener bajo su control a la siguiente camada antes de matarnos a nosotros de una vez y para siempre.

—Si puede... —agregó Tobías—, me da la impresión de que tiene más miedo de lo que aparenta. Quizás antes quería estudiarnos, pero desde que Serge se reveló y ustedes no tienen el condicionante, nuestro querido doctor está asustado... y me encanta. —Sonrió. Sus dientes blancos, tan parejos, le daban a su sonrisa un aspecto demoníaco. Como si un ser humano fuera incapaz de semejante perfección.

—Como sea, planea otra camada de hombres Prometheus, muchachos. La niña que encontré es de ese grupo, tiene trece años. Pensé que era más joven por lo delgada que estaba. En cuatro años, saldrán al mundo los nuevos demonios. En seis, nos pueden dar caza.

—O tal vez también se le rebelen —pensó Franz—, lo cual sería una bella ironía.

—Yo no estoy dispuesto a esperar —respondió Marcus.

—¿Porque temes que le salga bien o porque no puedes pensar en esos niños allí? —indagó Tobías.

Cavendish había descubierto que su debilidad eran los niños, ese condicionante era mil veces más fuerte que cualquier cajita musical. En el caso de Franz era Georgiana, su mujer. ¿Krage?, él sonrió, no tenía puntos débiles, porque había aprendido a vivir sin su única flaqueza, ella.

—Ambos escenarios son una mierda —gruñó Cavendish.

—No te cabrees, yo tampoco estoy dispuesto a esperar —se sumó Krage—, basta de juegos, basta de trampas mentales. Es hora de la fuerza bruta. Suelta la información.

—Manchester es nuestro último punto seguro, pero he dado vuelta la ciudad sin hallarlo. Aún lo protegen personas importantes, altas esferas del poder. Hay quienes dicen que volverá a Austria, donde, todo indica, nació este jodido proyecto.

—¿Austria?

—Sí, hizo intentos antes de venir a Londres. Al parecer sin la financiación suficiente y sin amigos poderosos que le cubran las espaldas. Pero eso podría haber cambiado. Otra información es que irá a América, ya saben, allí se han animado con vencer a Inglaterra en todo: más progreso, más industria, más ciencia...

—Más dinero —completó Franz, que era quien administraba las finanzas. Marcus se dedicaba a la información y política. Era Krage quien ejecutaba las acciones militares.

—¿Y tú qué crees? —preguntó este último.

—Que aún sigue en Inglaterra. No obstante, puede que no. Me otorgo el beneficio de la duda —bromeó—. En fin, no tengo certezas —soltó lo último junto a un suspiro.

—¿Por qué no?

—En Austria tengo informantes, me dirán si oyen algo de él. Los de América me han confirmado que esperan un barco en el puerto de Nueva York, salido de Liverpool. De momento, sé que hay un barco no registrado en nuestros informes amarrado en Liverpool... es necesario constatar de qué se trata...—Cada frase era articulada con excesiva cautela.

—Piensas que es una trampa —concluyó Franz.

—Sí.

—¿Y si no lo es? —inquirió Tobías.

—Se puede escapar a América, donde la red de informes es más débil y el país más grande e inhóspito.

—En palabras francas, nos gana.

Marcus asintió.

—Estoy casi seguro de que es un farol.

—No me gusta el *casi* —insistió Tobías, poniéndose de pie—. Prefiero descartar que lamentar.

—¿Sabes que estás siendo muy obvio, verdad? —comentó Franz—. Si es una trampa, Viktor esperará que seas tú y tu impulsividad la que vaya a ella. Además, lleva años intentando matarte, si hasta...

—Si hasta provocó un incendio —completó—. Puede que sí, que esté siendo evidente, pero por poco sorpresivo que sea, un golpe fuerte siempre derriba al rival. —Cogió la carpeta—. Iré a constatar lo del barco en Liverpool. Si está ahí, les aseguro que Viktor no escapará con vida.

—Perfecto, siempre y cuando tú te mantengas vivo—dijo Marcus.

—¿Quién es el sentimental ahora, Little Lord?

—Yo, claro. ¿No piensas darme un abrazo de despedida? —ironizó. Tobías volvió a lanzarle la bola, como si fueran niños. Estaban más relajados, sabían que pronto le echarían la soga al cuello al maldito de Viktor Schwarz y, aunque nunca se librarían del pasado, al menos se adueñarían del futuro.

—Quédателя, yo ya encontré otra forma de gestionar mi ira.

—¿Haciendo explotar barcos en Liverpool? —adivinó Franz.

—¡No!, meditando en el Tíbet... ¡Claro que haciendo explotar barcos! Si no saben nada de mí en unas semanas, encárguense de mis muchachos —aludió a su ejército de mercenarios. Los otros dos asintieron y lo vieron marchar.

Podían cuestionar sus métodos, mas no sus resultados.

CAPÍTULO 2



La única ventaja de la casa de Franz Cooper era la cercanía. Estaba a mitad de camino de la suya. Aunque utilizar la palabra «cercanía» era un eufemismo. Ese trayecto suponía una gran inversión de tiempo. Cuando las condiciones climatológicas eran favorables, el viaje duraba entre dos horas y media y tres. Cuando el cielo se cubría de nubes tormentosas, la historia era otra. Quizás cuatro horas... Si el tiempo apremiaba, recurría a su vagón de tren personal. Pero este siempre era el último recurso.

En más de una ocasión, sus hermanos Prometheus le sugirieron que cambiara de ubicación. Negarse era lo que más le gustaba a Krage. Detestaba la vida citadina londinense. Y, para qué negarlo, la vida citadina londinense también lo detestaba a él. ¡Al diablo tus percepciones de la realidad! Así solía finalizar Franz el intercambio entre ambos: no lo forzaría a una vida que no deseaba, aunque la razón de su oposición hubiese sido el desprecio social. Un Prometheus se pasaba por los cojones la opinión ajena. Un Prometheus era un dios entre esos meros esnobs mortales. O, en términos humanos, más que dioses, eran demonios personificados. Los tres eran los gobernantes del infierno.

Por desgracia, las percepciones que Tobías tenía con respecto a la realidad de su existencia eran otras, unas en las que elegía vivir al resguardo de las sombras, construyendo un imperio secreto, personal, sangriento y, en sus términos, justo. Una realidad en la que los hombres caminaban todos a la par, libres, sin estigmas sociales. Pobre de aquel que lo desafiara creyéndose superior. Su sangre correría por la tierra hasta hacerse caudal con su río color carmesí.

La realidad era que Tobías estaba tan acostumbrado al infierno que solo hallaba calma lejos del falso paraíso que habitaban los demás. Por eso prefería canjear horas de su vida viajando de una punta a la otra antes que poner en peligro su calma. Cabe señalar que la única cercanía que le importaba era la que lo separaba del puerto de Liverpool y sus alrededores. Y como lo único relevante para él era tener un techo donde guarecerse y dirigir sus negocios, no se anduvo con rodeos ni con pretensiones: una fábrica textil en Bingley, ubicada al oeste de Yorkshire, situada a orillas del río Aire y del canal Leeds y Liverpool, cumplió con sus requerimientos. Para él y sus hombres.

Pero no hay que confundirse. No era una guarida, era el palacio del cazador.

Palacio. «P» de pisos de mármol. «A» de ambientación de estilo Tudor, con paredes entramadas de madera labrada y separación con paneles acristalados; de hecho, parte del techo había sido reemplazado por cristales, lo que hacía que la «L» fuese de... lujo. El resto de la palabra seguía haciendo referencia a lo mismo. Otra «A», de absoluto lujo. «C» de cuantioso lujo. «I» de incalculable lujo. Y, como era de esperar, «O» de obscuro lujo. Uno de los demonios más ricos del mundo. Un demonio de ojos rasgados que no tomaba el control total del mundo porque no tenía tiempo. Para su

fastidio, lo único que el dinero no podía comprar era eso. Así que, hasta que no hicieran desaparecer el último vestigio de Viktor y su proyecto, sus metas debían ser limitadas. Luego cruzaría mares, conquistaría continentes, y lo haría como un simple pasatiempo.

De momento, solo barruntaba algo en su cabeza con abrumadoras ansias. No se lo creía. Sin proponérselo, los doctores de Prometheus se habían esforzado tanto en demostrar que el grupo de los Krage no alcanzaba los estándares de un superhombre, que habían logrado que el único superviviente deambulara por ambos caminos. Pensar y actuar como un Prometheus y, a la vez, comportarse como un caso fallido. Sin la locura adquirida como efecto secundario, por supuesto. Aunque en él siempre existía una dosis de locura. La clase de locura que te impulsa a lanzarte al abismo sin temor a perecer porque sabes que vas a salir ileso y más fuerte.

En cualquier caso, la sola idea de que Viktor huyera a América en barco desde el puerto de Liverpool era una jugada de principiantes. Sabían que se encontraba en Mánchester y, por tanto, dicho puerto era el más próximo. Pero el doctor Schwarz no era tan idiota como para adentrarse en las fauces de la fiera. Y menos aún a una fiera que llevaba soñando desde pequeño con devorarlo, desgarrarlo y hacerle sufrir. El puerto de Liverpool era el territorio de Krage, allí se erguía su imperio y, como una gran ola imaginaria, se extendía todo lo demás.

Olía a engaño. De todas formas, le daría el gusto a Viktor. Cambiaría un cuento por otro. Tú me cuentas que escapas, yo te cuento que te creo para que vivas feliz y comas perdices durante el escaso tiempo de vida que te queda, malnacido.

—Hogar, dulce hogar —exclamó, y descendió del coche con un salto. ¿Utilizar escalerilla? Jamás. El sonido de sus botas impactando en la gravilla o en la tierra era uno de sus sonidos favoritos. Y cuando este venía acompañado del crujiente ruido de la puerta principal, mejor aún.

Lo que había sido una fábrica textil una década atrás, ahora era su castillo. Dos plantas de ladrillo macizo con un portón de madera labrada que se abría con unas correas manuales. Una vez dentro, te hallabas ante un gigantesco vestíbulo sin un atisbo de decoración ni una nota de color: piso de pavimento y paredes de color gris. Una puerta acristalada rompía la imagen deprimente de bienvenida y, una vez que la atravesabas, descubrías un escenario diferente.

La oscuridad no era una opción, la luz del día se filtraba por las antiguas ventanas y proyectaba sus rayos en las puertas vitrales y en los paneles de cristal que separaban la inmensa instalación en ambientes privados. Diminutos arcoiris decoraban los suelos de mármol durante el día. El espectáculo que se llevaba a cabo dentro del lugar era paradójico: el mobiliario no combinaba con el colorido juego de proyección solar. Había muebles de roble, sillones y sillas con tapicería marrón y caoba, y alfombras de color borgoña con apenas un acabado de hilos de oro. A todo el decorado y mobiliario se sumaban quince Chimeneas que, durante la época invernal y otoñal, ardían como si esa fábrica fuese la entrada al inframundo. Para contrarrestar esa imagen, la luz del día brindaba una dosis de paraíso con sus pequeños arcoiris. Paraíso e infierno. Sí, era ciertamente paradójico. Como la vida, solía pensar Krage.

Como era habitual, la señora Simons lo esperaba en la antesala principal. Esa mujer hacía un trabajo similar al de una ama de llaves, pero a Tobías le horrorizaba llamarla así. A Martha, que estaba próxima a cumplir cincuenta años, le gustaba ser solo «Martha», la jefa de empleados. Además de los beneficios que obtenía por servirlo, por supuesto. Recibía una paga que triplicaba la de cualquier otra mujer en su puesto. También contaba con el privilegio de haber arrastrado con ella a sus hijos, que, dentro de sus posibilidades y habilidades, también servían a Krage. Su hija, Beatrice, se ocupaba de la lavandería de la casa. Su hijo, Jack, trabajaba en los establos, el único trabajo que se ajustaba a su edad,

catorce años. En unos años, podría formar parte del equipo de trabajo de Krage si este lo deseara.

—Oh, vaya, veo que ha perdido a uno de los niños en el camino —acotó la mujer con un deje de broma al verlo llegar sin la compañía de Wolf.

Tobías hizo extensiva la broma, se detuvo y se volvió buscando al aludido.

—¡Joder con Wolf! Lo ha hecho de nuevo —negó con la cabeza, giró de nuevo hasta enfrentarla—. Deberé prescindir de él, ve a por Tupper...

—Tupper está almorzando.

—Entonces, déjalo, dile que me busque en cuanto termine.

Se encaminó a la escalera ubicada en el ala norte que daba acceso a la planta alta. Allí se encontraban las antiguas oficinas contables de la fábrica, que fueron remodeladas por completo hasta convertirse en las habitaciones principales, el despacho personal y la sala de entrenamiento. El pasatiempo favorito de Krage.

—¿Quieres un plato de cordero estofado, Krage? —le preguntó Martha antes de que este desapareciera de su vista.

—No, pero sí me apetece tomar té —dijo alzando la voz para que lo oyera.

—De acuerdo, me tomaré la libertad de acompañar el té con un bocadillo por si luego te... —No terminó la frase, no la escucharía. Las paredes gruesas y los techos altos ahogaban las palabras; no tenía sentido gastar más letras ni respiros.

La planta alta era su espacio personal y solitario por excelencia. Pese a que había tres habitaciones grandes, solo una estaba ocupada. Naturalmente, por él. Solo Wolf, Tupper, Martha y las dos empleadas encargadas del aseo, Tracy y Rose, tenían permiso para transitar libremente por ella. Fuera de estos, nadie podía deambular por el pasillo de esa planta. Los hábitos de vida de Krage eran respetados. En especial, aquellos relacionados con su dinámica de sueño, entretenimiento e insistencia en la higiene.

El más joven de los Prometheus tenía una obsesión con la limpieza. Quizás por todos esos años vividos en la suciedad que le obligaron a soportar, durmiendo junto a restos putrefactos de comidas o junto a las excreciones de los otros grupos de control. Los considerados de raza superior, los favoritos del doctor. ¿Has desarrollado algún tipo de trauma al respecto? Ese sería uno de los puntos de abordaje de Serge Amberg para tener una sesión psicológica con él. A lo que Tobías le respondería: «Vete tú a vivir entre la mierda un par de años y luego unificamos notas». ¡Joder, sí! Le gustaba sentirse limpio. Al igual que Franz y Marcus, él también contaba con suministro de agua gracias a la maravilla de la ingeniería: un sistema moderno de cañerías y una caldera subterránea le brindaban el mayor placer de su vida: baños tibios cuando se le antojaba. Algo que se le antojaba en ese preciso momento.

No tenía ayudante de cámara, no lo necesitaba. Podía desvestirse solo y, desde el corredor, comenzaba a hacerlo. Ese día vestía una larga gabardina verde musgo. La desabrochó, se la quitó y la colgó en uno de los percheros que había en la pared del pasillo. No había ningún adorno en el lugar, solo percheros y espejos por aquí y por allá. Hizo lo mismo con su chaleco. Este quedó colgado en otro perchero. Continuó con la camisa, pero esta tuvo el privilegio de acabar sobre la cama, pues finalizó la tarea después de entrar en la habitación. Acto seguido, aflojó el cinturón de cuero de su cintura, hizo lo propio con los botones del pantalón y, antes de deslizarlo por sus piernas, se quitó las botas militares. Sin demora, quedó como Dios lo trajo al mundo y se adentró en su habitación favorita, contigua a la recámara: el cuarto de baño.

Una gran tina de mármol le dio la bienvenida, giró los grifos empotrados en la pared y, en cuestión de segundos, como por arte de magia, la lluvia comenzó a caer sobre su cuerpo. Una lluvia que cubría todo el ancho y largo de la tina, agua que parecía brotar por los poros del cemento del techo. El agua tardaba en calentarse debido al mecanismo de ascensión y al paso por la caldera, pero luego de unos minutos se templaba. El cuerpo de Krage no tenía preferencia por ninguna de las dos temperaturas, ambas le resultaban igual de agradables. Incluso en noches de invierno, cuando el agua estaba a punto de congelarse en las cañerías externas, disfrutaba del impacto que esta generaba en su piel. De hecho, sentía un enorme placer cuando el agua helada recorría su sensible piel. Una cicatriz que permanecía imperturbable con el paso del tiempo, como si no quisiera borrarse. Porque la verdadera marca, la de su alma y su mente traumada, le impedía olvidar. Si él no podía olvidar, si no quería sanar, tampoco lo haría su cuerpo, su piel. No olvidaría el pasado, no olvidaría aquella tarde. No la olvidaría a ella.

Cogió un paño y el jabón elaborado con pétalos de rosa. Se había convertido en un adicto a los productos de higiene y cuidado personal de la señora Britt, la esposa del boticario que tenía su botica contigua a Waldorf and Sons, una joyería y orfebrería que utilizaban como tapadera para ingresar y vender las piedras preciosas que traían de contrabando. Allí se encontraba Sheng Wei Lian, el experto en piedras, el creador de las joyas más cotizadas de Londres. De él, aprendió un poco sobre la cultura que le fue robada desde su cuna. El hombre solía repetirle que aceptar su herencia de sangre era el primer paso para encontrar su lugar en una tierra que no era suya. No era de allí por nacimiento, se recordaba a sí mismo. Pero podría pertenecerle por otros medios, unos que incluían dinero, poder y fuerza bruta. Tenía de los tres, y en abundancia.

Le sentaba de maravillas que su piel oliera a rosas. Cerró los grifos de agua corriente y cogió una toalla que estaba colgada del perchero de bronce cercano a la bañera. Envolvió solo su cintura; le gustaba que el agua chorreara y se escurriera por su cuerpo. El aire del ambiente haría el resto. Abandonó el baño, regresó al interior de la habitación y abrió la ventana para que la brisa se sumara. Se quitó la toalla para que sus partes íntimas disfrutaran de la suave ventisca.

—¡Coño, tu trasero me encandila! —exclamó una voz masculina. Era Tupper, que no solo había terminado de almorzar y respondido rápidamente a su llamada, sino que también traía una bandeja con té y bocadillos para Tobías.

—Pues no lo mires —dijo Tobías girando sobre sí. No se avergonzaba de su desnudez; era una de sus costumbres, por eso la planta alta era un espacio con acceso restringido. Krage quería evitar los bochornos a las empleadas, pero si a él le apetecía deambular desnudo por el pasillo, lo hacía. De hecho, era muy común encontrarlo en la sala de entrenamiento vistiendo solo ropa interior.

—Ahora veo tu polla —protestó Tupper. Hizo como que miraba hacia otro lado.

Tobías arrojó la toalla húmeda sobre una silla, fue hasta su armario y extrajo una muda de ropa interior. Luego se calzó un pantalón de pernera ancha. Así, con el torso al descubierto y descalzo, se recostó en su sofá predilecto de tres cuerpos. Se colocó una almohada debajo de la cabeza.

—Ahora solo verás el resto de mi belleza —dijo, una vez acomodado en el sofá. Cerró los ojos por unos segundos.

—Lo siento, pero tu vientre musculoso no me atrae en absoluto.

Tupper se acercó, apoyó la bandeja sobre la mesa de centro y se sentó en el sillón individual ubicado frente al sofá.

—Pero sí mi trasero.

—Tu trasero es provocativo, me entran deseos de pellizcarlo solo con mirarlo. —Cogió uno de los emparedados de la bandeja. Se había quedado con hambre y Martha había enviado más de lo que Krage podría comer.

—Si me pellizas el trasero, tendré que convertirte en mi zorra, Tupper —bromeó Tobías. Abrió los ojos y le guiñó un ojo.

—Lo sé, pero me gusta más ser un zorro, por eso me controlo y no lo hago.

—Me parece una buena decisión —concluyó Krage. De repente, se incorporó, se sentó y le quitó el emparedado de la mano—. Si Martha te ve comiendo esto, pondrá el grito en el cielo. Ya sabes lo que dice... —Mordió el sándwich, que tenía pavo, pepinillos, tomate seco y pan untado con aderezo de mostaza de Dijon. Uno de los productos artesanales importados favoritos de Krage. Se sirvió té Pu-erh, un té chino fermentado con un extraordinario sabor terroso, que había descubierto gracias a Wei Lian.

—¡No me ha salido barriga! —protestó Tupper.

—Según ella, sí —dijo Tobías, encogiendo los hombros y apretando los labios tras morder otro bocado del sándwich.

—Según ella... Pero, en comparación contigo... —Tenía un par de años más que Krage, pero la herencia familiar no le había favorecido tanto. Así solía defenderse—. Martha tiene un severo problema, solo te pone a ti como referencia. La vara con la que mide todo es muy alta.

—Para eso le pago. —Bebió un sorbo de té. No utilizaba tazas, sino unos cuencos de cerámica pequeños que había recibido como regalo de la comunidad china recientemente asentada en los barrios bajos de Londres. Él les había ayudado a trasladarse hasta Inglaterra en sus barcos y embarques de contrabando. —Lo que me recuerda que también te pago para que hagas tu trabajo... —Tupper rodó los ojos. Krage lo palmeó suavemente en el rostro, como quien golpea a un amigo para que se espabile—. ¿Y cuál es tu trabajo?

—¿Procurar que Wolf no se exceda?

—Exacto. —Lo volvió a palmear, esta vez como felicitación.

—¿Y dónde está Wolf? —preguntó Tupper con seriedad. Se tomaba muy en serio su trabajo. Por el bienestar de Wolf, por el suyo, por el de su familia, por el de la ciudad... por el bienestar de todo el maldito continente.

—De camino al puerto, lo he enviado allí para que prepare la bienvenida a un amigo mío.

—¿Amigo tuyo?, ¿qué tan cercano? —Alzó una ceja. Se notaba el sarcasmo en sus preguntas.

—Muy cercano. —Los ojos de Tobías lo atravesaron como si fueran dos dagas de hielo.

—¡Mierda! —Exhaló con fuerza. Se incorporó al instante y se encaminó a la puerta, pero solo alcanzó a decir: «Adiós».

Tupper conocía muy bien su trabajo y también el de Wolf. No necesitaba más información. Así se desenvolvían los hombres de Krage: cada uno tenía su rol específico y, juntos, conformaban el engranaje perfecto de una máquina de destrucción masiva. Un ejército perfecto. Nadie sobraba, nadie faltaba. Bueno, él podía darse ese privilegio de vez en cuando. Volvió a recostarse en el sofá, cerró los ojos y, en esta ocasión, se dispuso a dormir una o dos horas. Su cuerpo y su mente necesitaban descanso.

CAPÍTULO 3



Pese a estar a cargo del señor Burns, el alcalde de la ciudad, el puerto de Liverpool tenía otro jefe. El control real estaba en manos de Tobías Krage. Nadie hacía nada sin su aprobación. Los barcos que no contaban con su autorización perdían su cargamento. Este era requisado y, según la mercancía que transportaba, se pagaba una tasa de entrada a la ciudad o, en su defecto, se repartía entre los habitantes. Krage era secretamente amado por la población portuaria y sus alrededores. Telas, alimentos, carbón para calentar sus precarias viviendas y alguna que otra baratija que parecía una pieza de joyería llegaban a manos de los menos afortunados. No se trataba de bondad, era una cuestión de poder. Compraba así sus lealtades. El alcalde hacía la vista gorda a cambio de su parte del pastel. Y claro, Krage mantenía el puerto libre de maleantes y contrabandistas. El único con derecho a contrabandear era él. El alcalde pasaba la mayor parte de su tiempo en el distrito sur, disfrutando de la armonía rural. Y si se necesitaba su firma, en un pestañeo, la firma estaba hecha.

La información obtenida indicaba que el barco con destino a América se encontraba amarrado en el sector tres de la dársena D, en la zona de carga y descarga del puerto. En ese sector no solía haber descenso de posibles pasajeros, lo que hacía que la situación fuese más segura. Ningún incauto saldría herido. El hecho de que Viktor Schwarz utilizara un barco de carga y no un buque ponía de manifiesto la clandestinidad del asunto.

Cuando se utilizaban los términos «clandestinidad» y «Schwarz» en la misma oración, el riesgo era total. Y todo ello sin contar con trampas, traiciones y muertes. Ninguna de estas era evitable. Esa preocupación era lo que detenía a Krage antes de actuar. Detestaba los daños colaterales. Desde muy temprana edad había visto morir a sus compañeros con ese argumento, junto a una etiqueta anudada a los dedos de sus pies: caso fallido.

—¿Has evacuado los alrededores? —le preguntó a Wolf, que había pasado toda la noche en el puerto preparando la emboscada. Krage evaluaba los alrededores con su catalejo desde su sitio favorito: el tejado de uno de sus almacenes portuarios.

—¿Desde cuándo me tratas como un jodido principiante? —bufó Wolf mientras pelaba una naranja con un cuchillo. En cuanto la jugosa pulpa quedó al descubierto, succionó su dulce y ácido jugo con sus labios.

—Sé que no eres un principiante, solo que se te olvida eso cuando tienes pólvora y dinamita en tus manos. —Wolf rio, volvió a succionar la fruta. Escupió una semilla que impactó contra la bota de Tobías—. ¡Ey, modales, por favor!

—No te preocupes, he evacuado hasta a los perros; si todo sale como lo planeado, solo perecerán

las ratas.

—¡De nuevo, los modales, por favor! —dijo con fastidio. Le entregó el largavista a Wolf—. Las ratas merecen su lugar en la cadena evolutiva, pero el doctor y su séquito de sirvientes no.

Caminó por el techo a dos aguas hasta llegar a la cornisa. Saltó desde un punto estratégico y cayó sobre un contenedor de madera. Desde ahí, saltó a otro. Y de este último al suelo. Wolf se mantuvo relajado en el tejado; todavía tenía una naranja más en el bolsillo. No bajaría hasta terminar con ella.

—No va a venir, fue un maldito farol —masculló Tupper en cuanto se acercó a Krage—. Paramos toda la jodida actividad del puerto por nada —chasqueó la lengua con enojo. Estaba más molesto que su jefe.

—Quizás era lo que quería comprobar: hasta dónde llega mi control y poder del puerto —supuso Tobías, que desde el segundo cero no se había creído el cuento de la inminente huida de Schwarz—. En fin, ha sido una pérdida de tiempo.

Tupper estaba en lo cierto. Todos los hombres que estaban alrededor y simulaban llevar a cabo actividades de carga y descarga eran hombres de Krage. Los controladores portuarios también. Incluso los hombres que, en teoría, debían trasladar el contrabando del doctor. Wolf y Tupper habían invitado muy cortésmente a los verdaderos a mantenerse encerrados en uno de los almacenes del puerto. Tanta fue la cortesía que hasta les dejaron naranjas para que comieran durante su encierro.

La embarcación parecía un barco fantasma. Nadie entraba, nadie salía. Los hombres de Krage, que asumieron los nuevos roles de capitán, timonel, ayudantes de abordo y remolcador, bostezaban, lo cual no era propio de ellos. Estaban acostumbrados a la acción inmediata. Fue uno de ellos quien, desde la seguridad del muelle, agitó la aburrida mañana y la pacífica marea al arrojar vísceras de pescado al agua para alimentar a las aves. Los cormoranes, las aves acuáticas regionales por excelencia, comenzaron a danzar en el aire y luego se zambulleron.

—Al menos alguien se entretiene —dijo Tobías mientras observaba la caza de las aves.

Admiraba la estrategia de los cormoranes, pese a ser aves grandes que podían cazar sus presas de forma individual, lo hacían en grupos. Se sumergen en bandadas y rodean a los cardúmenes, lo que da como resultado una caza grupal exitosa. Ninguno se quedaba sin presa, todos salían ganando. Al igual que los Prometheus actuando en conjunto. Todos sacaban provecho.

Una vez que habían capturado sus restos de vísceras de pescado, las aves buscaron descanso sobre la embarcación. Uno, dos, tres... una docena de cormoranes grandes. Esto hizo que el barco se tambalease y el movimiento sobre la popa actuó como el disparador esperado: peso sobre la madera que cubría los dispositivos de explosión colocados por los esbirros de Schwarz. El plan del doctor era hacer volar por los aires a Krage. Falló. Lo único que estalló por los aires fue el barco. Junto con las aves, que en paz descansan.

—¡Joder! —exclamaron casi todos, excepto Krage y Wolf. Los oídos de los presentes se inundaron con un pitido ensordecedor.

—¡Wolf! —gritó Krage. Creía que el responsable era su hombre. Se había excedido con la dinamita. ¡Por los cielos! Tendrían jaqueca durante horas.

—¡Pero si yo no he sido! —A causa de la explosión, el muelle contiguo al barco también voló por los aires. Krage maldijo mientras sacudía la cabeza. Giró la cabeza en busca de Wolf—. Lo siento, ese sí he sido yo —dijo encogiéndose de hombros.

Desde la altura, escupió más semillas. El plan de Wolf era volar el muelle por los aires cuando el

doctor pusiera un pie en él—. En mi defensa, no fui yo quien lo detonó, fue el estallido.

—¡Tú siempre tienes «defensas» a tu favor, baja de una vez de ahí! —le ordenó—. Y ocúpate del resto de tu trabajo, que consiste en evaluar los daños. ¡Quiero que este muelle sea reparado cuanto antes! ¿Me has oído? —finalizó, dispuesto a marcharse.

—Fuerte y claro, mi comandante —se burló. Hizo un saludo militar desde la altura.

—Espera, Krage... —Tupper lo siguió por detrás—, tengo un asunto que comentarte...

—¿Qué asunto? —Tobías se detuvo de repente. No dio la vuelta, por lo que el rostro de Tupper acabó estampado contra su espalda. Krage le ganaba en altura por una cabeza.

—Mierda —masculló. Se restregó la nariz—, tenemos una embarcación no registrada en la dársena de ciaboga.

—¿De dónde procede? —Ese resultaba ser el único dato relevante para Tobías.

Tupper carraspeó, podía imaginarse lo que iba a seguir. Wolf estaría feliz.

—Islas de Andamán y Nicobar —dijo finalmente.

—¿En serio? —Tobías introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón. Y continuó caminando en esa dirección, hacia el sector de revire de los barcos—. ¡En mi puerto! —¿Quién es el maldito imbécil que se atreve a eso?

Que un barco no identificado procedente de la India estuviese en la dársena de ciaboga indicaba claramente su intención de traficar. No hacía falta ser un genio ni tener capacidad deductiva para saber que lo que traían eran cargamentos de opio, que también se exportarían de forma ilegal a Macao.

—No han querido identificarse, les hemos bloqueado el acceso y la salida del puerto. Aunque dudo mucho que sean imbéciles... —agregó rascándose la nuca. A diferencia de Wolf, Tupper solía ser un poco más condescendiente y emocional.

Los hombres de Krage rodeaban la embarcación a modo de custodia; en cuanto vieron llegar a su jefe, se mantuvieron atentos a las nuevas indicaciones. Un simple movimiento de sus manos bastó para actuar. En cuestión de segundos, tomaron el control interno del barco, sacaron a sus tripulantes, los obligaron a arrodillarse ante el amo y señor del puerto y los llevaron a la cubierta.

¡Vaya compendio de nacionalidades! Tenía un ejemplar de cada etnia asiática ante él. A excepción del capitán, un portugués que sonreía pese a saberse capturado, el resto estaba en estado de pánico. Krage era un experto en reconocer la naturaleza de las víctimas y la de los victimarios. La mayoría de las personas que estaban ahí formaban parte del primer grupo: eran supervivientes. Resistían, vivían como podían y, en ocasiones, negarse a esos trabajos no era una opción, ni para ellos ni para sus familias.

Caminó frente a ellos, evaluó cada uno de sus rostros y, cuando llegó al capitán, se acuchilló ante él.

—¿Nombre? —preguntó, pero fue una orden disfrazada. El hombre rio. Tobías lo cogió por la nuca y acercó su rostro al suyo. Por lo visto, no estaba dispuesto a colaborar—. ¿Nombre? —repitió, ejerciendo una presión que hizo que el hombre comenzara a sudar por el dolor.

—Simão —balbuceó, disimulando el malestar.

—Lo dudo —sentenció Krage. Conocía el significado del nombre: «aquel que escucha, que obedece». Soltó su cabeza, se incorporó y, con un fuerte rodillazo, le desarticuló la mandíbula—. De ahora en adelante, si lo harás —le susurró cuando este cayó desplomado en el suelo—.

—Interrógenlo —le indicó a Joel, otro de sus hombres. Este se encargaba de la primera instancia de sondeo; si no obtenía información y continuaba con vida, el interrogado pasaba a la segunda y

última instancia: Krage. Quien te entregava un pasaje directo al infierno.

—¿Qué hacemos con los demás? —le preguntó Joel por lo bajo.

—También puedes interrogarles amablemente y darles de comer antes de que descansen. —Su ropa y su estado físico eran bastante deplorables. Quizás llevaban meses en altamar, de un puerto a otro, expuestos al sol y a la brisa salada y lacerante del océano. Las comodidades y atenciones recibidas harían que el intercambio de información se produjera por voluntad propia, sin necesidad de violencia o coacción. En un mundo de violencia, la mejor estrategia para triunfar es la amable misericordia. Krage aprendió algo que al resto de los Prometheus todavía les resultaba complicado de identificar. Reconocía a sus enemigos con solo verlos; esos que estaban de rodillas ante él no lo eran. Dejó a los recién llegados en manos de sus hombres y avanzó dando saltos por la escollera. Desde allí, saltó al interior de la embarcación. Tupper lo siguió. Descendieron a la bodega. Los contenedores de madera dispuestos allí parecían a punto de estallar por la mercancía que transportaban en exceso.

—¡Por los cielos! —Tobías agitó las manos en el aire, olía a tabaco. Para ser más exactos, olía a hierba santa y regaliz. Así olía el opio cuando se mezclaba con tabaco. Así se comercializaba y se consumía. Listo para ser inhalado en pipa. El olor era tan fuerte que se vio forzado a toser por la irritación en la garganta—. ¿A cuánto crees que asciende el botín, Tupper? —dijo, y tosió. Hurgó en sus bolsillos hasta dar con un pañuelo. Lo desplegó y lo dobló en forma de triángulo. Anudó las puntas a la altura de la nuca, se cubrió la nariz y la boca y se preparó para inhalar. Parecía un maleante de ojos rasgados perfecto. Un maleante poco habitual por estos lares. Se abrió paso entre los contenedores.

—Diría que hay cerca de dos mil libras. El ojo de Tupper no fallaba. Podía errarle en un par de libras, pero esas nunca hacían mucha diferencia. Si decía que el peso eran dos mil libras, eran dos mil. Tupper también avanzó por entre los contenedores en dirección opuesta. Se detuvo al notar un extraño movimiento al final de la bodega. Se trataba de una bolsa de tela arpillera que se sacudía como si en su interior hubiera un animal cautivo. Animal moribundo, claro. ¿Con qué más trafican estos malditos bastardos?, pensó. Se acercó y abrió la bolsa con extrema cautela, no quería ser mordido, picado o... ¡Joder! Se quedó sorprendido de esa manera—. No, confirmado, con él ascendemos a las dos mil libras totales —exclamó al comprobar que lo que tenía ante él era una fiera humana temerosa que rehuía su mirada—. —Tranquilo, muchacho —le dijo cuando este se cubrió la cabeza con los brazos.

—¿Qué dices? —balbuceó Tobías al otro lado de la bodega—. ¿Por qué no iba a estar tranquilo? —Como era lógico, pensaba que Tupper le hablaba a él.

—No te lo digo a ti... —Tupper giró su rostro hacia Krage—, se lo digo a él —señaló con la cabeza la bolsa.

Desde la distancia en la que Tobías estaba, no pudo ver bien lo que le indicaba. Para agilizar sus movimientos, se subió a los contenedores y avanzó caminando sobre estos. Cuando llegó hasta ellos, desde una altura considerable para el muchacho en cuestión, lo observó. El encuentro de miradas fue inmediato y Krage también lo notó.

—¡Mierda! Reconocía de inmediato a sus potenciales enemigos. Reconocía al instante a los desafortunados, a las víctimas de la violencia y la injusticia. A los que eran ajenos a su realidad y sus negocios.

—¿Y tú quién demonios eres? —preguntó, atenazado por la duda. Hacía tiempo que no experimentaba esa sensación. Sus primeras impresiones nunca fallaban. Pero, en ese momento, sus malditas primeras impresiones estaban en pausa.

El muchacho no respondió. Volvió a cubrirse el rostro con los brazos.

—¿Prisionero o polizón? —interrogó Tupper de manera más directa. Nada. Seguía un silencio plagado de gemidos y respiración agitada—. Ey, responde, no estás en condiciones de no hacerlo dadas las circunstancias —le alertó. Ya con fastidio, agregó:

—¿Acaso te han comido la lengua los ratones?

—Los ratones no comen lenguas —gruñó Krage entre dientes. Hizo a un lado a Tupper, saltó al suelo de la bodega y se acucilló ante el muchacho—. Es el miedo el que nos la arranca —finalizó con un susurro. El miedo paraliza, nos devora por dentro y nos convierte en caníbales. Lo primero que se masticamos somos nosotros, luego le siguen nuestra lengua, nuestros ojos y nuestras orejas. No hablamos, no vemos, no oímos. Es la forma más cruda y brutal de subsistencia. Dejamos de ser nosotros mismos. Da igual si somos prisioneros o polizones. —Apartó los brazos del muchacho y lo obligó a dejar de ocultarse. Su piel era blanca, lo único que aportaba una nota de color a su rostro delgado y pequeño eran sus mejillas rojas, producto del calor y el encierro. Abrió los párpados y el tono gris de sus iris refulgió cuando hicieron contacto con los ojos negros de Krage. Tobías se quitó el pañuelo que le cubría el rostro, dejando expuestos sus rasgos asiáticos en su totalidad. El muchacho extendió su mano, dispuesto a tocar su rostro, pero se detuvo a mitad de camino y volvió a cubrirse la cabeza con los brazos—. Da igual... —repitió Tobías—, prisionero o polizón, no tienes ningún lugar a donde ir.

Se incorporó, seguro de que la decisión que iba a tomar no era la adecuada. Ni amigo ni enemigo, todavía no llegaba a un veredicto con respecto a eso. De lo que sí estaba seguro era de que el segundo nombre del muchacho era «problemas»—. Vendrás con nosotros —sentenció dándole la espalda—. Tupper, ocúpate de él —dijo, y regresó sobre sus pasos, abandonándolos solos.

—Como gustes —Acataría la orden sin dar su opinión—. ¿Has oído, muchacho? Te vienes con nosotros, considérate afortunado... —Lo obligó a levantarse—, muy afortunado.

Palmeó su hombro, le sacudió el polvo y lo instó a caminar con él.

Una vez fuera de la embarcación, Krage le indicó a Roy que Tupper necesitaba su ayuda en la nueva tarea, ya que el resto de sus hombres podían dar la imagen equivocada. Eran mercenarios temerarios, y eso se reflejaba en cada una de sus facciones y gestos. Tupper y Roy solían ser los rostros más amigables. Aunque fueran igual de temerarios que los demás.

—¡Wolf! —gritó cuando lo divisó a la distancia, por fin le hacía compañía al grupo. Este se acercó corriendo y le dijo—: ¿Ves esa embarcación? —Wolf asintió—. Bueno, procura que nadie más la vea.

—Uff, mi pasatiempo favorito es hacer desaparecer cosas.

—Sin explosivos, por favor, si incendias el cargamento, más de la mitad del puerto se intoxicará con opio.

—No te preocupes, tengo otros métodos —le sonrió. Hundiría el maldito barco con opio incluido. Recibió un gesto de aprobación por parte de Krage y se marchó.

Tobías observó a Tupper y al muchacho en el preciso instante en que estos abandonaban la embarcación. Apenas le llegaba a los hombros. Y eso que él no era un hombre de contextura alta y ancha. ¿Cuánto mediría?, se preguntó. Tal vez metro setenta de altura, con suerte. Tal vez menos. En cualquier caso, el tamaño no importaba; si este traía consigo problemas, lidiaría con ellos. De hecho, los esperaba, porque solo así podría darle una razón de ser a la extraña sensación que seguía atenazando su garganta. Tosió una vez más. Y otra vez. Pero ya no podía culpar al tabaco y al opio. ¡Joder con esa maldita y amarga sensación!

CAPÍTULO 4



¿Podía un cuartel ser lujoso? Creía sentirse preparada para afrontar la situación, tras haber leído sobre la dinámica del cuartel de Tobías Krage. Se equivocaba. Su primer acierto —el hecho de que la confundieran con un varón— no la libraba de ciertos errores de cálculo. Por ejemplo, el de tener que dormir con los demás hombres. A su alrededor, unos quince especímenes masculinos deambulaban dejando al descubierto sus variadas anatomías.

La mayoría tenían músculos fibrosos, pero también había gordos y fuertes, flacos y ágiles, morenos, rubios, asiáticos... Lo único que los unía eran las cicatrices, que exhibían como trofeos de guerra.

—Ey, niño, mueve el trasero —le dijo uno y le sacudió el colchón. Alexa clavó en él sus ojos grises furibundos. No se dejaría intimidar. La manta de lana cayó al suelo por el sacudón y la recogió sin romper el contacto visual.

Sí, colchones de plumas, mantas de lana... En ese cuartel no se escatimaba en gastos. Muchos de los hombres se hospedaban bajo el techo de Krage; los que tenían familia, en cambio, se marchaban para regresar al día siguiente a la hora acordada. Aunque prevalecía el orden militar, entre ellos existía una camaradería que iba más allá.

—Déjalo en paz. —La melodiosa voz de barítono de Roy puso en guardia al que se había pasado de listo con ella—. Aún no conoce el mundo de Krage, si viene de las calles, pensará que quieres robarle o peor...

Alexa se sonrojó y maldijo entre dientes por ello. Roy hablaba de algo evidente: un jovencito de «su complejión» sería presa fácil de violaciones.

—No me gustan los niños —escupió el acusado, y se alejó más avergonzado que ella. Roy se acercó a ella y negó con la cabeza antes de decir:

—Tu vida debe haber sido un infierno en las calles, si es que vienes de allí. Medio mudo y con un rostro tan...

Alexa alzó el mentón, como diciendo: «¿Tan qué?». Roy le sonrió, sin sentirse amenazado por el fuego de esos ojos grises. La veía como un animal salvaje y herido, capaz de lanzar zarpazos, pero no de hacer demasiado daño. Que la subestimaran formaba parte del plan, así que bajó la mirada, respiró hondo y puso en práctica uno de los ejercicios aprendidos. Cuando alzó la mirada, en la superficie gris de sus ojos ya no había ira.

—Tendrías que probar con la música, muchacho, a mí me da voz cuando no me alcanzan las palabras. Además, el jefe siempre está predispuesto a una buena canción, te ganarías un par de puntos

con él.

Ella asintió. Se puso de pie y extendió las sábanas de manera mecánica. Lo hizo con la perfección militar que caracteriza a los demás, lo que le granjeó un par de miradas sorprendidas y desconfiadas. Maldijo por lo bajo el descuido, lo había estudiado al rabillo, su mentor le había explicado que lo que está grabado muy dentro es lo que sale a flote sin control de la conciencia. Y ella llevaba años haciendo su propia cama de esa misma manera.

—Solo imité a los demás —dijo en un susurro para no delatar su voz femenina. Roy arqueó las cejas.

—Aprendes rápido —sonaba escéptico—, veamos qué más puedes hacer. Trata de hablar más —dijo—. Tal vez no seas mudo, sino que tu garganta tiene menos entrenamiento que tus brazos. —Le alzó uno de la muñeca. Si bien Alexa tenía más musculatura que una dama de su edad, no tenía el cuerpo de ninguno de esos hombres—. Y cuando entiendas que aquí nadie te hará daño, a menos que nos quieras dañar a nosotros..., intenta bañarte, que aún hueles a pescado del puerto.

Una vez más, el sonrojo la tomó desprevenida. ¿Qué demonios le sucedía? La respuesta resonaba clara en su mente: *Tobías Krage, te sucede, Alexa. Él y su energía que flota en el aire de este lugar.* Como el yin y el yang, la fuerza masculina que proyectaba el tercer Prometheus era tan intensa que hacía aflorar la parte femenina de Alexa, tanto tiempo adormecida.

Decir que también estaba advertida de eso no servía de nada, su mentor fue claro: no solo el inconsciente de Tobías Krage se pondría en marcha, el de ella también despertaría furioso, clamando por el pasado.

Siguió los pasos de Roy e intentó hacerlo de manera descoordinada, pero el ritmo del hombre la empujó de forma instintiva a sincronizar los movimientos con los suyos. Un, dos... un, dos... y ella se aseguraba de soltar un tres de vez en cuando. A ese ritmo, forzado y aleatorio, llegaron a la cocina.

—Roy, no recibirás una ración extra por colarte en la cocina —lo reprendió Martha, al tiempo que le entregaba una rodaja de pan recién horneado por debajo. Roy le sonrió como un niño.

—Jamás me valdría de mis privilegios para eso. —Le guiñó el ojo—: Te traje al nuevo integrante. Es demasiado delicado para las tareas de hombres. —No te enfades, no te enfades... se repitió Alexa—. Tal vez tú le puedas encontrar alguna utilidad. Ya sabes...

—Sí, lo sé... El jefe no quiere deshacerse de él ni tenerlo como un perezoso —completó Martha. Miró a Alexa de pies a cabeza y preguntó—: ¿Tú, muchachito, qué sabes hacer?

Ella elevó ambas manos, como si fueran platillos de una balanza. Un poco de esto, un poco de aquello.

—Habla —aclaró Roy—, pero por alguna razón prefiere estar callado.

—En tal caso, déjalo aquí. Si Rose no consigue sacarle palabra, es que te has vuelto loco y jamás has escuchado su voz.

La mujer rió y Roy lo hizo a la par, tras lo cual se alejó del lugar haciendo un saludo militar y chocando los talones de su bota. Martha volvió a observar a Alexa.

—No te has bañado, aquí la higiene es muy importante. No queremos tifus ni ninguna otra enfermedad, así que, si temes a los hombres, dímelo y te prepararemos un baño en otro sitio. Solo te puedo asegurar que no esperes las mismas comodidades, tendrás que hacerlo tú mismo si no quieres usar los baños comunes. —Ella asintió—. Y el gorro te lo dejaré por hoy, porque no quiero cabellos en mi comida, pero mañana mismo te lo cubrirás con otra cosa cuando trabajes. Si es que vales para la cocina —agregó. Como era de esperar, desconfiaban del recién llegado—. Puedes cubrirte con un

pañuelo de lino como las demás ayudantes de cocina. Ahora, ven aquí... Veamos qué tienes. —Le señaló un extremo de la cocina para que lavase las manos. Supervisó que lo hiciera bien, escarbando bajo las uñas cortas y frotando entre los dedos. Con eso se ganó la primera sonrisa sincera de Martha—. Bien, bien... así me gusta. A algunos de los hombres les he tenido que enseñar hasta a limpiarse el culo, ¿te lo puedes creer?

Alexa rio por la vulgaridad. Martha carcajeó a la par.

—Así está mejor, muchacho. Si no ríes a tu edad... —Ella se contuvo de corregirla, se sorprendería al descubrir cuántos años tenía en realidad. Pero muchas veces las personas ven lo que quieren ver, y eso formaba parte del ardid ideado por ella y su mentor. Debía valerse del primer engaño mental el mayor tiempo posible. ¿El problema? Engañar a Tobías sería muy difícil. Si pudiera mantenerse lejos de él, podría sostener la farsa durante meses. Pero precisamente necesitaba hacer lo contrario: acercarse, estudiarlo, buscar el momento exacto...

Respiró hondo, poniendo en práctica lo ensayado para controlar las emociones, y esbozó una sonrisa en dirección a Martha.

—Empecemos con las judías verdes. Una vez que le hayas sacado las puntas y las hebras, ponlas en este cuenco. Ven a buscarme cuando termines.

Alexa cogió un cuchillo y se puso manos a la obra; antes de que Martha pudiera dar dos pasos, ya tenía medio cuenco lleno. La mujer la miró con sorpresa y, pese a ser siempre eficiente y aprovechar al máximo el tiempo, dedicó diez minutos de su vida a observar al nuevo muchacho.

La destreza con el cuchillo era imposible de esconder para Alexa, además necesitaba mostrar alguna cualidad si quería permanecer bajo ese techo. Esa habilidad le servía doblemente: le permitía conservar su puesto en la cocina y advertía a los demás hombres de que no era tan débil como presuponían. Terminó en tiempo récord y Martha aplaudió.

—Bien, muchacho. Veamos cómo te manejas con las patatas... —Y la puso a pelar. También allí demostró su habilidad, quitando la cáscara sin desperdiciar apenas tubérculo—. ¡Vaya, chico! Última prueba... —La condujo a la parte trasera de la cocina, donde un par de conejos muertos colgaban de ganchos del techo, aún con piel. Debajo, en baldes, estaba la sangre que habían emanado.

Los años de entrenamiento le habían permitido mantener la compostura. Martha salía mejor parada que ella en esas lides; cogió un conejo rechoncho de las orejas y la instó a regresar con ella a la cocina.

—Muéstrame cómo lo despellejas. Como adivinarás, hoy lo comeremos estofado.

A Alexa no le tembló el pulso ni mostró emoción alguna mientras diseccionaba al animal con la pericia de un cirujano. No exageraba; de hecho, podía operar a un hombre y esa tarea probablemente le generara menos repulsión que despellejar un conejo. Pero todo valía por la misión. El único gesto que la delataba eran las aletas de su nariz, que se abrían un poco más de la cuenta en cada inhalación, buscando el aire que le impidiera vomitar o desmayarse por el descenso de la presión sanguínea.

Estaba tan concentrada en la tarea de no morir como ese conejo, que no vio a Tobías entrar en la cocina y no fue consciente de su presencia hasta que la voz de Martha se lo hizo notar.

—¿Te das cuenta de lo ágil que es con el cuchillo? —dijo la mujer a su jefe.

—Y lo bien que tolera el asco... —agregó él.

Alexa alzó la vista y sus ojos grises se clavaron en los rasgados de él. Sintió que él podía ver su alma, que su disfraz caería pieza a pieza a sus pies, incinerado por esa mirada negra e intensa. Sin embargo, no sucedió, porque él también quedó atónito al chocar de frente con el nuevo muchacho. No

fue capaz de descifrar la sensación que lo embargó, y se le erizó la piel como le sucedía ante el peligro.

—¿Asco? Pero si lo ha hecho con una precisión encomiable...

—Le tiemblan las aletas de la nariz y tiene las pupilas dilatadas. ¿No te gusta despellejar conejos, muchacho?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no te niegas?, ¿por qué no le pides a Martha que te asigne otra tarea?

El inconsciente es un maldito hijo de perra, esa era la única explicación posible tras la respuesta susurrada que dio:

—Porque es él o yo.

Tobías dio un paso al frente y ella, por instinto, se puso en guardia. Fue en vano, antes de que pudiera parpadear, el cuchillo ya estaba lejos de su mano. En otras circunstancias, la lucha habría estado más igualada, incluso con un Prometheus, pero Alexa estaba anonadada ante su propia respuesta. Krage la cogió de la muñeca y tiró hasta acercarla a él. Quería que viera en sus ojos rasgados la amenaza y la veracidad de sus palabras, como haría con cualquier hombre.

Ella no era un hombre cualquiera. Ni siquiera era un hombre.

—Descubriré quién eres, quién te metió en ese jodido barco y qué quieres de mí. Si me lo dices ahora, tal vez sea magnánimo. Si lo descubro por mis medios, nada ni nadie te salvará, chico. ¿Entiendes tus derechos?

Alexa asintió lentamente. Tobías fue a por el cuchillo y regresó, lo clavó en la tabla de madera junto al conejo muerto.

—¿Prefieres que le asigne otra tarea, Krage? —preguntó Martha.

—No... —Tobías sonrió—, puedes dejarlo jugar con cuchillos todo lo que quiera. No es más que un niño que aprende dónde están los límites. Tal vez necesite salir herido un par de veces antes de entender la lección.

Tras decir esto, abandonó la cocina.

Mientras el estofado de conejo se maceraba, Alexa se ofreció a ayudar a Rose con las demás actividades. La pusieron a cargar cubos de agua —al fin y al cabo, era un jovencito— y ella no se quejó. Las mujeres estaban acostumbradas a cargar con niños, con la colada húmeda, con las ollas de hierro... No sabía de dónde sacaban los hombres la idea de que eran los únicos capaces de hacer fuerza. En cualquier caso, era una regla tácita de la sociedad que muchas veces resultaba valiosa. Este principio era especialmente valioso en el cortejo: bastaba con que Rose parpadeara y pidiera socorro con voz dulce para que veinte hombres fortachones corrieran a su auxilio. Era divertido de ver.

—No sé quién te ha puesto de ayudante a un muchachito, Rose. Tú necesitas un hombre de verdad —dijo uno de ellos, y Alexa hizo el esfuerzo de recordar su nombre. Eran tantos que se le mezclaban. El caballero de la brillante armadura flexionó su brazo, mostrando su abultado bíceps. Rose se sonrojó y Alexa bajó el rostro para no delatar su sonrisa. Podía entender que lo encontrara atractivo; ese hombre podía cargar con Rose y con los cubos de agua sin apenas sudar.

Alexa aprovechó que estaban coqueteando para otear el entorno. La primera planta no le era desconocida y empezaba a familiarizarse con el ir y venir de personas. Era la planta alta la que debía develar y donde debía buscar algo de valor. ¿Qué?, aún no lo sabía. Lo descubriría cuando lo viera o cuando se lo contara a su mentor y este le asegurara que podía utilizarlo a su favor.

«Maldición, Xiao, ¿por qué lo haces todo tan difícil?», pensó, y una vez más sonrió. Esta vez por

él, porque en el fondo le gustaba que se lo pusiera complicado, que se resistiera... Siempre admiró la capacidad de no rendirse del vencedor Tobías Krage. Avanzó unos pasos hacia la escalera que subía a la planta alta y ascendió tres escalones. Miró a su alrededor: Rose seguía hablando con el fornido hombre, a quien el azar había desabrochado sin querer los dos primeros botones de su camisa, dejando al descubierto el inicio de sus pectorales. Era increíble cómo Tobías conseguía mantener el decoro entre sus hombres, lo que demostraba que no eran las rígidas normas sociales de la época las que impedían los abusos, sino que se trataba de un respeto genuino por la vida ajena.

Subió otros tres peldaños. Nadie reparaba en ella, así que, confiada, intentó subir los últimos escalones al trote. Se dio de lleno con un pecho masculino. Casi rueda por la escalera, pero el brazo de Tobías le impidió caer y la cogió por la cintura.

—¿Qué demonios haces aquí, muchacho?

No respondió, o su voz la delataría. Estaba segura de que los nervios la harían sonar aún más aguda de lo habitual. Por eso, decidió señalar a Rose con el mentón.

—Rose sabe que, si necesita subir por alguna razón, debe decírmelo.

Alexa se encogió de hombros e hizo una seña con las manos, como si quisiera expresar que Rose estaba demasiado ocupada para pensar en esas nimiedades. Una mirada rasgada de Tobías le bastó como respuesta. No le compraba el papel de inocente. La hizo girar y alzó la pierna para darle un buen puntapié en el trasero y obligarla a bajar por las escaleras.

Se detuvo en el último momento, movido por la misma sensación que lo embargaba desde que habían rescatado al niño. La certeza de que algo no cuadraba, pero se impidió seguir analizando el asunto; de lo contrario, por las extrañas sensaciones que comenzaban a gestarse en él, desplegaría su mejor cualidad y arma: la violencia. El reconocimiento de que algo no cuadraba se hallaba en el trasero de ese ¿niño?, le repugnaba, porque sabía que era incapaz de mirar así a una criatura, por muy taimada, sospechosa o confabuladora que fuera.

Pero, si tenía que describir la sensación que lo invadió, diría que era como estar frente a una mujer. O, para ser exactos, detrás de ella. Ni siquiera una niña... una mujer. Una dama con todas sus jodidas curvas en su sitio.

—No vuelvas a subir aquí —siseó.

—¿Ni siquiera con su permiso? —murmuró Alexa, incapaz de contener su insolencia. ¡Había visto su reacción! Sabía que estaba jugando con fuego al provocarlo. Y una parte de ella quería quemarse. Ansiaba saltarse esa etapa del plan e ir directamente a la siguiente. Recordó que era fuerte y que podía resistirse a la cercanía de Xiao. Tan cerca y, a la vez, tan lejos. Confiaba en su mentor, en sus métodos y en su plan, por eso se mantenía en el camino trazado. Pero, joder, qué ganas tenía de mandarlo todo al demonio y...

—No querrás ese permiso, muchacho —amenazó Tobías—, porque cuando te haga subir aquí, será para interrogarte y nadie me oculta la verdad por demasiado tiempo.

Ella ya estaba en el pie de la escalera, con los pies en el terreno seguro. Él estaba a cuatro escalones, se veía elevado, como los dioses en los altares. Alexa se apretó los labios con fuerza para retener la réplica, el anhelo irrefrenable de desafiarlo para que volviera a mirarla como hacía unos segundos. Era adicta a su atención.

«El problema, Xiao, es si estás listo para la verdad», respondió mentalmente, esquivando su mirada, y se volvió hacia el salón. El estofado estaba en la mesa y los hombres recogían los platos ellos mismos. Alexa se sentó junto a Roy sin más, en silencio, sonrojada por sus propios pensamientos.

—Debes ir a por tu propio plato —le dijo Roy—, aquí no hay siervos ni amos. —Ella asintió, pero no se movió—. Si no te apuras, te quedarás sin nada —insistió el hombre. Alexa volvió a asentir, esta vez con más énfasis, dando a entender que entendía perfectamente que se quedaría sin comer—. Pero...

—Déjalo, Roy —la voz de Tobías le llegó por detrás—. Es evidente que no come animales que él mismo ha despellejado. —Alexa cerró los ojos, sabiéndose descubierta—. ¿O tal vez simplemente no come animales? —Roy la miró con horror ante esa posibilidad.

—Con razón es tan delgado —creyó adivinar Roy.

Odió tener que esconder su voz, no poder explicarles a esos dos que comer vegetales no afectaba al desarrollo muscular si se hacía con conocimiento del cuerpo humano y de manera consciente. Callar requería más entereza de la que había pensado en un principio; admiró a los monjes que hacían votos de silencio: ella se volvería loca.

—Una debilidad mental que se manifiesta en una debilidad física —sentenció Tobías. Alexa alzó sus ojos grises y los fijó en él, luego sonrió enigmáticamente.

No, aún no estaba listo para la verdad; todavía le quedaban algunos de los dogmas de Prometheus. El mandato de dominio sobre el mundo, humano y animal, por encima del propio. Ella no comía animales no porque no pudiera dominar la naturaleza, sino porque podía dominarse a sí misma.

Tobías se estremeció ante esa sonrisa, lo invadió de nuevo una violenta incomodidad. No era de los que huían de los problemas, pero esa noche se daría una tregua. Por la mañana, idearía un plan para averiguar qué ocultaba ese crío que había estado en el lugar indicado en el momento preciso.

CAPÍTULO 5



¡Era Tobías Krage, joder! Un muchachito del demonio no podía alterarlo tanto. Parecía ser él quien tenía el control de la situación, ¡pero eso iba a cambiar! Empezó observándolo y estudiándolo sin que se diera cuenta. Como una fiera en la sabana, camuflada entre el follaje. A medida que recopilaba información, aumentaba su desconfianza.

Era evidente que el chico estaba aprendiendo las rutinas, los nombres y los movimientos de sus hombres. En una ocasión en la que pensó que estaba solo, lo vio contar los pasos desde el centro del salón hasta las posibles salidas, incluidas las no convencionales, como ventanas, ventilaciones y demás.

En más de una ocasión intentó subir la escalera, pero esta vez fue más cauteloso y, de momento, no lo había conseguido.

Sin embargo, dos aspectos del muchacho irritaban especialmente a Tobías. Uno, que no comiera lo suficiente, lo que lo conducía al segundo: sospechar que ocultaba algo más bajo ese atuendo de jovenzuelo.

A medida que pasaban los días y sus ingestas no superaban una rodaja de pan al día y una manzana, el descenso de peso fue evidente y, con ello, también lo fue la figura. Los niños demacrados no tienen pómulos, los muchachos mal alimentados pierden musculatura —y, por tanto, trasero—, y, sobre todo, los hombres toleran menos el hambre que las mujeres.

Era sabido por la ciencia que las mujeres contaban con mayor cantidad de grasa porque estaban preparadas para el magnífico milagro de la procreación. Eran capaces de hacer crecer un niño en sus vientres en tiempos de carestía. En otro momento, hubiera admirado ese don; en ese instante, en cambio, la sospecha iba acompañada de un asunto que debía resolver cuanto antes. Tanto si se trataba de una muchacha como de un muchacho, tenía que comer.

Bajó las escaleras con el torso desnudo, cubierto solo con su bata de seda negra y sus pantalones militares. Se anudó el lazo solo por deferencia a los demás, porque a él le importaba un pimiento que lo vieran, y se dirigió directamente a la cocina.

—¿Dónde está? —preguntó a Martha sin especificaciones.

—Con Beatrice, ocupándose de la colada.

—¿Ha comido algo?

—Una rodaja de pan y una manzana...

—Para variar —musitó Tobías, furioso con el muchacho y consigo mismo. Demonios, no estaba para lidiar con más problemas. No hallaron a Viktor en el puñetero barco, por lo que no sabían dónde estaba. Los negocios no se manejaban solos, por lo que tenía que realizar operaciones rutinarias en

medio de las investigaciones, y ya de por sí gestionar un cuartel como aquel requería mucho trabajo. No tenía tiempo ni ganas de perseguir a un chiquillo al que no le apetecía comer, mucho menos a uno que se sentía como una espina clavada en la planta del pie.

—Krage... —dijo Martha, con cautela—, uno es responsable por las personas a las que salva. Si has decidido traerlo aquí, debes responder por él...

—¿Y si no, qué? Si no lo traía aquí, dime, ¿cuál sería la alternativa? ¿Lanzarlo a las calles de Liverpool? —Martha se encogió de hombros; se suponía que a un Prometheus esas cosas no le importaban. Cada uno es dueño de sí mismo y de sus decisiones. Él no había sido mucho mayor cuando el hospicio abrió las puertas y, con tan solo la ropa que le cubría el cuerpo, fue lanzado al mundo para probar una teoría. Aquí estaba nueve años después, con un imperio militar en sus manos—. Aún le tengo desconfianza —respondió con cierta lógica, aunque no fuera la verdad completa— y quiero averiguar qué trama. Tal vez intente matarme; quizá lo ha enviado Schwarz. Si es así, puede que tengamos suerte y nos lleve directo a él. En tal caso, necesitará comer.

—De acuerdo, lo intentaré.

—No, yo lo intentaré. —Tobías recorrió la cocina y la despensa, recolectando lo que creía que podía funcionar—. ¿Te ha mencionado algo?, ¿no come lo que él despelleja o solo no come carne?

—No me ha dicho nada, pero el jamón estaba allí colgado desde antes de que llegara y no lo ha probado.

—¿Cómo puede uno someterse a sufrir por una idea? —murmuró. Era incomprensible para Tobías Krage semejante acto de... ¿altruismo?, ¿estupidez? Recordó la mirada del muchacho en él, la sonrisa enigmática, como si supiese algo que los demás mortales ignoraban... como si se creyera superior por ser capaz de acallar su estómago por una idea propia.

Y Tobías empezaba a pensar que quizá tuviera razón. Pero ¿acaso conocía ese muchacho lo que era el hambre, las penurias a las que los sometían en Prometheus? Él era muy capaz de ayunar, sabía muy bien cuántas horas podía pasar sin agua ni comida y cómo gestionar su energía para sobrevivir según las circunstancias. La pregunta que rondaba su cabeza era si alguna creencia, certeza o idea merecía el sufrimiento.

Viktor creía que sí, que sus ideas valían lo suficiente como para someterlos a ellos a toda clase de carencias. ¿El propósito final?, que valoraran el mundo material, el único mundo que para el doctor existía.

—Maldito muchacho del demonio —gruñó. Detestaba que lo hicieran pensar, que lo llevaran a reflexionar sobre cómo Schwarz aún regía algunos aspectos de su vida; todavía le resultaba difícil sentirse libre. En especial, lo enfurecía darse cuenta de que, si él tenía que dejar de comer para matar al doctor, se sometería a esa tortura sin vacilar.

Todos creemos en algo.

Cogió frutas, hortalizas, frutos secos, huevos y queso. ¿Se negaría a comer cualquier cosa de origen animal o solo aquellas que implicaran la muerte de un ser vivo? Terminada su selección, llevó los alimentos a la gran mesa central y fue a buscar al muchacho.

Lo encontró junto a Beatrice. Comprendió por qué nadie más sospechaba de su sexo: el jovencito era capaz de hacer fuerza casi como un hombre. Hasta entonces solo le había visto el poco cabello que le asomaba por debajo del pañuelo; era moreno y se adivinaban algunos rizos. Pero aun así podía tratarse de un muchacho apuesto, algo afeminado, de rasgos delicados y poco vello. Lo que no le cuadraba era el trasero y, que lo llevase el demonio, él no era homosexual. Ya tenía edad suficiente

para haber disipado cualquier duda respecto a su sexualidad.

Para Tobías, los ropajes eran la norma social más absurda. Por eso él mismo no la respetaba. Vestía prendas cómodas, acordes a cada ocasión. En cambio, las mujeres debían llevar esas absurdas enaguas que les impedían moverse, las acaloraban en verano y podían provocarles un ahogamiento si caían al río. Que ese muchacho luciera pantalones, camisa y chaleco no le decía nada sobre su sexo, como sí lo hacía su percepción, el cosquilleo de su piel, ese reconocimiento primitivo entre hombre y mujer.

Lo vio agacharse para coger un cubo grande de agua con sábanas dentro, sonrió y frunció el ceño al percatarse del engaño. No se trataba de fuerza, sino de técnica. La mayoría de las personas creía que para cargar peso se necesitaba fuerza en la espalda y en los brazos, pero su impostor —o impostora— sabía emplear las piernas en el movimiento. Se agachaba con la espalda recta y tiraba el trasero hacia atrás, lo que lo hacía sobresalir, redondo y respingón, y se impulsaba con los isquiotibiales.

Una vez conseguido, no arqueaba la espalda en ningún momento y llevaba la carga como si fuera un peso muerto hasta el siguiente punto.

—Ey, chico, ven aquí —le ordenó. El muchacho, asustado, soltó la carga, el cubo de madera cayó al suelo y se rompió, esparciendo el agua y manchando las sábanas. Nadie había preparado a Tobías para el fuego de esa mirada gris clavada en la suya. ¡El muchachito se había cabreado!, y por un extraño motivo, eso le divertía a Krage. Hacía tanto tiempo que no reía que le pareció extraño sentir el tirón en sus mejillas, el indicio del nacimiento de una sonrisa genuina.

Era evidente que podía hablar, porque abrió la boca para soltarle un millar de juramentos, pero finalmente se contuvo y señaló el cuenco lleno de furia. Las sábanas estaban sucias otra vez por el contacto con el suelo. Se dispuso a recogerlas y, cuando Beatrice quiso ayudar, la apartó. Tobías oyó que mascullaba casi inaudiblemente:

—Que él ayude a limpiar el estropicio. —Krage lo hizo, no encontraba tareas indignas. Cogió las sábanas esparcidas y las cargó sobre su hombro. Alexa recogió las maderas del cubo. Le hizo señas a Beatrice para decirle que tenía la situación bajo control, no quería que la mujer trabajase el doble por su culpa. Sin embargo, no pudo contenerse cuando los pies de Tobías pisaron el agua y, al siguiente paso, dejó una huella en el suelo—. Lo ensuciarás todo —le espetó, deteniéndolo y aferrando la bata de seda.

Se lamentó en cuanto su mano rozó la tela. El enfado le había impedido notar que debajo de la bata no llevaba camisa, por lo que el pecho fuerte quedó al descubierto ante sus ojos. Se sonrojó y rogó que el gesto quedara disimulado por la ira.

El muy maldito de Krage se volvió hasta enfrentarla, y en sus ojos rasgados se veía un brillo divertido. Jugaba con ella al gato y al ratón, podía no conocer todas sus cartas y próximas movidas, pero no por eso iba a actuar a ciegas y dejarse manipular tan fácilmente. Desconfiaba y la empujaba a cometer errores que la delataran.

—Sabía que hablarías —le dijo. Alexa frunció los labios con un gesto lleno de frustración: ¡el muy endemoniado la había leído como un libro abierto! Adivinó con acierto que ella se preocupaba por el trabajo de los demás; no era una mimada que menospreciaba el esfuerzo ajeno o lo daba por sentado.

—Iré a por un paño para secar —intervino Beatrice, quien era la única con los botines secos, y los dejó a solas.

—¿No vas a hablar más? ¿Te has comido de nuevo tu lengua? ¿Acaso te alimentas a base de eso?

—La desafío Tobías. Alexa se esforzó en aparentar indiferencia; no es que no pudiera hablar, es que nada merecía la pena. Pero para Tobías ya no se trataba de obtener información o ganar una batalla, quería despejar la duda—. ¿O temes que descubra algo en tu voz?, ¿tal vez el acento o la cadencia?

Beatrice regresó con los paños y Alexa se los quitó de las manos para secar el suelo ella misma. Tobías la vio trabajar unos minutos, luego suspiró, le quitó otro paño y se puso a gatas a secar el suelo a su lado. Beatrice había traído también un cubo nuevo, en el que depositó las sábanas húmedas.

—Nuestro chico las lavará luego —ordenó Tobías—, no tienes por qué hacer doble trabajo, Beatrice.

La castigaba y lo sabía. Alexa no debía enfadarse, era una tontería. Era ella quien estaba allí, quien se había metido en su vida y bastante hacía Krage al alojar a un extraño, uno por demás de sospechoso. Sin embargo, la enfurecía. Le enfurecía que él la castigara, que él la pusiera a prueba... que él... ¿no la reconociera?

Estaba preparada, se dijo mientras escurría el paño una y otra vez. Estaba lista para abrir la herida del pasado y explorar las emociones que creía haber superado. Su mentor se lo había repetido: estaría vulnerable, podía elegir no ir, podía optar por olvidar y seguir con su vida. Podía...

No, joder, no podía. Estrujó el paño con todas sus fuerzas hasta que se le pusieron las manos blancas. No era capaz de seguir con su vida, porque esta había quedado truncada en el incendio. Porque nunca la tuvo, ni su nombre ni su destino eran suyos. Solo había tomado una decisión libre, ¡una!, y esta había marcado su existencia por completo. El día que optó por advertir del peligro a Xiao en lugar de elegir su propia supervivencia.

—Ya está bien —la detuvo Tobías, cogiéndola de la muñeca—. Además, si no comes, no puedes seguir trabajando.

Ella soltó el paño dentro del cubo, se inclinó para recogerlo, cuando Tobías se le adelantó. Lo hizo sin esfuerzo y le indicó con el mentón que la siguiera. Fueron juntos al comedor, donde el banquete ya estaba dispuesto.

—Siéntate y come —ordenó. Alexa lo miró primero con cautela y luego con algo muy parecido al agradecimiento. Tobías fue presa de esa incómoda sensación que empezaba a ser habitual en su presencia.

Ella no dudó más. Sus tripas rugieron por la antelación; en Alexa, el experimento de Pavlov daría el resultado esperado y no el adaptado por el doctor Schwarz. Se pondría a babear si sonaba una campana.

Perdió la compostura, se sentó y no tardó en coger una rebanada de pan. Miró a Tobías un segundo, para asegurarse de que no la castigaría por su impertinencia, y retomó la tarea de llenar su estómago de alimentos. Concentrada, no se dio cuenta de la forma en que Krage la observaba. El Prometheus se sentó a la cabecera de la mesa y la estudió con atención.

Tenía los labios carnosos, la nariz recta y pequeña, los pómulos altos y marcados, y el mentón, aunque era algo cuadrado, no tenía vello facial. Pero necesitaba una última confirmación.

Alexa mordió una manzana, y el jugo se deslizó por sus labios mientras sus dientes blancos se clavaban en la fruta. Los lamió y, a continuación, se limpió de un modo tosco con el reverso de la mano. El gesto fue forzado, impostado. Tobías supo que el chico conocía las normas de etiqueta a la hora de comer. El hambre podía haberle quitado algunas costumbres, pero no todas. Tras varios bocados más, el ansia disminuyó y Alexa analizó los platos con más detenimiento. Cogió un plato y lo relleno con patatas, garbanzos, judías verdes y un puñado de almendras. Un plato perfecto, pensó Krage.

Luego, la muchacha cogió un huevo y lo estudió a la luz de la lámpara de aceite.

—Si está fecundado, no lo comes. Pero si no, lo consideras un método libre de crueldad, ¿verdad? — indagó Tobías.

Ella posó el huevo cocido en su plato y, como no tenía la pequeña mancha roja que señalaba la fecundación, lo sirvió. Asintió lentamente con la cabeza. Se dispuso a comer bocado tras bocado, saciando su hambre y, en especial, cubriendo los nutrientes. Alguien le había enseñado a alimentarse, alguien con conocimientos médicos. Krage cerró las manos en puños; las sospechas se hacían insoportables, sobre todo cuando venían acompañadas de una extraña impresión, incomprensible para un hombre racional como él. La sensación de que, si ella lo engañaba, debía ser considerado una traición. ¿Cómo podía traicionarlo alguien a quien nada le debía, que no lo conocía? No obstante, el efecto perduraba en él.

Basta de engaños.

—Límpiate —le conminó, tendiéndole una servilleta. Ella la cogió y se pasó la servilleta por la boca—. Más abajo —señaló él. Alexa lo hizo, y cometió el error. Bajó con la servilleta por su cuello hasta el borde de su camisa y tiró de la tela hacia abajo para quitar la suciedad que creía que había allí. Pero lo único que consiguió fue dejar al descubierto su garganta, esa que no tenía una nuez de Adán—. Termina tu banquete, chico, es evidente que necesitarás todas tus fuerzas.

Le brindó una enigmática sonrisa y abandonó el salón, llevándose consigo el cubo de agua y los paños.

CAPÍTULO 6



Podría pensarse que, con tantos hombres —de naturaleza belicosa, hasta en ocasiones barbárica—, todo sería un caos. Sería un gran. El único sonido que solía oírse, y que tal vez podría considerarse molesto, era el de una veintena de hombres masticando a la vez. La hora de las comidas era sagrada. Sobre todo la primera del día. Despertaban hambrientos, como si hubieran librado un centenar de batallas en sueños. Solo les importaba llenar sus estómagos; lo demás era irrelevante. Incluso la repentina e inesperada compañía que tenían.

—¡Esto es culpa de tus hombres, Krage! —gritó furiosa Martha desde la cocina. A continuación, se oyó el estallido de unos cuencos metálicos al estrellarse en el suelo. A esto le siguieron otros gritos femeninos y agudos. Una sinfonía que rompió el clima de los hombres que devoraban los huevos y el tocino—. ¡Es culpa de tus metiches hombres, Krage! —repitió cuando estuvo frente a ellos. Estaba encolerizada. Y, efectivamente, era la única autorizada a vociferar como un endemoniado marinero borracho. Tobías solo le concedía esa gracia a ella; no era fácil lidiar con ese grupo tan particular. Merecía el oro de la corona—. ¿Quién ha sido? —reclamó agitando en lo alto el cucharón que sostenía en la mano, como si fuera una espada.

Tras sus pasos, ingresaron en el comedor Katia, Rose y Alexa. Las dos primeras llevaban bandejas con grandes cuencos de porcelana, dentro de los cuales había el plato favorito de los hombres: gachas de avena con maíz dulce. Detrás de ellas iba Alexa, con una labor menor, pero fundamental, necesaria y liviana. Sí, todavía sentían pena por él. Que no era él, sino ella. Las apariencias jugaban a su favor esa mañana; de momento, todos continuaban creyendo el cuento del muchacho desvalido, temeroso y frágil. No lo interrogaban, intentaban no incomodarlo y, lo mejor de todo, le daban tareas en la cocina. El cotilleo de las muchachas que se ocupaban de las tareas culinarias y del aseo general le brindaba bastante información sobre el lugar. Depositó su bandeja en la mesa auxiliar y comenzó con la tarea que le habían asignado: rebanar las hogazas de pan todavía tibias.

—¿Quién ha sido qué? —amplió la pregunta Tobías al tiempo que mordía un melocotón. Le gustaba la fruta fresca por la mañana. Fruta y café. A diferencia de sus hombres, él amanecía antes de que el sol asomara en el horizonte. Realizaba su rutina de entrenamiento en soledad en la habitación contigua a la suya. La había destinado para eso. Después del entrenamiento, se entregaba a la contemplación silenciosa del amanecer. Le gustaba observar cómo la luz de la mañana se extendía con calma y sin pausa por el oscuro firmamento. Hablando metafóricamente, era un hombre que elegía vivir en las sombras. En las sombras se tiene una perspectiva diferente, allí es donde uno comienza a apreciar la luminosidad de la vida. La oscuridad era su lugar común, su zona de confort, pero lo era

porque sabía muy bien que solo en la oscuridad más profunda se reconoce la fuerza de la luz. Tras esa rutina, se higienizaba y era el primero en ponerse en pie. Como lo estaba en ese instante, con melocotón en mano, la punta de la bota sobre el borde de la silla, la rodilla flexionada y el codo apoyado sobre esta.

—¿Quién ha sido el que ha dejado la puerta del depósito abierta a última hora de la noche? —exclamó, evaluando uno a uno los rostros de los hombres.

—Oh, vaya, ahora lo comprendo todo —balbuceó Krage cuando vio que una rata se abría paso por entre las piernas de Martha, que provenía de la cocina. Continuó degustando el melocotón.

—Tu comprensión o la ausencia de esta me da lo mismo, Krage —gruñó Martha—. Quiero al responsable en esa bandeja... —Señaló la bandeja vacía de Katia, quien había colocado el cuenco con gachas sobre la mesa para que los hombres se sirvieran su ración del día.

—Creo que estás siendo muy dramática con esto, Martha —opinó Wolf después de patear a la rata en cuestión.

—Cierra tu hocico, Wolf —ordenó la mujer.

—No puedo, tengo que usarlo para comer —se burló él. Tanto griterío por una maldita rata.

—Entonces come y resérvate la opinión... de lo contrario, te meteré dinamita por el trasero. —Wolf se atragantó y tosió. Tobías se rió a carcajadas. Y no fue el único, varios se sumaron a las risas. El aludido maldijo para sus adentros—. ¿Te agrada la idea, Wolf?

—No, no me gusta, pero reconozco que tus formas son acertadas. Eso es lo que yo haría.

—En cualquier caso, si no has sido tú el que ha dejado la puerta del depósito abierta, no intervengas. —El asunto titulado «Ratas» fue lo que despertó su ira esa mañana. Amanecer con una cocina invadida por roedores le crispaba los nervios a cualquiera. ¿Y por qué sucedió? Porque algún imbécil estuvo en el depósito durante la noche y no cerró bien la puerta, por lo que entraron ratas. Y, como este compartía pared con la despensa, donde se almacenaban los alimentos, una pared que tiene un respiradero en común, los malditos roedores se colaron. En conclusión, ratas por la despensa, que emigraron a la cocina y continuaron su expedición por otros lugares.

—Es solo una rata, Martha —intervino Roy, al terminar su ración de huevos y beicon. Esa mañana no le apetecían gachas de avena. Se incorporó dispuesto a eliminar al invasor—. ¡Cómo si nunca hubieses visto una, mujer! —Le lanzó su boina con la intención de capturarla.

—¡No es solo una rata, es la decimoquinta rata de la mañana! —exclamó resignada. Bajó el arma de exterminio momentáneo. O sea, el cucharón.

—¡Pues aquí solo vemos una, Martha! —Wolf volvió a provocarla. Alzó los hombros. Le hizo una mueca de burla.

—Me sumo a lo dicho por Wolf, Martha —dijo Tobías, que no pretendía enfadar más a la mujer, pero su discurso sonaba un tanto exagerado—, a las pruebas me remito... yo también solo veo una. Miró de reojo a Roy, que lanzaba su boina por tercera vez consecutiva sin dar en el blanco.

—¡Ves solo una maldita rata porque las hemos exterminado a todas, joder!

—Entonces deja de quejarte, mujer —insistió Wolf en su provocación. No podía evitarlo, esa era la dinámica que tenía con Martha. Se detestaban y se adoraban en partes iguales. Wolf era como un hijo más para ella—. Te saldrán más arrugas.

—Disculpa... —carcajeó Martha, se acercó a él y le golpeó el hombro con el cucharón—: ¿Has dicho... —«Más»?

Uh... se escuchó a coro. Wolf estaba en aprietos. Sus compañeros se apiadaron de él. Algunos

hasta se persignaron. El único que no pronunció palabra fue Roy, que estaba muy concentrado en su tarea. Seguía el rastro de la rata que caminaba pegada a la pared, dispuesta a hallar una nueva salida. Lanzó la boina una vez más...

—¡La tengo! —proclamó satisfecho. Todos dirigieron su atención hacia él. De hecho, Katia y Rose aplaudieron la proeza. Incluso Alexa reconoció el triunfo. Se apresuró a coger la boina con la rata dentro—. Aquí tienes otra rata para exterminar, Martha. —Hizo el amago de entregarle la captura preciada a la mujer. El roedor se inquietó, como era de esperar, y mordió la tela en la que estaba cautivo. Roy, como también era de esperar, reaccionó como un crío cogido por sorpresa. Soltó la boina, la rata se liberó y cayó sobre la mesa. En cuestión de segundos, la rata comenzó a correr entre los platos de los comensales. Katia y Rose gritaron. Martha sacudió la cabeza y miró de soslayo a su nuevo exterminador favorito: Alexa, alias el muchachito nuevo. Dio la orden con un gesto.

Y ella cumplió con su labor. Dejó de rebanar el pan y lanzó el cuchillo en dirección a la rata. Sin saberlo, el pobre roedor asustado se encontró cara a cara con la muerte gracias al filo del cuchillo. Todos contemplaron el espectáculo en completo silencio y fascinación. El roedor quedó incrustado en la madera de la mesa.

—¿Acaso tengo cara de exterminadora? —replicó Martha con una sonrisa de satisfacción. Ese muchachito era todo lo que había deseado para su cocina. Sí, estaba orgullosa. La fascinación de Martha se había agotado tras atrapar la sexta rata.

El único que no mostró ninguna emoción fue Krage. Ni una pizca de fascinación. Ni desconcierto. Ni siquiera sorpresa.

—¡Tú! —le dijo desde el otro lado de la mesa. Su tono no denotaba ninguna amabilidad. Por dentro pensaba: «Fin del espectáculo para ti, maldito crío». —Tú... —intentó disimular su intención, la de desenmascarlo. Fingió una sonrisa. Caminó hasta llegar al punto de la mesa en el que la rata estaba incrustada. Retiró el cuchillo —. Ven conmigo, déjame evaluar tus cualidades como corresponde... — Cuando estuvo junto a ella, le devolvió el cuchillo y finalizó—: Así te doy el lugar que te mereces entre nosotros.

—Oh, no, no, Krage... Me lo entregaste a mí, su lugar es en la cocina —le recordó Martha, porque no quería perder su preciada adquisición.

—Eso ya lo veremos —masculló entre dientes. Solo Alexa lo oyó. Lo cogió del brazo y lo arrastró fuera del comedor.

Terminaría un espectáculo, pero otro daría inicio. Uno muy personal e íntimo. Un reencuentro entre viejos amigos, aunque uno de ellos ni siquiera lo supiera.

Conocía las instalaciones anexas a la fábrica, y su puesto de ayudante de cocina le permitía indagar en los alrededores cada vez que le solicitaban un encargo. Ve a comprobar el estado de la leña y el carbón. Ve al invernadero a por hierbas aromáticas. Ve a comprobar si han entregado el suministro de leche. Ve a por los huevos, tenemos gallinas ponedoras de sobra, no necesitamos comprar en el mercado. Esa fábrica y sus alrededores era un hogar, un cuartel de soldados, el refugio para los exiliados y, como si eso no fuese suficiente, también era una tierra sostenible. En resumen, era una pequeña ciudad. Un auténtico territorio Krage. Lo correcto sería decir territorio Xiao. La máxima expresión del joven que conoció a temprana edad. Alexa reconocía para sí que el nombre de Tobías Krage le parecía cada día más detestable. Quizás sus hombres no conocían la verdad que se escondía tras ese nombre, ella sí. Y él, que ahora caminaba a su lado, con la mano aprisionando su muñeca y arrastrándola a un destino

incierto, era más que ese maldito nombre. Era más que ese miserable pasado que le había mutilado su identidad. ¡Mierda! El incontenible deseo de gritar su verdadero nombre convirtió en lava caliente a su saliva. Tragó a la fuerza.

—Sabes, yo no soy bueno con los cuchillos —dijo él mientras marcaba el paso a ritmo frenético—, por lo menos, no tan bueno como tú.

Mientes... quiso decirle.

—Podrías enseñarme, ¿no? Creo que serías un buen maestro.

Mientes... detestas que otros te enseñen. Aprendes todo solo.

—Si puedes atravesar una rata, puedes atravesar muchas cosas más, ¿verdad? —Ni siquiera lo miró de soslayo y siguió caminando sin detener sus piernas ni su lengua—. Quiero ver de lo que eres capaz, muchacho.

Y ahí no mientes. Sé lo que pretendes... No te daré el gusto.

Clavó el tacón de sus botas en el césped. La resistencia de su cuerpo fue evidente para Krage. La pasó por alto y, sin siquiera voltear a verla, tiró de su brazo hasta que retomó el ritmo de la marcha.

—Voy a confiar en ti, al fin de cuentas, pareces un experto.

Mientes. Tú no confiarías en nadie.

Salvo en mí. En Alexa... en la Alexa que tiempo atrás supe ser.

De aquí a un tiempo, cuando descubras la verdad, me odiarás. Está bien, yo también me odiaré. Y si tú no lo haces, no te preocupes, yo lo haré en nombre de los dos, Xiao.

Llegaron a la parte trasera de los establos. En el antiguo portón, que ya no se utilizaba como acceso, había un dibujo de tiro al blanco hecho con pintura blanca. Allí solían practicar, aunque más que perfeccionamiento eran apuestas. Competían para ver quién era más rápido y quién siempre daba en el centro de manera consecutiva. Había, de hecho, un gran cofre de madera que albergaba todo tipo de armas punzocortantes.

—Dime, muchacho, cuál es tu arma preferida.

—No... —susurró tratando de ocultar su voz femenina.

—¿No? —Tobías abrió el cofre—. ¿No tienes una arma de preferencia o no quieres decirme cuál es? —Cogió un hacha. Regresó sobre sus pasos hasta quedar frente a él. Lo miró. Como era de esperar, el jodido crío esquivaba su mirada. Le alzó el rostro con el hacha, presionando su barbilla—. No seas vergonzoso, la comunicación entre hombres de un mismo cuartel es fundamental para la buena armonía... Dime, ¿te gustan las hachas? —Alexa negó, y lo hizo de la peor manera posible, sin apartar sus ojos grises de él ni un segundo. Los dos tragaron saliva. No, los dos tragaron lava ardiente. Porque sí, ardían por dentro. Alexa, por la cercanía del único hombre que, desde que tenía memoria, formaba parte de sus recuerdos, sus sueños y sus anhelos. Tobías, porque luchaba con la infernal incertidumbre que lo invadía y lo descontrolaba desde el día en que hallaron al condenado muchacho. ¡Joder, iba a enloquecer! Si su cuerpo seguía reaccionando así cada vez que se encontraban, se arrojaría al río helado. Caminaría desnudo por el bosque en plena madrugada. Se obligaría a ayunar para darle una razón de peso a su cuerpo, una razón verdadera que justificara el hambre voraz que sentía en ese condenado momento—. Habla de una vez, ¿cuánto tiempo más te morderás tu maldita lengua? —gruñó en su oído. Pero eso fue solo una excusa para oler la fragancia que su piel desprendía. El estómago le rugió y las tripas se le retorcieron. ¡Devóralo, devóralo sin piedad!

Ella le quitó el hacha de las manos. Lo apartó con un empujón en el pecho y, cuando tuvo el

blanco en mira, la lanzó. Esta se incrustó en la parte baja del portón, muy lejos del centro del blanco dibujado. Lo hizo a propósito.

—¡Mi culpa! —exclamó Tobías en tono de burla—. Me he olvidado de la delicadeza de tus extremidades, estoy acostumbrado a otro tipo de textura masculina. —Fue de nuevo hasta el cofre y seleccionó un par de cuchillos de combate. Lanzó uno hacia arriba y lo cogió en el aire por el mango. De este modo, demostraba su experiencia en el arte de las armas blancas. Le estaba diciendo directamente al muchachito que estaba jugando con él. Quería que se sintiera acorralado.

—Toma, prueba con estos, son más ligeros... tus muñecas podrán soportarlos —dijo, y se ubicó a su lado.

Alexa se adueñó de los cuchillos como si su vida dependiera de ello. Luchaba contra su naturaleza: no era un Prometheus como ellos, pero tampoco era lo opuesto. No era un fallo del proyecto, y tampoco fallaba, solo lo hacía cuando se lo proponía. Un cuchillo tras otro. Vale la pena aclarar que se había propuesto fallar. Ni cerca del centro—. Lo siento... —masculló entre dientes y con voz ronca. El malestar en la garganta, ese fuego que la consumía y convertía su saliva en una sustancia ardiente y gelatinosa, actuó a su favor.

—¿Qué sientes? —Prefirió no hacer contacto visual con el maldito crío, ya que, cada vez que sucedía, le invadían extrañas sensaciones. Como si Wolf hubiese puesto dinamita en cada uno de sus órganos y los hiciera detonar a su antojo—. ¿Errarle o tratar de engañarme?

—No... no se trata de un engaño —se adelantó Alexa a responder, quería valerse de la mala interpretación. Ambos sabían del engaño del que él hablaba—. Necesito un... —carraspeó y susurró—, un objetivo en movimiento, no un blanco fijo.

Carraspeó y susurró. Fue en vano, ¡estaba atrapado! Con más de tres palabras seguidas, se había expuesto.

No, ¡atrapada! Krage lo reconoció de una buena vez. La exhalación de alivio que se dio a conocer en él fue evidente. Su cuerpo no respondía de forma inadecuada, fuera de su comprensión y de sus hábitos carnales. Lo suyo era el comportamiento que solía tener cuando estaba frente a las curvas de una mujer que le interesaba.

La nota de color para agregar al final de la página de sus pensamientos debía incluir lo siguiente: un comportamiento y reacción inusuales en él. Pocas mujeres lograron ese efecto. Mujeres que pusieron todo su esmero y utilizaron sus encantos de forma desmedida para excitar a la fiera Krage. No era tarea sencilla conseguir su interés sexual. Y que ese maldito crío... maldita cría, despertara dicha sensación, debía considerarse una anomalía. Estas debían arrancarlas de raíz antes de que brotaran dentro de uno. Un verdadero Prometheus erradicaba la maleza antes de que se expandiera.

—Mmmmm... ¿Objetivo en movimiento? —Krage se acarició la barbilla—. Vaya, estamos en problemas. —Caminó en dirección al blanco dibujado en la pared—. Por lo que he oído, todos los posibles objetivos en movimiento fueron reunidos con el creador esta mañana —dijo haciendo alusión a las ratas— gracias a tu destreza, por supuesto —Apoyó la espalda contra el portón de madera, y como no pienso sacrificar pavos y cerdos para una simple demostración de habilidades —Extendió los brazos—, tendré que ser tu presa momentánea, ¿te agrada la idea? —la provocó.

—Sí —masculló Alexa entre dientes. Se daba cuenta de que estaba descubierta. En parte descubierta. Podía verlo en los ojos de Xiao, que brillaban satisfechos por su triunfo temporal. De repente, lanzó un cuchillo. Este se clavó a unos treinta centímetros de la oreja izquierda de Krage.

—Ey, has dicho objetivo en movimiento... no lo he hecho —protestó, giró el rostro para

comprobar si había acertado la muchacha. Su protesta no concluyó porque esta fue interrumpida por otro cuchillo clavado entre sus piernas. —¡Ey! —volvió a protestar. Observó su entrepierna. El filo estaba muy lejos de su masculinidad. El zumbido del acero filoso cortando el aire le hizo elevar el rostro hacia ella. ¡Joder! Otro cuchillo se incrustó a la altura de su coronilla.

—Te has movido —argumentó Alexa con un fastidio notorio en la voz. Estaba enfadada consigo misma. Era muy consciente de que la fantochada de fingir ser un muchacho no iba a durar mucho, pero lo demás... Agh, se había expuesto ella sola. Deberías haber fingido ser una damisela en apuros, maldita idiota. Ya era tarde para arrepentimientos. La provocación de Xiao pudo más. La competencia y las costumbres del pasado le ganaron.

El intercambio de miradas fue lapidario. En sus ojos se podía leer el epitafio que cada uno tallaría en la lápida del otro: «Cazador cazado». Ambos compartirían la misma frase. Los dos eran cazador y presa.

Krage hizo palmas al aire, fue la única forma que halló para romper el incómodo silencio. Mejor dicho, el duelo visual. Si continuaban con el desafío de miradas, perdería. ¿Cuántas veces había perdido ya en su vida? Le sobraban dedos de una mano para hacer la cuenta. En ningún caso sumaría esa derrota a su lista. No le permitiría a su cuerpo actuar por libre. Tragó saliva. Recuperó la compostura. Su mente y sus pensamientos volvieron a su sitio. En consecuencia, también se disiparon las sensaciones revoltosas en su interior.

Extrajo los cuchillos incrustados en la madera y volvió junto a Alexa. No dilataría ni un segundo más el asunto que los había llevado hasta allí.

—Es mi turno, utilizaré tu misma estrategia... objetivo en movimiento —le dijo cuando se pusieron frente a ella. Se acercó a su oído y finalizó con un susurro—: Mueve tu maldito trasero.

Sí, era un maldito trasero. Incitaba al pecado con cada uno de sus movimientos. Por suerte, él era un demonio, así que el destierro al infierno como castigo no era más que el regreso al hogar.

Alexa apoyó la espalda contra la madera. Debido a su estatura, el centro del blanco quedaba a la altura de su cabeza.

—Repito, mueve el culo —le dijo cuando se mantuvo inmóvil. Ella giró hacia un lado y le brindó su perfil derecho. Tobías lanzó el primer cuchillo. El cuchillo se incrustó a milímetros de la punta de su nariz—. ¡Rayos! Creo que no se me da bien tu estrategia —dijo, chasqueando la lengua. Sacudió la cabeza. Ella giró hacia el otro lado. Lanzó el segundo cuchillo, que atravesó la tela del pañuelo de lino que utilizaba para cubrirse el pelo. Un gran nudo a la altura de la nuca intentaba disimular el volumen de su cabello recogido. El filo se clavó en los retazos de tela que sobresalían del nudo. A menos que se quitara el pañuelo, su cabeza quedaría totalmente inmovilizada—. Ups, lo siento... —bromeó sin un atisbo de mofa. La seriedad le tensaba los músculos del rostro—. Espera, déjame ayudarte. En un par de zancadas estuvo a su lado.

—¡No! —exclamó Alexa con un tono de voz tan agudo y femenino que puso fin a la escena. Intentó extraer el cuchillo. Tobías logró hacerlo antes. Le quitó el pañuelo y, cogiéndola de la muñeca con una mano, la obligó a apoyar de nuevo la espalda contra el portón. Desde esa mínima y sofocante distancia, observó la hipnótica danza de su cabello, que caía como una repentina lluvia oscura y cobriza sobre sus hombros. La otra mano de Krage se había movido sin que ella se diera cuenta, pero en ese momento lo hizo porque la mirada de él la instó a hacerlo. El tercer cuchillo había sido clavado en su entrepierna. En el límite de su vulva.

—Suerte para ti que no tienes cojones —dijo, rozando con su nariz el lóbulo de la oreja de ella—,

de lo contrario, te estarías desangrando. Lo que me recuerda —Su respiración furiosa le hizo arder la piel a Alexa—, hombre o mujer, me da igual... si me traicionas, te rasgaré la garganta. —Se apartó de ella—. Tienes dos opciones: marcharte esta misma noche o quedarte. Tu elección depende de cuál es tu verdadera intención.

Sin más que añadir, regresó sobre sus pasos y se alejó. Esa condenada muchacha tenía mucho que meditar.

No confiaba en ella. Ni siquiera confiaba en sí mismo; su cuerpo cedía en cuestión de segundos ante la cercanía de esa maldita desconocida. Él tendría que apuñalarse en los genitales para aplacar el fuego y el deseo. Aun así, con cada paso que daba alejándose, pensaba:

¡Quédate! ¡Quédate! Estoy dispuesto a jugar tu juego.

CAPÍTULO 7



Krage seleccionó las prendas más formales de su guardarropa para romper con la monotonía casi siempre de prendas cómodas. Una camisa beige de algodón y lino que le otorgaba elegancia y frescura, un chaleco de lino color ocre y una cazadora marrón oscura entallada con un cinturón como accesorio. Hasta ahí llegó su esfuerzo. Pantalones y botas de milicia. No podía evitarlo, siempre se preparaba y vestía para la pelea. Dudaba que ese día fuese el caso, pero no había que tentar al destino. Podría ser que el destino lo observara vestido de frac y se alzara una repentina revuelta social.

—¡Joder! —exclamó Wolf con fingida preocupación en cuanto ingresó en la habitación de Tobías para verlo contemplarse frente al espejo como una coqueta damisela. Justo en ese instante, cogía una pañoleta azul marina con bordados en hilo blanco y se lo anudaba al cuello.

—¿Quién eres tú? ¡Confiesa qué demonios has hecho con Krage!

—Ahora comprendo por qué Martha siempre te manda cerrar el hocico —carcajeó él. Finalizó con el nudo. Satisfecho por lo que vio en el reflejo, cogió el aceite de macasar de su mesa de aseo personal, desparramó unas gotas en las manos y se atusó el cabello—. ¿Qué opinas? —se giró hacia él como si este fuese su doncella.

—¡Eres el asiático más bello que conozco! —Parpadeó con fascinación, suspiró y luego se echó a reír a carcajadas. Krage lo atravesó con su mirada rasgada, profunda y rabiosa—. Y el más peligroso también —concluyó Wolf recuperando la compostura. Tosió. Krage le golpeó el rostro con fuerza—. De acuerdo, de acuerdo, recibí el mensaje...

Dime, ¿a qué se debe la elegancia? Porque si el requerimiento del día era respetar algún código de vestimenta, tanto Tupper como yo seremos la burla del grupo —dijo dando media vuelta. Pantalones de milicia desgastados, camisa de lino gris y chaqueta de lana.

—Tranquilo, solo iremos a la casa de Cooper —respondió Wolf ante la información recibida, al tiempo que alzaba las cejas. Definitivamente no había ningún código de vestimenta en esa casa; de hecho, Krage podría entrar con el torso desnudo si se le antojaba. No lo hacía por respeto a Georgiana, la esposa de Franz, una dama de gran categoría. Pero antes de la llegada de esta, cuando Florence Sharp trabajaba para Franz, lo hacía. Tobías ingresaba a la mansión Cooper con su larga chaqueta de piel de oso, torso desnudo y pantalones, solo para fastidiarla. Se detestaban desde sus épocas de convivencia en el hospicio de los Prometheus—. Después de mi reunión, de regreso, pasaremos por la botica de la señora Britt —agregó, y esa información justificó el atuendo diferente—. Debo retirar unos preparados que me ha elaborado muy gentilmente.

La mujer, viuda actual del boticario, era una experta en la elaboración de productos de aseo y

belleza. El vínculo comercial entre ambos comenzó gracias a la intervención de la esposa de Cooper. La señora Britt realizaba perfumes personalizados; el de grosellas negras que preparaba para Georgiana se había convertido en la obsesión de Franz. Huelga decir que la fragancia contribuyó de forma directa a la deconstrucción mental del mecanismo de control en él.

—¡Ja! Por lo visto, no te has enterado de las buenas nuevas de la señora Britt.

—¿De qué hablas? —interrogó. Wolf solía recorrer la ciudad más que él, en especial los alrededores de la casa de la viuda del boticario. Al igual que Tupper, eran representantes de Krage tanto para el dueño de la joyería «Waldorf and Son» como para Wein Lian, el maestro orfebre oculto detrás de ese lugar socialmente reconocido.

—Aunque no lo creas, la reciente viuda ha hecho las paces con... —carraspeó, pensó en cómo decirlo para no herir susceptibilidades—, como decirlo... con las diferentes etnias.

—Chinos, querrás decir. —Estaba al tanto de la incomodidad y el rechazo que la mujer le dispensaba a Yu Heng, la mano derecha de Wei Lian. Y para con este último, el desprecio era inexplicablemente mayor. Debido a esa reticencia hacia los asiáticos era que él seleccionaba atuendos que fueran de agrado para la mujer. Intentaba parecer lo más «civilizado» posible. ¡Todo por esos maravillosos panes de jabón perfumados, sus lociones y fragancias corporales!

—No pretendía ser tan directo, pero sí... aunque eso es asunto del pasado —dijo cogiendo el aceite de macasar de Krage. Un par de gotas en sus manos y listo, cabello revuelto solucionado. Continuó—: hace unas semanas intentaron saquear su tienda en plena madrugada. Imagínate, una mujer sola y todas esas hierbas medicinales a disposición... —Miró su imagen en el espejo. Casi igual de perfecto que Krage—. Tres hombres la golpearon y maniataron.

—¿Se encuentra bien?, ¿quiénes fueron los responsables?, ¿sabes el paradero de esos desgraciados? —La preocupación fue auténtica en su voz. Los despellejaría con sus manos a esos atrevidos. ¡Atacar a una mujer! Malditos cobardes.

—Tranquilo, déjame terminar... la golpearon, es verdad, y está bien. Pero los que no están bien son los tres delincuentes, Wei Lian los envió a una cita temprana con el creador.

—¿Estás de broma, verdad? —rió con ganas, no se imaginaba a Wei Lian como un caballero de brillante armadura.

—No, tú conoces sus hábitos, sale de vez en cuando durante la madrugada, cuando el resto de los mortales duerme, así que podemos decir que estuvo en el lugar perfecto en el momento preciso. Desde entonces han desarrollado una... una amistad cortés. ¡Incluso toman el té juntos! ¿Te lo puedes creer?

—Lo del té sí, lo que no puedo creer es que Wei Lian abandone su guarida oscura y secreta en pleno día. —Se quitó el pañuelo y lo lanzó sobre la cama. Se agitó el cabello, al demonio la perfección—. Si lo hubiera sabido antes, no habría perdido tanto tiempo... Vamos, ¿dónde está Tupper?

—Con Roy.

—¿Haciendo qué? —Salieron juntos de la habitación. Avanzaron por el pasillo.

—Oh, cierto, tú no estás al tanto... La información de la planta baja no viaja con rapidez a la alta.

—No te andes con rodeos, ¿qué ha ocurrido?

—El crío ese que adoptaste ha desaparecido.

Por unos segundos, Krage se quedó paralizado. Bastante tiempo, considerando que Wolf sacudió la mano frente a sus ojos para que este regresara en sí. Tobías la apartó con brusquedad. Con esa sensación de violenta incomodidad que se apoderaba de él desde el día que «adoptó» a ese... a esa... Gruñó. Con esa violenta incomodidad que lo invadía, se dirigió a la escalera y se lanzó a toda prisa por

ella. Tenía que comprobarlo con sus propios ojos. ¡Maldita traidora!

Cuando llegó a la planta baja, se encontró con Roy. Fue Wolf quien le instó a contar los hechos.

—Cuando despertamos, su cama estaba hecha. Creo que ni siquiera pasó la noche en el cuartel...

Krage ni se molestó en continuar escuchando, así que fui directo a la fuente principal de sabiduría: la cocina.

El hecho de que Martha no estuviese dando gritos o protestando fue un claro indicio de que el suceso en cuestión tenía otra cara narrativa. Sus hombres buscaban a su compañero de cuartel; su ausencia era muy notoria para ellos, y eso que solo compartían la actividad de descanso nocturno con él. No hubo entrenamientos, ni prácticas de tiro, ni relevos de guardia. Aun así, se preguntaban qué había sido de él. Pero Martha...

Martha amasaba el pan con el mismo ímpetu de cada mañana, como si nada hubiese alterado su rutina diaria. Parte de su nueva rutina matutina incluía a su adquisición más reciente. Su muchacho preciado, su exterminador personal, su rebanador de patatas favorito.

—¿Dónde se encuentra? —le increpó sin saludarle. Eso indicaba que Krage no estaba de buen humor. Ni mucho menos. Sí, ardía en furia. Ardía en el fuego de la decepción. Odiaba cuando su oponente abandonaba el juego nada más empezar.

—¿Dónde se encuentra quién? —Martha continuó amasando sin levantar la mirada del bollo. Así respondía a la ausencia de cordialidad de Tobías. Aunque intuía las razones de su mal humor, que eran justificadas, le pagaría con la misma moneda.

—Sabes a quién me refiero, tu nueva y preciada joya.

—Oh, sí... está afuera. Asómate por la ventana y compruébalo con tus propios ojos —le dijo alzando la mirada. Dejó el amasado por unos minutos, se limpió los restos de harina con un trapo de cocina y se cruzó de brazos a la espera de la reacción de Krage.

Él se acercó a una de las ventanas y la observó desde allí. Chasqueó la lengua. No lo veía.

—No está —masculló. Solo veía a Katia y a otra de las empleadas de cocina cortando leña.

—Sí que está, la escucho desde aquí... —dijo tratando de disimular su sonrisa.

Con lo que dijo la mujer bastó para que Tobías se encaminara hacia la puerta de la cocina que daba al exterior, llegara hasta la empleada en cuestión y detuviera a mitad de camino el hacha que acababa de alzar.

Si hubiera llevado pantalones, habría reconocido su trasero al instante. La falda y la enagua disimulaban la bella redondez de sus nalgas. De ser un poco más distraído, no la habría reconocido en absoluto, pero lo hizo por algo que para él ya era inconfundible. A pesar de llevar vestido y el cabello suelto apenas cubierto por un pañuelo a la altura de la frente, sus ojos la delataban. Sus iris grises del mismo color plomizo que el cielo de una mañana nublada. Y su mirada, que lo atravesaba y pretendía indagar en los suyos como si quisiera desnudar su alma.

—¿Necesita algo? —le preguntó Alexa con una voz casi angelical. Tan angelical como Lucifer mismo.

—No —respondió tragando saliva. Se alejó sin decir nada más. Por primera vez en su vida, a Krage le habían mordido la lengua los ratones. Alexa sonrió.

—Si necesita algo, hágamelo saber —le gritó, y se alejó. Zasss, partió el leño por la mitad.

Tobías recuperó el habla cuando llegó a la cocina. Martha seguía de brazos cruzados.

—¿Sabías algo de esto? —le preguntó, le resultaba sospechoso que no hubiese expresado alguna queja, que se tomara la revelación de la muchacha con tanta liviandad.

—Por supuesto, ¿acaso me crees más idiota que tus hombres? —Continuó amasando. Resopló—: No solo uno, sino todo tu regimiento de soldados. Ni uno de ellos se dio cuenta. —Golpeó la masa con los puños—. Deberías ser más minucioso a la hora de reclutarlos.

—¿Me consideras un idiota también? —le respondió. Estaba pálido. No estaba en sus planes enfrentarse a la versión real de... de esa endemoniada muchacha. Pensar que a él lo consideraban un demonio... No, los verdaderos demonios lucían como ella. Se aflojó el cuello de la camisa y notaba que estaba sudando. ¡Joder!

—No, tú también lo sospechaste como yo, solo seguiste su juego, como yo... Así que la sorpresa no fue tal. Lo que sí me sorprende, Krage, es tu palidez repentina —le dijo mirándolo de soslayo con una sonrisa pícar—. ¿Te ha alterado algo tanto?

—Nada me ha alterado, solo es esta maldita camisa... —mintió. Y se marchó dispuesto a no volver a poner un pie en esa cocina.

Por ese día. Debía recordar que ella todavía estaba bajo sospecha. Si estaba allí con segundas intenciones, tarde o temprano lo delataría. Él tendría que estar atento a sus pasos, sus respiraciones, a cada uno de los movimientos que hiciera ese condenado trasero. Tendría que ser su sombra. Tendría que perseguirla hasta en sueños. Se convertiría en su pesadilla si era necesario, porque su cuerpo se lo confesaba sin piedad... Ella sería la suya.

—¿Qué demonios ha sucedido, Franz? ¿Acaso has permitido que Serge manipule tu mente de nuevo? —exclamó cuando la señora Curly, la ama de llaves de Cooper, lo llevó al encuentro del dueño de la casa. ¡En los jardines! Allí estaba el maldito Prometheus, Franz Cooper, en compañía del otro Prometheus, aún más jodido, Marcus Cavendish. Cerró los ojos y los volvió a abrir. La escena campestre no era producto de su imaginación—. ¡Falta el maldito té y estamos listos! —resopló.

—Ya lo ha oído, señora Curly, el invitado quiere té, si es tan amable... —El pedido de Franz fue auténtico. La mujer se puso a preparar lo que le habían pedido.

—Señora Curly —intervino Cavendish con una cortesía abrumadora, dado el contexto del encuentro—, me apetece té de jazmín, ¿podría tenerlo?

—Por supuesto, milord, té de jazmín será.

La señora Curly hizo una reverencia y se adentró en la casa.

—¿Qué te sucede? —Marcus cuestionó la actitud de Krage. Parecía más bélico de lo habitual pese a su atuendo formal—. ¿Tienes algún inconveniente con mi solicitud?

—No tienes ni que preguntarlo, Cavendish —intervino Franz desde la comodidad de su sillón de hierro—. Krage bebe té pu-ehr, ¿lo has olvidado?

—Oh, perdón, lo había olvidado por completo, ha sido una descortesía por mi parte.

—No, no te preocupes, Little Lord, el único que tiene que pedir perdón aquí soy yo por interrumpir esta maravillosa tarde de damas...

—Apoya tu trasero en esa maldita silla, Krage —ordenó Franz, y le indicó la que se encontraba vacía en medio de las dos—. Si te atreves a terminar esa frase, te romperé la cara de un puñetazo tan fuerte que tus ojos parecerán los de un occidental. —Krage se sentó con resignación. Daba lo mismo dónde tuviesen la reunión, siempre y cuando se llevara a cabo en territorio seguro. La mansión Cooper y sus alrededores lo eran—. Además... —Lo evaluó de pies a cabeza mientras este se sentaba a su lado—,

no sé cómo te atreves a quejarte o burlarte.

—¿Chaqueta nueva, Krage? —agregó Marcus, captando en el aire la intención de Franz—. ¿O solo has amanecido con deseos de vestirte de forma civilizada para variar?

—Solo voy a responder a preguntas relevantes para el motivo de nuestra reunión —dijo mientras se quitaba pelusas imaginarias de la chaqueta. No era nueva, pero era la primera vez que la lucía—. Y hablando del motivo en cuestión, ¿qué hacemos aquí? ¿Estás remodelando tu despacho? ¿Tal vez has cambiado el papel pintado?

Los tres destinaron sus miradas a la contemplación del jardín, lleno de rosales, petunias y un césped perfecto. La fuente central atraía a las aves, que bebían y se bañaban en el agua. Era un buen entretenimiento visual, debían reconocerlo.

—No, es solo que desde que somos padres, mi mujer considera que necesitamos todos pasar más tiempo al aire libre, no quiere que nuestra niña crezca encerrada y en las sombras... —*Como sus padres*, completó para sí. Él había sufrido las torturas de Viktor, pero Georgiana no había padecido menos con su padre violento y su hermano abusador. Horas y horas de encierro. Ahora que él... sí, él... le había entregado lo más deseado por ella, una familia, haría lo que estuviera a su alcance para que todo fuera perfecto. Así tuviera que tomar sus reuniones al aire libre. Alzó el rostro al cielo y dejó que los rayos del sol lo cubrieran.

—Creo que tu esposa ha hablado de este asunto con la mía —dijo Marcus, dirigiendo su rostro hacia los rayos del sol—. Gunnar y yo parecemos dos iguanas al sol.

—Te sienta bien el bronceado —opinó Cooper sin apartar la cara de la luz solar.

—Gracias, lo sé.

Krage se echó a reír con ganas.

—Vaya, ¿quién necesita la opinión del doctor Schwartz cuando se tiene una esposa, no?

—Creo que Viktor se equivocó cuando no contempló a las esposas en el proyecto y concibió un concepto erróneo de la naturaleza del hombre —carcajeó Marcus. Podría pensarse que su comentario fue hecho con intención de broma. Y pensarían eso solo aquellos sin esposas. Krage, por ejemplo. La ama de llaves regresó trayendo el té y un plato con galletas de mazapán—. Maravilloso, señora Curly —dijo, sin poder resistirse a las galletas y cogiendo una antes de que la mujer depositara la bandeja en la mesa—. ¿Te apetece? —Acercó el plato a Tobías. Este resopló, pero cogió una. Parecían deliciosas.

Fue Franz el encargado de servir el té. A él también le agradaba el de jazmín; lo bebía antes de dormir y descansaba mucho mejor por las noches. La combinación de té y su mujer en brazos había logrado erradicar las pesadillas nocturnas. Los tres bebieron en silencio la tibia infusión y, tras unos sorbos, se dispusieron a charlar.

—Suelta las noticias —instó Marcus a Tobías a hablar.

—No fue solo una distracción, fue una trampa directa. —Tanto Franz como Marcus volvieron sus rostros hacia él—. Una en la que caí... —Masticó con ganas y carcajeó—. Eligió la única trampa adecuada para mí. —No se refería a los explosivos en el barco—. No se puede negar que el muy maldito nos conoce bien.

Cooper apartó la bandeja con el plato de galletas antes de que este cogiera la tercera.

—Deja de comer y habla.

—Generó una explosión a modo de distracción, pero la verdadera trampa se hallaba en otro lugar... en otro barco. Uno sin registrar, con tráfico de opio.

—¿Por qué crees que la embarcación está vinculada a Schwarz? —Para Marcus no era un suceso

fuera de lo habitual; de hecho, la principal actividad de Krage estaba asociada al tráfico marítimo.

—El primer detalle que me hace suponer que el doctor está metido detrás de esto es la muerte del capitán. Antes de ser interrogado por Joel, este murió por envenenamiento; al parecer, tenía una perla de cianuro en la boca.

—Un buen soldado, sin duda —concluyó Franz, y esa información le bastó para llegar a la misma conclusión que Tobías: que se trataba de una trampa. Pero... —, ¿con qué propósito ha hecho eso Schwarz?

—Para meter un maldito espía en mi cuartel. Quiere información interna...

—Espera, espera... pongamos las cosas en claro —Marcus apoyó los codos en la mesa y dejó que su barbilla descansara sobre las manos—. Has dicho que caíste en la trampa... ¿Tienes un espía en tu cuartel? —Krage asintió—. ¿Está vivo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Vivo —respondió Krage. Estiró su brazo y cogió esa tercera galleta deseada—. Viva hasta que yo decida lo contrario.

—¿La has interrogado? —Franz detuvo su mano antes de que este se llevara la galleta a la boca. Él negó—. ¿Cuándo lo harás?

—Cuando lo considere oportuno o cuando pueda comer la maldita galleta, en fin, lo que suceda primero —gruñó. Franz soltó su mano y masculló de mala gana:

—Gracias.

—¿Te la estás follando? —Cavendish fue directo al grano. Solo así se justificaría la actuación de Krage.

Tobías se atragantó. Tosió y lanzó al aire una nube de migas.

—¡Joder, no! —En su cabeza, la respuesta fue otra: Ojalá fuera así, pero no.

—¿Entonces, por qué demonios le das albergue? —agregó Cooper para completar el pensamiento de Cavendish.

—Porque quiero saber qué tipo de información busca bajo mi techo. Que Viktor esté tras nosotros, como nosotros lo estamos de él, expone su propósito mayor.

—Quitarnos del camino —concluyó Franz.

—Es una movida lógica y esperable: nosotros eliminamos a sus inversionistas y, si quiere conseguir nuevos, tiene que deshacerse de nosotros primero. —Así lo haría él, pensó Marcus—. Por lo visto, todavía te considera el eslabón más débil.

—Y así se lo hice creer, dejando entrar a su espía en mi territorio. Al fin y al cabo, para él, siempre seré una anomalía en su maldito proyecto.

Ni un Prometheus. Ni un caso fallido. Era un Krage.

—Me importa una mierda lo que él crea que eres... —Cooper se molestó. A la mierda el maldito sol, el té y el plácido encuentro en los jardines. Se incorporó, mientras le decía a Cooper— no lo olvides tú. Intenta no salirte mucho del tiesto con lo de fingir que eres un imbécil y no darte cuenta de que tienes al enemigo bajo tu techo.

—No te preocupes, en cuanto consiga la información necesaria, la regresaré al lugar en el que la encontré.

—O sea que, pese a todo, le tendrás misericordia. —La actitud tan benévola e humanitaria de Krage le erizó el vello a Marcus.

—Por supuesto que tendré misericordia, la regresaré al barco en el que vino...

—Puedo preguntar dónde se halla el barco en cuestión —dijo Franz, porque quería tener la

certeza de que Krage continuaba por el camino indicado. El Prometheus.

—Hundido en el maldito océano.

De acuerdo, las suposiciones eran erróneas. Krage siempre sería Krage.

—Ten... —Marcus le acercó el plato con las últimas galletas de mazapán—. Te las mereces.

—No, ya he tenido suficientes —dijo, y se despidió. Una amarga sensación recorrió su garganta.

La misma maldita sensación bajó hasta su estómago y le retorció las tripas. En su mente resonaban una y otra vez sus propias palabras.

La regresaré al barco en el que vino... Hundido en el maldito océano.

—Espero que sepas nadar... —balbuceó, experimentando otra sensación en su cuerpo. Una sensación nueva para él. Una dolorosa presión en el pecho, como si le hubiesen clavado un puñal.

Seguramente las ratas se sintieron así, pensó.

CAPÍTULO 8



Tobías no se encontraba en las instalaciones, lo sabía muy bien. No solo porque estudiaba todos sus movimientos, sino también porque el ambiente cambiaba en su ausencia. Era algo apenas perceptible, sus hombres seguían comportándose igual y continuaban con las rutinas de entrenamiento y trabajo. La casa funcionaba a la perfección, como las máquinas de vapor que, una vez puestas en marcha, continuaban con su labor hasta que se terminaba el combustible. Lo que mutaba era que echaba de menos su energía masculina, esa esencia que parecía impregnar todo. Tal vez solo Alexa fuera capaz de percibirlo, de sentir sus ojos en ella, expectantes, como los de un dios que todo lo ve. O tal vez era un demonio... aguardando su fallo para ir a por ella.

En cualquier caso, tendría que valerse de su ausencia. Trevor y Roy habían quedado a cargo de supervisarla; Wolf, en cambio, era la sombra de Krage. Donde iba su jefe, iba su mano derecha. El hecho de que la hubiera dejado bajo la protección de sus amigos músicos era prueba de que no la consideraba un peligro.

A veces, los Prometheus también cometen errores. No porque su lógica falle ni porque no prevean cada movimiento malintencionado del mundo, sino porque no son capaces de ver con el corazón. Y el peligro que Alexa representaba para Tobías Krage era imprevisible.

Se recogió el pelo en una trenza que luego llevó sujeta a la coronilla. Llevaba uno de los prácticos vestidos grises de las empleadas del cuartel, que contaban con una camisa blanca que cubría su piel de los roces de la tela más rígida y resistente. La pechera se unía con broches a la altura del pecho y la falda era amplia, con una única enagua, pero compensaba la ausencia estética con practicidad. Tenía algo poco habitual en las prendas de dama: bolsillos. Bolsillos enormes y eficientes. En ellos guardaba un cuchillo, una soga, un pañuelo para el cabello, otro para limpiarse, un tercero para el cuello, algo de dinero y, si buscaba más a fondo, probablemente encontraría más cosas útiles.

Miró el gran reloj del salón principal. Debía marcharse en ese preciso instante si quería llegar a tiempo. Su mentor le esperaría, aceptaría su retraso, pero no veía la hora de encontrarse con él. ¡Necesitaban hablar! Ella necesitaba hablar. Escupir todo, confesarse como hacían los católicos con los sacerdotes, vaciar su corazón y su cerebro de dudas, hallar la confianza de que el plan valía la pena, de que traicionar a Tobías de esta manera perseguía un bien mayor...

Trevor y Roy no le quitaban ojo. Ella siguió con la labor de pulir los candelabros, aunque Tobías había instalado un par de lámparas eléctricas y también contaba con unas cuantas de aceite, seguía empleando velas por la noche, a veces para ir a los sanitarios dispuestos en el extremo lejano —donde el olor no afectase a las comodidades interiores— o para entrenar en penumbra en las noches que no

podía dormir. Alexa aún no había conseguido inmiscuirse en la planta alta, pero conocía sus pesadillas, ya que ella también había sufrido esos terrores nocturnos.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —murmuró y, cogiendo el cuchillo de su bolsillo, se rebanó un dedo suavemente—. ¡Joder! —exclamó, llevandoselo a la boca. Los restos de pasta de pulir en su dedo la hizo escupir—. Mierda... —Se lo envolvió con el pañuelo. Trevor fue a su ayuda, ella lo detuvo alzando la mano—. Por favor, no. Fue torpeza mía y detesto ser torpe. —Masculló otro juramento por lo bajo—. Ni que fuera una niña que no supiera de cuchillos —continuó barruntando, mientras se dirigía a la cocina. Roy y Trevor se miraron, ellos estaban limpiando las armas, podían vigilar y ser productivos a la vez, ¿verdad? Debatieron sin palabras un par de segundos, un gesto, un elevamiento de mentón, una inclinación de cabeza.

—Tú...

—No, tú.

—Vale, yo...

Trevor perdió la pulseada y fue tras la joven. Al llegar a la cocina, no la halló. Miró en derredor, estaban Tracy y Martha. Ambas ocupadas en sus tareas, ni siquiera alzaron la vista ante la llegada del hombre.

—¿Vieron a la muchacha? —preguntó.

—Por aquí no pasó —dijo Martha.

—¿Estás segura?, porque vino en esta dirección.

La mujer se secó las manos en el delantal, sus ojos echaron chispas.

—¿La has perdido?

—¡No!, claro que no... —respondió con menos valor—. Puede que sí... ¿Segura que no ha pasado por aquí?

—¡Nadie pasa por mi cocina sin que yo lo vea!

—¿Y por dónde se pudo haber escabullido? ¿Será bruja?

Martha le lanzó un paño por la cabeza.

—Deja de decir sandeces y búscala, que Krage te matará si la has perdido.

Pero Trevor no atinaba siquiera a especular por dónde se había ido Alexa. Conocían el cuartel al dedillo, y por esa dirección solo se iba a la cocina. No había otra salida, estaba seguro. ¡Si hasta habían tenido que instalar una ventana en la lumbrera para que el humo de los hornos no se filtrara hasta el comedor! Sin proponérselo, expresó sus pensamientos en voz alta:

—Ningún hombre pasa por ese tragaluz...

Martha lo fulminó con la mirada.

—¡No es un hombre! Es una mujer, una muy atlética, delgada y ágil mujer que nos viene engañando desde que ha llegado aquí.

—¡Joder! ¡Roy! —llamó a su colega—. Roy, se nos ha escapado la muchacha.

Roy llegó sin aire, le dio un golpe certero en la nuca a Trevor con la palma abierta.

—¿Se nos ha escapado? ¡Se te ha escapado! —corrigió.

Martha prefirió tirar de las orejas a ambos hombres.

—Se les escapó, y es mejor que la hallen a tiempo, Krage no tarda en regresar. Saben que nunca pasa la noche en Londres y cuando esté aquí...

Trevor y Roy palidecieron. Cruzaron miradas y asintieron. Sin palabras, volvieron a comunicarse. Tú vas por el sur, yo por el norte y no regresamos hasta dar con ella. Y se pusieron a

correr.

La orilla del río Aire, esa tarde, casi noche, ofrecía un cuadro de serenidad tan encantador que parecía diseñado para deleitar a un espíritu contemplativo. A Alexa le hubiera gustado estar de humor para eso, el paisaje parecía burlarse del tormento de su mente. Las aguas, de un brillo suave y moderado, serpenteaban con gracia entre praderas verdes y arboledas antiguas, reflejando con fidelidad el cielo cambiante de la temporada. Las ramas de los álamos, inclinadas hacia el río como si desearan tocar su superficie plateada, se agitaban con una brisa ligera que traía consigo un murmullo de hojas, tan delicado que podría haber sido el susurro de un recuerdo.

En la distancia, una mansión de ladrillo rojo se alzaba con dignidad, parcialmente oculta tras un seto de hayas bien podado. Era la única urbanización en el punto de encuentro pactado. Se había alejado de la ciudad, del ir y venir de personas, carruajes, caballos, vendedores... Esa casa, aunque elegante en otro tiempo, ahora parecía destartalada, el grito de una época que ya murió. Se fundía armoniosamente con el entorno, como si la mano humana hubiese trabajado al unísono con la naturaleza en su creación. ¿Se podía sentir nostalgia por una realidad que se desconocía? Alexa creía que sí, porque ella añoraba los años anteriores a la revolución industrial, cuando la vida rural era calma, cuando solo las temporadas marcaban el paso del tiempo y no los avances del hombre, su mente maquinadora y su reguero de destrucción.

No era una persona que se opusiera a los avances científicos ni mucho menos, la medicina salvaba vidas año a año, algunos descubrimientos habían mejorado la vida de las personas y cada vez más surgían hombres que utilizaban su ingenio para prosperar y mujeres que se abrían camino en terrenos antes vedados.

Era un tiempo de progreso.

Pero como había leído por ahí, la vida tiene dos caras. En la filosofía oriental, esa que le recordaba a Tobías... a Xiao... se les llamaba el yin y yang. Ese mismo progreso había arrastrado consigo su fuerza negativa, lo que Alexa llamaba: los nuevos alquimistas. Habían existido siempre, desde la antigüedad muchos buscaban la piedra filosofal, la esencia que convirtiera el plomo en oro y les diera la vida eterna. Sin embargo, a más ciencia, más de esos hombres desquiciados.

Por la ribera, en un camino estrecho apenas marcado por el paso de los pocos transeúntes que se aventuraban por ese lugar apartado, el canto de un mirlo rompía el silencio. Su melodía clara y alegre resonaba como una burla a sus pensamientos sombríos.

A ella no la serenaría el canto de un ave, sino las palabras justas de su mentor.

—¿Desde cuándo fumas? —preguntó a modo de saludo. El hombre se volvió hacia ella, y Alexa corrió a sus brazos como una niña. Él la aceptó con el cariño comedido que lo caracterizaba, reprimiendo la dicha genuina que lo embargaba al verla.

—Un colega ha dicho que el humo del tabaco cura los males de la garganta, me ha parecido una estupidez, pero no puedo desmentir sin pruebas. —Lanzó el cigarro al suelo y lo pisó.

—¿Y no has encontrado mejor forma de probar tu teoría que envenenando tu propio cuerpo, Serge?

El doctor Amberg se peinó sus rubios cabellos con la mano y le brindó una de sus enigmáticas sonrisas.

—¿Y con quién iba a probarlo si no?

Alexa le devolvió la sonrisa. No, Serge no hacía experimentos en inocentes, al menos no físicos. Los mentales... bueno, a ella le gustaba pensar que tenía buenas intenciones, aunque no siempre podían adivinarse.

—¿Conmigo?, ¿quieres que empiece a fumar?

—¡No! —Fue un no a modo de orden. Alexa soltó una carcajada.

—Entonces, no te hagas a ti lo que no me harías a mí.

—Ya hemos hablado de esto, Alexa, no soy tu padre. Soy tu médico y no es bueno que... ya sabes... me cojas cariño.

La sonrisa de Alexa se borró; ya era tarde para no cogerle cariño. Serge la había sacado de las llamas de Prometheus y llevaba años tratándola psicológicamente. Le había enseñado a lidiar con las pesadillas, a analizar sus emociones inconscientes, a afrontar los miedos, los ataques de pánico e incluso la ira. Pero él era como el refrán: en casa de herrero, cuchillo de palo. Serge no sabía controlar su ira, solo la soterraba y la utilizaba en pequeñas dosis como combustible de sus acciones. La empleaba para justificar su proceder, incluso en los momentos más cuestionables.

Pero algo había salido mal. Sí, se había encariñado con Alexa, a su manera. Serge no era de los que amaban, ya no, era de los que querían según su criterio. Y su forma de hacerlo era alejando a las personas de él, porque era consciente de su destructividad y toxicidad.

—¿A Tobías Krage sí puedo cogerle cariño?

Serge miró el cigarrillo apagado, aplastado sobre el suelo. Negó con la cabeza.

—No sé si es bueno para la garganta, pero sin duda es adictivo —gruñó con deseos de fumar ante la pregunta de su «paciente».

—¿Serge?

—Es inevitable, Alexa. Ya lo sabías antes de venir aquí. Si quieres alejarte de él y seguir tu vida, es el momento. Luego será demasiado tarde.

—No me iré. Me lo prometiste, Serge, me prometiste que formaría parte del plan. Y el plan incluye a Tobías.

—Podemos obviarlo...

Alexa clavó sus ojos grises en los de su mentor. Llevaba demasiados años a su lado, demasiadas sesiones y muchísimos libros de psicología como para no ver lo evidente. Una vez más, asomó una sonrisa en sus labios. Había roto una barrera de Serge Amberg; había algo, alguien, que podía alterar su plan, aunque no su objetivo. Ese era inamovible, pero estaba dispuesto a tomar otro camino si con eso mantenía a Alexa a salvo.

—No, no podemos —rebatía ella.

—Sí. Si me lo pides, diseñaré otro plan.

—No te lo pediré, Serge. Aunque necesito ayuda para continuar con este —dijo—, necesito que me enseñes a resistirme a él, a verlo como Tobías y no como Xiao. Cada vez me resulta más difícil, cuando estoy con él los recuerdos me azotan, a veces son tan vívidos que me paralizan. Y desde que descubrió que soy una mujer, él percibe algo en mí, parece reconocermme inconscientemente y negarme conscientemente. — La voz se le quebró, las emociones reprimidas empezaron a aflorar—. Su resistencia me hiere, pese a saberla normal, pese a que me has explicado cómo funciona.

Se posó en el árbol, buscando el sostén que el doctor Amberg no le daría. No era de los que abrazaban, ella lo obligaba a eso de vez en cuando, como parte de su terapia.

—Tú eres una mujer nueva, Alexa. Necesita congeniar la mujer que eres ahora con la niña que fuiste. De lo contrario, sentirá que te es infiel. Que te es infiel a ti, a la pequeña que entró en el fuego por él.

—¿Hay afecto en sus acciones, entonces?

—Hay lógica del inconsciente en sus acciones —corrigió Serge con frialdad. Se valía de la conexión entre Xiao y Alexa para su plan, pero era el único paso que le dolía dar. Se había vuelto muy cercano a la niña a la que había curado las quemaduras y tratado las heridas mentales. La quería lejos de hombres como Tobías Krage, porque la quería lejos de hombres como él mismo. Una vez que salvas a alguien, deseas que su vida sea próspera y sin dolor. Y no existía la posibilidad de una existencia así en el camino de Prometheus. Serge había podido desterrar los traumas, las pesadillas, el adoctrinamiento..., pero jamás pudo arrancar a Xiao de Alexa ni a Alexa de Xiao.

En las pocas ocasiones en las que Tobías se había dejado analizar por Serge, Alexa siempre surgía como un faro en su mente. Era la luz que todo lo alumbraba, que apaciguaba la ira y calmaba a la fiera. Pero Alexa también funcionaba como venganza: era el carbón que calentaba la caldera del motor del hombre, lo que lo propulsaba y le daba energía para no detenerse jamás.

Alexa era la pieza que llevaría a Tobías al lugar que debía ocupar en el plan que Serge había orquestado para exterminar a Viktor Schwarz.

—Es hora de que me des la llave, Serge. No importa si es demasiado pronto, no importa si es brusco... Tenemos que empujar a Tobías al quiebre definitivo.

—¿Aunque lo lleve a la locura? —desafió Amberg.

—Aunque lo lleve a la locura, porque yo... —*porque yo puedo rescatarlo de ella*, iba a decir, pero no pudo completarlo porque una nueva voz se sumó al diálogo.

—Doctor Amberg, al fin lo encuentro. —Tobías Krage estaba ahí y en sus ojos refulgía la furia asesina. Solo había escuchado la última parte de la conversación. ¿Pretendían arrojarlo a la locura?, mala suerte para ellos, porque él habitaba en ella hacía años y había aprendido a dominarla.

Una hora antes..

Supo que algo había sucedido en cuanto sus botas tocaron la gravilla. Era la combinación de un movimiento frenético y un silencio sepulcral. Wolf cogió el arma sin pensarlo y se le pusieron los pelos de punta. Avanzaron con cautela.

—Déjame entrar, jefe, ya sabes, por si suena alguna melodía...

El silencio era enemigo de Krage, se había acostumbrado al barullo y a la música de Roy y Trevor para acallar cualquier intento de someterlo mediante el condicionamiento. Se trataba de un método empleado por Schwarz para dominarlos, el experimento había sido de lo más odioso. Los sumergían en el agua con camisetas de fuerza y, solo si dejaban de resistirse y luchar, los dejaban salir. Durante todo el proceso, sonaba una melodía procedente de una cajita de música. En su caso, era una sinfonía de Beethoven. Estaba tan hondo grabada que era incapaz de escucharla o tararearla, y si la oía a través de alguien que no fuese el fuelle de esas cajitas del demonio, le provocaba una migraña insoportable.

Sus hombres estaban al corriente, jamás lo usarían en su contra.

—No, está bien. Esto es otra cosa —dijo con certeza. Por no decir que tenía que ver con la

endemoniada mujer.

Muchos la creían una muchacha, parecía joven, con una piel lozana y un cuerpo ágil. Él sabía que no lo era tanto, tal vez rondaba los veinticinco años, solo que los llevaba muy bien. No era tan joven, estaba seguro de que no era ingenua y solo necesitaba averiguar una cosa sobre ella: ¿por qué demonios él no podía tratarla como a una amenaza?

Era evidente que a nadie más le hubiera permitido entrar a su guarida disfrazada, reservarse el nombre y la historia. Ciertamente que entre sus hombres había algunos más herméticos y cerrados, con identidades falsas. No obstante, en esos casos utilizó la sutil indagación para asegurarse de que no fueran un peligro para él ni para sus hombres. Con ella, sin embargo, había actuado por fuera de toda lógica. Y no le gustaba en absoluto. ¿Por qué ejercía ese extraño poder sobre él?, ¿qué demonios tenía esa muchacha que le despertaba un instinto de protección irracional?

Sin embargo, cuando entraba en el cuartel, supo que no había ningún riesgo. Lo que ella buscaba de él era más complejo que simplemente ponerle una bala entre ceja y ceja.

—Krage, al fin —Martha corrió a su encuentro—. La muchacha... ha desaparecido. Se escapó por la lumbrera, en las narices de Trevor y Roy. Los hombres la buscan por la ciudad, pero... —Negó con la cabeza.

Krage le posó la mano en el hombro a modo de consuelo y para transmitir que no estaba enfadado. Lo cual era una gran mentira, estaba cabreado como pocas veces en su vida, solo que no con sus hombres.

—Regresará, no ha terminado conmigo. —Se volvió hacia la puerta y salió sin mirar atrás.

—Si estás seguro de que regresará, ¿por qué vas a por ella?

—Porque quiero saber a dónde coño ha ido, tal vez así suelte la lengua y confiese sus verdaderas intenciones.

—Te acompaño, jefe.

—No, Wolf. Esta es una batalla que daré solo.

Tobías Krage avanzaba en su montura por las calles adoquinadas de Yorkshire, su figura alta y bien proporcionada, así como su atuendo excéntrico, llamaban la atención de los transeúntes. Empezaba a anochecer y la luz menguante arrojaba sombras largas que hacían que el tiempo pareciera dilatarse, y el tiempo era un enemigo en la búsqueda de Tobías. Su mirada oscura denotaba una urgencia, un fulgor de resolución que solo se veía atenuado por un dejo de inquietud.

Hizo un par de preguntas por aquí y por allí; necesitaba una pista para encontrarla. Sabía que la hallaría en la ribera del río, era el único sitio que le brindaría privacidad frente a los ojos de Prometheus; lo importante era determinar si al este o al oeste. Un anciano llamó su atención: estaba sentado muy tranquilo en los escalones de entrada de una vieja casona, ni muy lujosa ni muy destartalada. Tenía migas de pan en las manos y, dada la hora tardía, tan solo las palomas más hambrientas se mantenían a su lado, comiendo lo que le lanzaban.

Tobías estaba seguro de que era de la clase de persona que se pasaba el día estudiando el entorno y el ir y venir de los transeúntes ocasionales. Si alguien pudo reparar en ella, era él. Bajó de un salto y sostuvo las riendas con la mano.

—Disculpe, señor. —El hombre alzó la vista lentamente, observó con detalle sus botas, los pantalones, hasta llegar a sus rasgos asiáticos.

—Usted...

—¿Nos conocemos?

—No hay muchos como usted por aquí —respondió sin más. No había recelo en la reacción del hombre y a Tobías le cayó bien de inmediato.

—Pues espero que su poder de observación me sea de ayuda. Busco a una muchacha... Bueno, en realidad es una mujer, pero parece una muchacha. Cabello negro...

—Ojos grises, andar enérgico, algo masculino... —Krage sonrió y asintió con la cabeza—, hacia el oeste, señor.

—Gracias, si algún día necesita algo, puede encontrarme en...

—En la vieja fábrica textil.

—Vaya... Si necesita empleo, no dude en decírmelo. Sus dotes me vendrían muy bien. —El hombre sonrió de forma enigmática y Tobías rodó los ojos—. Salvo que ya tenga jefe, un lord metiche que paga muy bien. —Los informantes de Cavendish estaban distribuidos por toda la ciudad.

—El lord metiche no me pidió informes sobre damas de cabellos negros, sino sobre hombres de cabellos canos. Si lo ve, dígame que aún no he sabido nada de él. —Lanzó un par de migas más y las palomas se acercaron confiadas a degustar el menú.

—Si encuentra información, señor, no dude en presentarla también en la fábrica. Doblemente entregada, doblemente pagada. —Rebuscó en sus bolsillos y le entregó un par de libras de adelanto. Si el doctor Schwarz estaba en su territorio, quería saberlo. Por ahora, tenía otra misión. Ir al oeste por la ribera del río y encontrar a la muy maldita.

Se montó en el caballo y lo condujo a buena velocidad hacia las afueras de Yorkshire. El sendero se fue haciendo cada vez más estrecho y sinuoso, bordeado de setos desordenados y salpicado de pequeñas flores silvestres. Pronto apareció ante él el río Aire, siempre constante en su curso, con la última luz del sol reflejándose en su superficie como un espejo roto de plata. Por un momento, Tobías se detuvo para observar el paisaje.

Un leve movimiento más allá, donde las ramas de los álamos se inclinaban sobre el agua, llamó su atención. Allí estaba ella, de pie junto al río, con su silueta recortada contra el tembloroso reflejo de las aguas. No estaba sola y, aunque no pudo ver bien a su acompañante, su instinto le dijo de inmediato quién era.

No era Viktor Schwarz, como más temía. Era Serge Amberg, el maldito médico manipulador. Desmontó del caballo, ató las riendas a una rama y se acercó con sigilo hasta que las voces se hicieron audibles.

—Es hora de que me des la llave, Serge. No importa si es demasiado pronto ni si es brusco... Tenemos que empujar a Tobías al quiebre definitivo.

—¿Aunque lo lleve a la locura? —preguntó la voz grave y de acento austríaco de Amberg.

—Aunque lo lleve a la locura...

¿Así que ese era el plan? ¿Jugar con su puñetera mente?

—Doctor Amberg, al fin lo encuentro... —los interrumpió—. Si quiere jugar con mi mente, no recurra a damiselas en apuros. Aquí me tiene, venga a por mí si tiene cojones...

Al final no era Schwarz quien estaba detrás de todo, como pensó en un principio, sino el maldito psicólogo. Salvo que trabajasen juntos, claro.

Por un segundo, pudo jurar que el muy maldito le tenía miedo, pero luego sonrió. Esa jodida sonrisa que haría desaparecer a golpes.

CAPÍTULO 9



La reacción inicial de Alexa fue proteger a Tobías de Serge, hasta que se dio cuenta de lo absurdo que era. Sin embargo, su cuerpo se interpuso entre ambos hombres. Su mentor sabía luchar y, en los años en que la tuvo a su cuidado, no solo no se opuso al entrenamiento previo de Prometheus, sino que le enseñó nuevas técnicas para que estuviera preparada para enfrentarse a cualquier enemigo.

Cualquier enemigo, excepto uno de los casos de éxito de Prometheus. Era imposible vencer a Tobías Krage, y aún menos hacerlo cuando estaba furioso.

—Siempre supe que eras un traidor, Amberg, pero jamás pensé que fueras también un cobarde. ¿De verdad permitirás que una muchacha te proteja?

—¿Quién te ha dicho que me protege a mí?

Alexa se volvió al oír la voz furiosa de Serge. Él había insistido en que ella nunca lo considerara un padre, en mantener las distancias emocionales y limitarse a lo profesional. No obstante, en ese momento, el doctor parecía un padre enfurecido, dispuesto a batirse en duelo por el honor de su hija.

—¿Quieres hacerme creer que esa muchacha me aprecia? No soy tan imbécil, doctor. Apenas me conoce, hasta hace unos días la consideraba un jovenzuelo. Vas perdiendo tu encanto, Amberg. Puede que te haya funcionado con los demás, que hayas engañado a otros, pero no a mí.

—Claro que no, tú eres el especial, el único e irremplazable Tobías Krage... —bramó Serge.

—¡Basta ya los dos! —Alexa apoyó una mano en cada pecho, lo único que los separaba del enfrentamiento final era ella. Saberlo no me ayuda—. Dijiste que podías ayudarlo.

—También dije que podíamos deshacernos de él.

—Pero lo necesitamos.

—¿Acaso creen que pueden elegir qué voy a hacer yo? Cualquier confabulación que estuvieran urdiendo termina aquí. —Tobías, sin perder más tiempo, cogió a Alexa de la cintura y la apartó. No era a ella a quien mataría, sino a Serge. No dudaba, el muy maldito había empleado alguna de sus técnicas de manipulación con la muchacha; de otra manera no se explicaba que una mujer en sus cabales se prestara a infiltrarse en las líneas de Tobías Krage, corriera el riesgo de ser descubierta y, a sabiendas, de que el costo sería su vida.

Se lanzó contra el doctor. Le propinó un fuerte golpe, Serge consiguió esquivarlo a medias, por lo que, en lugar de desmayarse, como habría pasado, sintió el impacto en su mentón. Escupió sangre y aguardó el siguiente ataque.

Tobías podía vencerlo sin más, ambos lo sabían. Eso no implicaba que los reflejos del doctor no lo hubieran tomado por sorpresa: ¿por qué demonios un psicólogo de traje de tres piezas sabía

boxear? Advertido con ese primer movimiento, se lanzó al siguiente. Cubrió su rostro en posición de boxeo, pero el primer golpe que dio fue una patada de karate en el pecho de Serge. Amberg puso el brazo a tiempo, pero eso apenas limitó el dolor. Quedó sin aire, intentó devolver el golpe, pero Krage detuvo el puñetazo con su antebrazo; aprovechó el hueco que ese movimiento había generado en el costado de su contrincante y le golpeó en el hígado. Serge se dobló de golpe. Consiguió darle una patada en el muslo, lo que le hizo perder la posición durante un segundo. Solo eso. Porque Tobías giró sobre la pierna que tenía de apoyo y golpeó a la altura del hombro del doctor con la otra.

—Solo tenías que hacer terapia conmigo, maldito desquiciado —siseó Amberg, protegiendo su rostro y aceptando a cambio los golpes en el abdomen. No toleraría muchos más, aunque había desarrollado musculatura, los órganos blandos se resentirían ante la fuerza de Krage—. Podrías haberla mantenido lejos de esto. Si no fuese por ti, Al... ella estaría a salvo...

—¿Por mí? —respondió junto a otra lluvia de puñetazos—. Si alguien la ha metido en esto has sido tú, y averiguaré por qué.

—¡Sí, joder! La he metido yo... —Bajó las defensas y aceptó el castigo—. He sacrificado mucho por este plan, he jodido a mucha gente por ustedes, malditos demonios enfermos, y tú no eres capaz de abrir tu puñetera mente para que investigue.

—No seré tu títere.

—No, prefieres ser el de Viktor Schwarz.

Esas palabras cumplieron su cometido: Tobías se enfureció, se lanzó hacia él completamente engeguetado. ¡Odiaba a todos esos malditos médicos!, detestaba a cada uno de los que habían manoseado su mente. Sabía que no podría librarse de sus efectos. Aún tenía el condicionante, pero era más que eso. Todavía tenía a Alexa grabada en su piel. La buscaba en cada rostro, todas sus acciones estaban motivadas por el afán de encontrarla. No solo quería matar a Viktor Schwarz por lo que les hizo a ellos, sino también por lo que le hizo a Alexa. Pero, sobre todo, albergaba la esperanza de hacerse con los archivos y encontrar allí la pista que llevaba años rastreando. ¿Quién la había sacado del fuego?, ¿quién era el hombre que se la llevó? No había sido Chamberland, de eso estaba seguro. Lo interrogó antes de reunirlo con el Creador. Sin embargo, le embargaba la duda: ¿y si Viktor tenía un proyecto paralelo?, ¿y si Alexa sufría en ese momento experimentos peores que los padecidos por ellos?, ¿y si la trataron como un maldito caso fallido más? La idea le hacía sentir las tripas como lava ardiente. Pensar que podía estar siendo manipulado por Schwarz era su peor pesadilla y la ofensa más grave.

—Te mataré, Amberg, pero antes te haré confesar tus planes, jodido doctor del demonio. Me dirás qué buscas, por qué cojones finges ayudarnos mientras controlas los hilos de tu maldito escenario de titiritero.

—Eso no sucederá.

—Claro que sí.

—No, porque ahora son tus hilos los que ella tensa, no los míos. Podrías haberme dejado hacerlo a mí, hubiera sido menos doloroso para los dos.

—Ella no significa nada para mí.

—Entonces no te importará... —dijo Serge, señalando con el mentón hacia el pequeño puente de peatones que unía los dos lados del río. En el fulgor de la pelea, ninguno de los dos notó que Alexa ya no luchaba por separarlos. En cuanto la perdió de vista, Amberg supo lo que intentaría. Sintió una mezcla de terror y orgullo: había hecho un buen trabajo con ella. Alexa Milbank era la verdadera

Prometheus, la única que actuaba absolutamente libre, guiada por su voluntad. Ni siquiera él, su mentor, su salvador, podía dominar el espíritu libre de Alexa. Pero, joder, ¿no podía elegir otro modo?

Al verla, el corazón de Tobías latió furioso, y el impulso de ir a por ella era incontenible.

—No tiene ningún sentido —murmuró—. No puede...

—Sí, sí puede. Porque no es ella quien te domina, no es ella quien te controla, Tobías. Es tu inconsciente...

—Deja de decir tonterías.

—De acuerdo, ven aquí y termina lo que empezaste. Mátame...

Pero, en ese instante, las piernas de Alexa cruzaron la baranda del puente, sus brazos se aferraban al borde mientras su cuerpo se inclinaba sobre la superficie espejada del río. Los ojos de Tobías la observaban, fijos en su determinación de saltar. Se ahogaría, el vestido femenino con sus enaguas la empujaría al fondo del río. La corriente la arrastraría. Moriría.

¿Por qué? ¿Por qué estaba dispuesta a matarse?

—Si lo matas, nos matas a los dos —gritó ella—. Si vienes a por mí, nos salvas a los dos. Tú eliges, Tobías Krage.

Sin más dilación, soltó uno a uno los dedos que la sostenían a la baranda y cayó hacia adelante. No buscaba una muerte rápida, eso era evidente, porque se acomodó para caer de cabeza en lugar de sobre su vientre, lo que le quitaría el aire.

Tobías no pudo pensar más, no fue capaz de analizar la situación con la mente racional de un Prometheus. La única certeza que guiaba sus acciones era la de salvarla, pues sin ella moriría.

—No puedo perderla de nuevo... —dijo, sin entender lo que decía.

Serge se agarró al árbol, notando cómo le dolían las costillas. Lo había oído, maldijo su plan, se maldijo a sí mismo por entender tan bien la mente humana y saber de antemano que funcionaría.

Alexa era un error de cálculo, el único que se había permitido. No habría otro, no haría más amigos por el camino, no repetiría la equivocación de dejar que alguien atravesara sus barreras. El problema era que ella era una Prometheus: mente, cuerpo y ambición combinados. Alexa Milbank era invencible y él... él era un simple mortal. Lo lamentó por Tobías Krage; no lo apreciaba, era cierto, porque siempre había sido el más rebelde de los tres, pero en ese momento solo pudo reírse de él. En cuanto descubriera quién era la muchacha en realidad, aplacaría su ira y la cambiaría por una debilidad.

Solo una.

Se dio la vuelta, estaba seguro. Tobías la sacaría del agua y le salvaría la vida. No podía ser de otro modo. Hay cosas que quedan grabadas muy hondamente en el inconsciente; el amor era una de ellas.

Serge Amberg lo sabía muy bien.

La niebla se levantaba desde el río Aire como un sudario húmedo, se enredaba entre los pilares del puente que unía las dos márgenes. El sol había caído tan rápidamente como Alexa al agua. Apenas la luna iluminaba la superficie del agua. El aire parecía cargar con un peso invisible, y cada susurro del viento entre los álamos era como un lamento espectral. Tobías Krage estudió la corriente al tiempo que se quitaba las botas.

—Joder...joder...joder...

Odiaba que jugaran con su maldita mente, por eso se resistía a Serge. Pero ahora estaba

atrapado en ese juego, porque el muy maldito tenía razón, había algo soterrado dentro de él que lo empujaba a salvarla. Era desesperante, un indescifrable y desconocido impulso para Krage.

Una demanda que solo una persona supo despertar en él. Una pequeña capaz de atravesar el fuego, dispuesta a morir a su lado.

Que esa endemoniada mujer le despertara esas mismas ansias lo violentaba, sentía que le era infiel al recuerdo de Alexa. Salvaba a esa embustera cuando no había podido salvar a su amiga. ¡Era una jodida broma del destino! Y, sin embargo, allí estaba él, hundiendo los pies en el agua helada, buscando el vestido gris de criada en las profundidades.

Había algo en el ambiente que le inquietaba, un silencio que no era natural, como si la noche contuviera el aliento. Fue entonces cuando la vio: luchaba por su vida, claro que lo hacía. Una cosa es responder al impulso, al llamado del abismo, y luego está el dejar de batallar. El intento de *suicidio* de la mujer no era tal, sino una prueba para él.

—¡No! —gritó, su voz resonó como un disparo en el vacío.

El grito fue suficiente para que ella se volviera en la oscuridad, lo buscara. Sus ojos grises se encontraron con los suyos, y en ellos Tobías leyó una mezcla de dicha, de orgullo. De amor. Fue solo un instante, pero bastó para grabar esa mirada en su memoria.

Nadó con brazadas fuertes, su corazón latiendo con furia en su pecho. Vio cómo la figura se hundía en las aguas negras del Aire, las cuales, a pesar de su apariencia tranquila, ocultaban una corriente traicionera. El frío mordió su piel y le cortó la respiración, no se trataba del agua helada, sino de un frío dentro de él, como si batallara a puños con la misma muerte. Tobías no permitió que eso le detuviera. Emergió a la superficie, tragó una bocanada de aire, volvió a hundirse, y buscó a la joven.

La corriente era más fuerte de lo que había anticipado, empujándolo río abajo mientras luchaba por mantener la cabeza fuera del agua. En la penumbra, vislumbró un movimiento: el cabello negro de la mujer ondeaba como un velo oscuro, apenas visible entre las sombras. Tobías nadó hacia ella, impulsado por una mezcla de determinación y su ya familiar ira, un sentimiento que ardía en su pecho como un fuego inextinguible.

Cuando finalmente alcanzó su cuerpo, ella ya no se movía. Sus brazos estaban extendidos, sus ojos cerrados como si estuviera en un sueño profundo. Tobías la rodeó con un brazo, sujetándola firmemente mientras con el otro braceaba hacia la orilla. Fue una lucha agotadora; la corriente parecía conspirar para arrebatarle el cuerpo inerte, y cada metro ganado era una victoria sobre las fuerzas del río.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, Tobías logró arrastrarse fuera del agua, jadeando y temblando. Depositó a la mujer en el suelo con cuidado, le apartó el cabello mojado del rostro para comprobar si respiraba. Su piel estaba fría y pálida, pero cuando Tobías presionó su oído contra su pecho, escuchó un leve latido, débil pero constante.

—No te atrevas a morir ahora, aún tienes mucho que explicar, endemoniada mujer —murmuró entre dientes, comenzando a presionar rítmicamente sobre su pecho.

Tras unos momentos que le resultaron interminables, la joven tosió débilmente, expulsando el agua de sus pulmones. Abrió los ojos, y Tobías se encontró de nuevo con esa mirada gris, con ese brillo rebosante de orgullo.

—¿Por qué lo hiciste?, ¿para salvar al maldito de Amberg?, ¿es tu amante? —preguntó él, con la voz áspera por el esfuerzo y la furia contenida.

Ella no respondió de inmediato. Cerró los ojos y sonrió. La sonrisa se volvió carcajada.

Finalmente, murmuró:

—¿Serge, mi amante? —rio de nuevo—. No... —Le acarició el rostro—. Lo hice porque sabía que vendrías a por mí, Tobías.

—Ni siquiera yo sabía que iría a por ti, ¿cómo podías estar tan segura?

—Porque te conozco mejor de lo que crees.

Tobías la miró fijamente, intentando descifrar el enigma que tenía ante sí. Él no la conocía desde hacía tanto tiempo como para explicar el impulso irrefrenable de protegerla, ni ella a él como para tener semejante certeza. No obstante, por fuera de toda lógica, eso había sido exactamente lo que sucedió. Ella lo conocía y él era incapaz de dejar de prestarle ayuda.

La noche se hacía más oscura y el aire se hacía cada vez más frío. Krage, consciente de que no podían quedarse allí, se quitó su chaqueta mojada y la colocó sobre los hombros de la joven antes de ayudarla a ponerse de pie. Ella se rodeó con la tela y aspiró el aroma masculino, sin esconder el placer que eso le daba.

A medida que avanzaban, el sonido del río quedó atrás, fue reemplazado por el crujir de sus pasos sobre la hierba húmeda. Cuando llegaron junto al caballo, lo montó con un solo movimiento y la elevó a ella sin dificultad. Cabalgaron en silencio, primero fue un silencio incómodo, luego cómplice. Tenerla en brazos se sentía extraño, como regresar a casa después de un viaje largo y extenuante. No pensaría en eso ahora, no bajaría sus barreras en ese momento. Ella estaba confabulada con Serge Amberg, nada bueno podía salir de allí.

Fueron hasta la posada más cercana, donde la encargada, una mujer robusta y amable, se apresuró a preparar una habitación y algo caliente para beber. Antes de que se la llevaran, Alexa se volvió hacia Tobías, sus ojos grises brillando con una mezcla de gratitud y algo más, algo que podría haber sido esperanza.

Aunque sus instintos le dijeran a Krage que no tenía nada que temer de ella, también le gritaban que debía irse con cuidado con el doctor. Esa ambivalencia no se resolvería hasta que la verdad estuviera expuesta en la mesa: ¿quién era esa mujer?, ¿qué planeaba con Serge?, y más peligroso aún, ¿qué relación tenía con Prometheus?

CAPÍTULO IO



Té para la dama. Ginebra para el caballero. La encargada de la posada atendió a los recién llegados. También había ropa seca. De momento, la opción disponible era un camisón y una bata, todo perteneciente al guardarropa personal de la mujer en cuestión.

—Lo siento, caballero... —carraspeó, mirando de soslayo a su esposo, que roncaba en un sillón de mimbre junto a la chimenea encendida. Estaba completamente borracho. Pero la disculpa no tenía que ver con el estado deplorable del hombre, sino con su contextura. Era bajo, y su altura no superaba el metro setenta. A menos que Krage quisiera vestir pantalones que le llegaran a la rodilla, no habría posibilidad de cambiarse de ropa.

—No se preocupe, así estoy bien.

—No, no lo está, caballero. Si continúa con la ropa húmeda, puede pillar una gripe...

—Le agradezco su preocupación, será recompensada, pero le repito que estoy bien —dijo, cogiendo la botella de ginebra de la bandeja que la mujer llevaba, el vaso vacío, y acercándose a la chimenea—. Con esto bastará. —Notó calor en las piernas, la ardiente calidez de los leños encendidos—. Por favor, dispense toda su preocupación en la muchacha.

—Como lo prefiera, caballero —respondió la mujer, que estaba acostumbrada a no indagar en la identidad de sus momentáneos visitantes. Mientras pagaran por adelantado y no trajeran consigo problemas, ella estaba en paz con ellos. Poco le importaban los rasgos del hombre o su imagen temeraria; al fin y al cabo, conocía a «caballeros» socialmente reconocidos como tales que eran verdaderos hijos de perra. Aunque, siendo sinceros, las perras tenían más misericordia por los humanos que esos malditos—. Con su permiso —Se detuvo antes de abandonar la sala principal y se volvió hacia él. Podía notar la inquietud del hombre, que procuraba el bienestar de su acompañante por encima del suyo—. Además de esta muda de ropa, ¿desea que le entregue algún mensaje personal a la jovencita? —El tacón de la bota derecha de Tobías golpeaba el suelo de forma rítmica y constante. Casi al límite de lo fastidioso.

—No... —Y fue el «no» más rotundo de su vida. Preso de su propia inseguridad, como si quisiera desviar la atención de un agente encubierto de Scotland Yard, agregó—: Pero, si está en sus posibilidades, procure también un plato de comida caliente para ella.

—Prepararé un cuenco con estofado caliente —dijo, regresó sobre sus pasos, apoyó la ropa seca sobre una de las mesas del salón—, iré a por ello primero, sería en vano molestarla dos veces dadas las circunstancias, ¿no lo cree así?

—Tiene razón... sería en vano —masculló para sí, y esperó a que la mujer desapareciera por el

corredor interno. Dejó la botella de ginebra y el vaso en el borde de la chimenea, cogió la muda de ropa de la mesa y se encaminó al corredor en el que se encontraban las habitaciones. Llegó a la habitación que se le había asignado y golpeó la puerta con el puño cerrado. Fue tan brusco que no necesitó más presentación; la voz al otro lado de la puerta solo dijo:

—Está abierta... —Lo invitaba a entrar sin ningún reparo.

Tobías abrió la puerta y la vio con una enagua, un corsé y una camisola de vestir. Con el cabello húmedo sobre sus hombros y los restos de agua que le chorreaban por encima del pecho descubierto hasta la altura del busto. Tragó saliva y desvió la mirada ante aquel impacto visual. Al segundo siguiente, volvió a contemplarla como si llevara el uniforme de la milicia. La muy maldita lo invitaba a entrar sin ningún tipo de reparos ni pudor. Ni por su parte. Ni por parte de él. Si pensaba que provocándolo de esa manera, tentándolo con un vistazo de lo que era su delgado y curvilíneo cuerpo, disminuiría su condena, estaba muy equivocada.

—El agua se enfría —le dijo como reclamo. Lanzó la muda de ropa seca sobre la cama y le preguntó—: ¿Qué demonios esperas?

—Te esperaba a ti —dijo ella con una calma tan abrumadora que Krage sintió como si de la nada le abofeteara un ser imaginario. Cogió la ropa seca y, sin mirarla, fue tras el biombo. Al otro lado de este había una tina con agua caliente esperándola. No mucho, lo suficiente para entrar en calor durante unos segundos y recuperar el color rosado en las extremidades—. Me preguntaba cuánto tiempo más te demorarías, no sueles tener mucha paciencia, cuando quieres algo, vas a por ello sin dudar.

—Por lo visto, además de cómplice de Amberg, pretendes ser también su discípula... ¿Él está al tanto de ello? Me refiero a que te crees capaz de jugar con mi mente como él.

—No, pero si lo he logrado, dímelo —dijo, y se desnudó, dejando la ropa mojada decorar el suelo. Tobías pudo ver la tela de las prendas asomar por debajo del biombo. Mientras la oía, joder, la imaginaba y se odiaba por eso—, así podía echárselo en cara a Serge y decirle: He aprendido bien, he llevado tu teoría a la práctica. —Se sumergió en la tina. Exhaló. Estaba cansada. Había sido un día muy largo. Una jornada que comenzó años atrás, en la noche del incendio, la noche en la que se separó de él. Ahora podía descansar, respirar, tomar un baño tibio sabiendo que, cuando atravesara ese biombo y estuviera frente a él, volverían a encontrarse.

—Sabes que te conviene hablar, ¿verdad? —Fue una falsa amenaza—. Si quieres seguir con vida...

—¿Qué? —lo interrumpió. Carcajeó. Volvió a exhalar—. Desde que saltaste al río, has perdido toda credibilidad, Tobías Krage. —Unió sus palmas, hizo una canastita con ellas, cogió agua y se enjugó el rostro—. Dime, ¿por qué lo hiciste? —Le dolía el corazón. Y cada día que pasó a su lado el dolor fue mayor. Cuando idearon el plan con Serge, ella lo aceptó con la absoluta seguridad de que el plan se haría trizas desde el principio. En su interior añoraba, esperaba, deseaba con todas sus fuerzas que él la reconociera, que todo se arruinara siquiera antes de comenzar. Pero no... La única que vivió con su recuerdo tatuado en la piel y en el alma fue ella, ¿no?

—No, esa pregunta te corresponde a ti, ¿por qué lo hiciste?, ¿tanto te importa Amberg como para arriesgar tu vida por él?, ¿qué demonios traman juntos? — En esa habitación había dos corazones dolidos, pero uno todavía no podía reconocer la razón de tal agonía. Incluso la negaba, porque eso es lo que hacen los Prometheus: dominan sus emociones por encima de todo. ¡Mentira! Las entierran, las soterran, las lanzan a las profundidades del abismo de sus mentes.

Un verdadero Prometheus acepta la emoción y sigue adelante sin apartar la vista de su camino.

Aunque duela el corazón, un Prometheus no cambia de rumbo. No se lanza a los brazos de su debilidad, no grita su verdad cuando quiere hacerlo, sino cuando tiene que hacerlo.

—De una pregunta a la vez, por favor —Alexa se dio el permiso de reír a sabiendas de que le causaría fastidio a Krage. Y ese fastidio se manifestó en su caminar furioso. Sus botas asomaron por el borde inferior del biombo—. El agua sigue estando tibia, si quieres podemos compartirla.

¡Al diablo todo! Tobías pateó el biombo y traspasó la sutil barrera de intimidad que los separaba. El cuerpo desnudo de Alexa sumergido en el agua era como una jodida nube gris más en un cielo tormentoso. Su cuerpo desnudo fue una mancha de pintura más en un lienzo sin terminar. Un arabesco bordado en la alfombra. La única parte de su cuerpo que le importaba a Krage era su cuello. De ahí la cogió. La aprisionó contra el borde alto de la bañera.

—¡Basta de complacencias para ti! —gruñó a centímetros de su rostro—. Podemos finalizar aquí lo que interrumpí en el río... —Deslizó su cuerpo hacia abajo, por supuesto, ella colaboró, dejó que su espalda resbalara en la tina hasta que su cabeza quedó hundida. Al minuto, la devolvió a la posición anterior—. El hecho de que no hayas luchado ni por un segundo expone tu verdadera identidad. —liberó su cuello.

—¿En qué consiste? —Alexa sonrió y escupió un poco de agua.

—Que no eres ni has sido nunca una víctima, sino una cómplice. Y eso, en mi diccionario personal, es sinónimo de condena. —La condena era la misma para todos: una cita adelantada para ajustar cuentas con el Creador.

—Lo reconozco, si me valgo de tus palabras debo decir que sí, que soy cómplice de Serge. Se incorporó de la tina, quedó completamente desnuda ante él. El rostro de Tobías no se inmutó, y sus ojos solo la miraban a ella. De hecho, fue él quien le entregó la bata para que se cubriera—. Pero solo de él, por si te lo preguntas —dijo, cogió la bata, se cubrió y abandonó la tina.

—Pretendes que crea que Viktor no tiene nada que ver con esto —rió. Su risa era pura ironía. Ella también rio con él.

—Estás en lo cierto, todo esto tiene que ver con Schwarz... —Dio dos pasos y estuvo frente a él, a centímetros de su rostro, hasta el punto de que lo único que les brindaba calor a los cuerpos aún húmedos era el intenso fuego de sus furiosas exhalaciones. Furia, ardiente ira, era lo que despertaba en ambos al oír el nombre de Viktor Schwarz—: Todo esto es para matar al desgraciado. Sus dientes rechinaron.

—¿Acaso piensas que voy a crearme ese cuento? —Krage carcajeó para ocultar su verdadera reacción. Le creía: la expresión en su rostro, el fuego que destellaba en su mirada, el rabioso tono de su voz... ¡Joder, sí, le creyó el cuento! Era una perfecta manipuladora—. ¿Me consideras tan idiota? No hay ningún argumento que me haga comprar una entrada para esa obra de teatro que pretendes vender. Menos aún cuando uno de sus protagonistas es Serge Amberg, el maestro del juego mental por excelencia. —Dio un paso atrás, su cercanía le incomodaba.

—Siempre has desconfiado de Serge, ¿verdad?

El hecho de que lo llamara por su nombre de pila con tanta confianza y libertad hacía que se le erizara todo el vello del cuerpo. El odio que sentía hacia el doctor se había triplicado.

—Es un maldito manipulador y un traicionero.

—Una vez más estás en lo cierto, en su defensa tiene sus razones para ambas cosas.

—Sí, ¿cuáles son? —Ladeó la cabeza, se llevó la mano a la oreja—. Vamos, soy todo oído.

—He dicho que tiene sus razones... unas que no me corresponde compartir y me las reservo. —

Esquivó el cuerpo de Tobías y se encaminó al otro extremo de la habitación. Le dio la espalda.

—Entonces dime las tuyas, ¿por qué quieres que Viktor muera? —Empezaba a creer que ese propósito común era lo que, de una extraña manera, lo mantenía unido a ella. Ese propósito era el secreto que le daba sentido a sus absurdas decisiones. Por eso no le había estrangulado con un cuchillo. Por eso se lanzó al maldito río para salvarla. Por eso la protegía, ¿no?

—¿Por qué quieres que lo maten? —Su pregunta fue casi una exigencia.

—No, no... —Se acercó a ella, la hizo girar para enfrentarlo—. No más rodeos, no más juegos mentales.

—Es un juego mental necesario... Dime, ¿por qué quieres matarlo? —le gritó en la cara—, ¿quieres matarlo por lo que te hizo a ti?

—¡No! —respondió enfurecido, alzó la voz, pero no llegó al límite del grito como ella.

—¿Quieres matarlo por lo que les hizo a los demás?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué demonios quieres matarlo? —Lo cogió por los hombros y lo sacudió. Ella también estaba enfurecida. Pero con él, con el maldito velo del pasado que le impedía ver la realidad del presente.

—¡Porque me arrebató a la única persona importante para mí! —gritó finalmente—. ¡Va a morir por ella!

Ella... Su debilidad, su obsesión, la marca que llevaba consigo. Un recuerdo consumido por el fuego del pasado y la venganza perenne del presente.

Ella... El arma que Viktor pensaba utilizar en su contra. ¡Tú la condenaste! No pudiste salvarla.

—¿Quién es ella? —Alexa cogió el rostro de Tobías entre sus manos. Su mirada se había perdido, vagaba por el recuerdo, se perdía de nuevo entre las llamas.

—No pude salvarla —susurró conteniendo el sollozo—. No pude salvarla... —repitió, sumergido en su propio río de culpa por no haber resistido más. La culpa de haber sido demasiado pequeño, sin la fuerza suficiente para levantar esa reja y rescatarla de esos brazos que la llevaron lejos. Sus ojos se encontraron con los de ella. Como si perdiera el control de sí mismo, su mano viajó hacia el rostro de la muchacha, le acarició la mejilla, recorrió su barbilla hasta llegar a su boca, y le rozó el labio inferior con los dedos—. No pude salvarla... —La apartó de repente, con brusquedad. Estaba agitado, con el corazón a mil por hora. El aire se le quedó atascado en el pecho y no llegaba a sus pulmones. ¡Mierda! Tenía que salir de esa habitación. Abrió la puerta y la cerró tras de sí con fuerza. Se apoyó en la madera sin poder marcharse, una fuerza irracional le impedía dar un paso más—. Maldición —dijo para sí y cerró los ojos intentando hallar en la oscuridad la estúpida razón que lo hacía actuar de esa manera. Como un eco fantasmal, sus palabras de horas atrás resonaron en su mente, y es más, sus labios las repitieron—: No puedo perderla de nuevo... —Sus párpados se abrieron como si hubiesen sido atacados por una brillante luz, por la epifanía más grande de su vida. Despegó la espalda de la madera, abrió la puerta y, al verla ahí frente a él, a su espera, repitió por última vez—: No puedo perderla de nuevo...

—Y no lo hiciste, no me perdiste, me rescataste del río...

Se acercó a él. Cerró la puerta. Lo cogió de la muñeca e hizo que la acompañara hasta el espejo. Él llevaba puesta solo la camisa, que todavía estaba pegada a su torso por la humedad del agua. Alexa desabrochó sus botones con lentitud y, mientras lo hacía, se aseguró de no apartar sus ojos de los de él ni por un segundo; lo que no se podían decir con palabras, se lo dirían con miradas. ¡Eran expertos en ese arte! Así habían aprendido a comunicarse en el hospicio Prometheus. En ese momento volvieron a

ser... Alexa y Xiao.

Él hizo su parte: aflojó el nudo de la bata de Alexa y deslizó la tela por su hombro derecho, dejándolo al descubierto, al igual que su omóplato. Ella le quitó la camisa, lo hizo girar y, cuando la quemadura de su espalda estuvo ante sus ojos, la acarició y la contempló a través del reflejo del espejo. Las cicatrices con forma de rosa, aquellas que decoraban las rejas de la cárcel que los mantuvo cautivos, florecían en su piel como un jardín que había esperado años ser regado de nuevo para volver a renacer. Xiao se volvió hacia ella, ansioso por ver la pieza faltante del borroso rompecabezas de su recuerdo, la cogió por la cintura y la hizo girar entre sus brazos. La abrazó por detrás con fuerza, como si quisiera protegerla de todos los males del mundo. Y allí, en el reflejo de los cuerpos unidos, en las pieles fundidas la una con la otra, en ese abrazo que reencontraba a dos almas que habían estado perdidas por demasiado tiempo... Allí, el jardín floreció por completo. La quemadura del hombro de ella se unió a la de él, juntas contaban una historia. Una historia que hablaba del pasado y de un presente anhelado por ambos.

—Alexa... —le susurró. Besó su hombro y recorrió su cicatriz con los labios. Alexa —volvió a susurrar como si su nombre fuese una plegaria o el propio nombre del dios que gobernaba los cielos.

—Sí, Alexa... Finalmente me salvaste, Xiao.

CAPÍTULO II



Era incapaz de soltarla; el mundo cobraba sentido mientras la tenía en brazos. Alexa tampoco parecía dispuesta a dejarlo ir; por fin podía revelar su identidad y hacer aquello que llevaba años esperando.

—¿Cómo? ¿Por qué? No lo entiendo —logró articular Tobías.

Estaba feliz, pero también enfadado. Jamás descargarían su ira el uno con el otro, incluso si le confesaba que venía a matarlo. El tormento de la debilidad que padecieron los otros Prometheus no le afectaba a él, porque siempre fue consciente de tener una: Alexa Milbank. Su recuerdo bastaba para someterlo y conducirlo a la venganza. Sin embargo, sería suficiente con un puñal en su mano para dominarlo.

Le pareció que la herida de la espalda le escocía como un recuerdo que volvía a hacerse carne, la marca que desde pequeño le evocaba lo sucedido: Viktor había intentado matarlo y había fallado. Alexa había intentado salvarlo y lo había conseguido. Una rosa era la prueba de una marca más profunda, significativa e imborrable.

El problema era que, en su caso, el poder era recíproco. Xiao también era la debilidad de Alexa, la única que Serge no había podido quitarle.

—Hay mucho por explicar.

—Y no pienso irme de aquí hasta oír cada palabra. ¿Te ha secuestrado Amberg?

Alexa rio, lo cogió de la mano y lo llevó a la cama. Tobías se resistió tan solo un poco; tenerla tan cerca le hacía perder la cabeza y necesitaba concentrarse al máximo para esa conversación. Ella no era pudorosa como otras mujeres, no temía mostrarse. No lo hacía con sensualidad ni erotismo, y sin embargo era mil veces más estimulante para Krage. Solo asomaban por la abertura de la bata que le cubría la pelvis unas piernas blancas y no mucho más. En la parte superior, podía vislumbrar el valle entre sus pequeños senos. Alexa era delgada y atlética. Pero ahora que se había revelado la verdad, solo un imbécil o un ciego podría confundirla con un hombre. Su cabello caía como una cascada negra y ondulada por la espalda. Lo llevaba más corto por necesidad del disfraz, lo que le daba un aspecto más sano y abundante. Sus ojos parecían dos fuentes cristalinas en su rostro blanco y sus cejas negras completaban el profundo contraste. Era una belleza, su belleza... y su perdición.

—¿Intentas seducirme?

—Siempre —contestó ella con picardía—, pero puedo esperar. Sé que tu corazón entiende que debes confiar en mí; es tu mente la que necesita pruebas.

Y eran sus cuerpos los que debían habituarse a los cambios. La pasión los sorprendía, pero su conexión interior, forjada en la infancia y lejos de las complicaciones de la atracción, era fuerte. Las

respiraciones de ambos estaban aceleradas; cada bocanada de aire les traía el perfume del otro y los conducía a un reconocimiento animal. Aún no podían entregarse el uno al otro, necesitaban completar su historia, una que llevaban grabada en la piel, en los cambios de sus anatomías. Lo único que quedaba del pasado era la marca en forma de rosa en sus espaldas. En lo que respecta al resto, eran hombres y mujeres nuevos.

—¿Hablas de corazón?, ¿una Prometheus? —Tobías sonrió. Le encantaba que ella hubiera roto los barrotes de su jaula, pero no estaba de acuerdo con su visión del mundo.

—Serge diría que lo que llamamos corazón es el inconsciente y al consciente le llamamos razón.

—Odio a Amberg con todo mi ser —susurró Tobías, mientras hundía su rodilla en el colchón, junto a la cadera de Alexa. Ella gimió. Era virgen, jamás había estado con un hombre, pero sabía todo sobre el tema. Al menos la parte médica, gracias a que había sido educada por un excéntrico doctor.

Además de conocer los secretos de la reproducción humana, era capaz de coser una herida, amputar una pierna, atender un parto, dosificar morfina, matar a alguien con potasio y curar la borrachera. Era una asignatura más, y pediría su título en Cambridge.

—Tendremos un problema, entonces, porque es lo más parecido a un suegro que conocerás en tu vida —bromeó. Al ver que el rostro de Tobías se endurecía, soltó una carcajada y le acarició la mandíbula lisa, carente de barba, a diferencia de los hombres occidentales.

—¿Lo sientes como a un padre? —preguntó sorprendido. No se llevaban tantos años, si Amberg no mentía, lo cual era muy difícil de creer con la cantidad de engaños que lo rodeaban, superaba la edad de Alexa por trece años.

—Sí, aunque a él no le guste.

—Porque quiere follarte —gruñó Krage, y apoyó las manos a ambos lados del rostro de Alexa, inclinándose hacia ella. Si se movía, sus bocas se tocarían.

—Todo lo contrario, porque no quiere que desarrolle atracción por hombres como él; piensa que no están a mi altura. Ya sabes cómo es la psicología y cómo analiza las figuras maternas y paternas, y bla, bla, bla...—. Rodó los ojos exageradamente. En ese campo también estaba sobrecalificada; el día que terminaran con la vida de Viktor Schwarz, se alejaría del psicoanálisis y de todos esos libros insoportables sobre la mente humana.

Tobías arrugó la sábana con fuerza en su puño.

—Por primera vez estoy de acuerdo con el maldito. Hace bien en alejarte de hombres como él.

—Eso te incluye a ti, Xiao, intenta protegerme de hombres como tú.

—De todas formas, estoy de acuerdo, pero no tienes escapatoria, Alexa. Ahora que te he encontrado, no te dejaré marchar jamás. Lo único con lo que no concuerdo es con que me parezca al hijo de perra de Serge. Trabaja para Prometheus, ha hecho cosas espantosas, nada hará que cambie de parecer respecto a él.

—¿Ni siquiera sabiendo que fue él quien me rescató de las llamas? —indagó Alexa. Tobías cerró los ojos con furia y respiró hondo—. Me ha curado las heridas, es doctor después de todo.

—¿Lo es?

—Sí, he visto su título en alemán. Doktor in medizin Serge Amberg, Die Medizinische Universität Wien.

—Cavendish descubrió que Viktor Schwarz empezó sus experimentos en Viena —comentó él con suspicacia. Se apartó hasta apoyar la espalda en el colchón, junto a ella. Las miradas quedaron fijas en el techo de la posada durante unos segundos, luego giraron al unísono hasta enfrentarse, incapaces de

dejar de observarse.

—Lo sé. Serge lo conoció allí...

—Trabajan juntos.

—No, Xiao. Es mucho más complejo. Es cierto que ha hecho cosas horribles, pero ¿no lo hemos hecho todos? ¿No lo has hecho tú?

—Es distinto, a los Prometheus no nos dieron opción.

—Tal vez a Serge tampoco.

—¡Me dijo que tú estabas muerta! Me ha tratado como si mi recuerdo fuera un delirio, cuando todo el tiempo fue él el hombre misterioso que te sacó de las llamas. ¡Es un mentiroso! Jamás lo perdonaré.

—Bueno, no serás ni el primero ni el último al que la familia de la novia le haya caído mal. — Alexa sonrió, estaba demasiado feliz como para enfadarse. Krage apretó más la mandíbula, detestaba que considerara al psicólogo como parte de su familia. Una parte de su ser se alegraba, porque, a diferencia de él, que llevaba su nombre tatuado en la piel y sabía que existió alguien en el mundo real con su sangre, Alexa había vivido toda su vida atada por completo a Prometheus. Sin pasado, sin futuro. Que alguien le hubiera dado un hogar significaba mucho, sin embargo, eso no le impedía odiar que esa persona fuera Serge Amberg, ¡justo él!, el peor de los manipuladores—. Si te consuela, a mí también me dijo que habías muerto. De lo contrario, te hubiera encontrado antes.

Ahí tenía su prueba, jamás se podía confiar en ese psicólogo del demonio.

—¡Voy a matarlo!

Tobías se puso en pie de golpe; ella tiró de su muñeca y los tendones y las venas se le marcaron bajo sus dedos. La mirada femenina se le volvió ardiente. Lo encontraba insoportablemente apuesto; hacía mucho tiempo que lo esperaba.

—Lo hizo por mí —le explicó.

—¿Cómo puedes decirlo con tanta simpleza? ¡Llevo años buscándote! Te habría cuidado como a mi propia vida, si...

—Me hubieras puesto en primer lugar... —completó ella.

—¡Sí! —bramó él.

—Y ese es el problema: yo también te habría puesto a ti en primer lugar y entonces ninguno de los dos habría sanado. Serge tuvo que ayudarme a superar Prometheus y, para eso, necesitó convencerme de que nada quedaba para mí allí. Si hubiera sabido de tu existencia, habría regresado. — Se sentó en la cama—. Hubiera atravesado mil incendios por ti, hubiera sido capaz de volver al infierno de las torturas solo para estar a tu lado...

Los labios de Tobías sellaron sus palabras con un beso voraz. No quería oír más, no quería darle la razón ni agradecerle al muy maldito de Amberg. Pero lo hacía, porque la había mantenido a salvo, al resguardo, para que regresara a su lado cuando estuviera lista. El recuerdo del incendio se volvió vívido en su mente: Alexa atravesando la viga yendo a su encuentro. Sabía que era capaz de volver a hacerlo una y mil veces, y él no soportaría pensar que podía ponerla en peligro por él. Era verdad, no se lo merecía, pero no le importaba. Tobías Krage no era un hombre altruista, no era de los que dejaban ir por bondad. De una sola cosa estaba seguro: por ella haría el intento de ser mejor.

—También te quiso ayudar a ti sin mí, aunque no lo hizo por piedad. —Alexa no le mentiría. Podía ser que Serge se hubiera encariñado con ella por razones tan hondas como las de cualquiera de los Prometheus, pero eso no quitaba que los motivos del psicólogo fueran personales y algo mezquinos

—. El desprecio es mutuo, pese a que, en el caso de Serge, está un poco teñido de admiración. Te necesita, los necesita a los tres. Quiere dejarme fuera porque ve en mí a...

—¿A quién? —preguntó Tobías, ansioso por tener alguna pieza de poder sobre el doctor. Alexa era leal, su conexión y su alma estaban con Xiao, pero también sentía agradecimiento hacia Serge. No lo delataría.

—No importa, esa es su historia, no la nuestra. Ven aquí... Es hora de que sanes y de que uses nuestra conexión para romper los mandatos de Prometheus. Será más difícil porque has estado más tiempo bajo el yugo de Viktor y aún tienes el condicionamiento...

Necesitaban quitárselo y, para ello, necesitaban que Tobías la dejara entrar al lugar en donde habitaban sus miedos más profundos.

—Tú lo has logrado, Serge dijo que eras la verdadera Prometheus.

Alexa negó con la cabeza. Sí, ella había conseguido salir adelante.

El plan de Serge al rescatarla del incendio había sido estudiarla, analizar su mente y sus traumas hasta encontrar una cura o una explicación sobre los daños causados en la mente de los niños Prometheus. Por eso era el único que podía ayudarlos. Ya no hablaba de venganza, de disparar a Viktor Schwartz en la cabeza; de eso los tres demonios eran más que capaces, el problema era ¿qué sucedería después?, ¿qué sería de ellos cuando el proyecto se derrumbara? Lo más probable era una crisis existencial, una crisis que Alexa conocía por Amberg y que Franz y Marcus ya habían sufrido en parte. Pero el daño no terminaba ahí, los experimentos afectaban a más personas. Había niños y adultos sometidos a pruebas que luego se llevaban a cabo en los casos clínicos, con la participación de médicos, financistas y personas que se acercaban más a la idea de culto. Muchos seguían a Viktor, del mismo modo que otros se unían a sectas o se sumaban a la moda del espiritismo, una mezcla de ciencia y mito que los fascinaba y sometía.

Podía haberse liberado de algunos traumas, aprender a dominar otros y aceptar la convivencia con las consecuencias psicológicas de haber sido una niña Prometheus, pero no sería verdaderamente libre hasta que no terminaran con Schwarz. Cada uno vive su propio infierno, y el de los demonios es el más tormentoso.

—No es un halago. Viktor crea superhombres y Serge, demonios. Sabe cómo convertirnos en eso que Schwarz más teme: seres libres. Tú pensaste que mi negativa a comer carne era una debilidad, pero en realidad es un acto de mi libre voluntad. El verdadero dominio no es sobre el mundo, la naturaleza o los demás hombres, como cree Viktor, sino sobre uno mismo. Lo que se piensa, lo que se quiere, lo que se desea... Serge pensó que tú eras un deseo inconsciente para mí, una asociación al trauma, un vínculo forjado en la desesperación. Cuando me hizo libre, entendió que te había elegido, que era mi voluntad la que comandaba mi búsqueda, y entonces me confesó que Tobías Krage era Xiao.

—¿Quién pensaste que era?

—Tobías dos. Lo siento, ¿daño tu ego? —se burló más de ella que de él. Fue una tonta por pensar que alguien podía vencer a su Xiao. No obstante, como él siempre se mantenía en las sombras, a diferencia de los demás, nunca había oído hablar de sus rasgos asiáticos.

—¿Tobías dos? Lo vencí en un parpadeo —alardeó.

Para enojo de Viktor, sucedió en la batalla final. A ojos del doctor, ninguno de ese grupo valía la pena, pero el asiático era el que menos. Tendría que haber probado la superioridad del hombre blanco, pero solo evidenció los prejuicios absurdos de Schwarz.

—Lo imaginé. —Alexa se puso de pie, lo rodeó por el cuello con los brazos—. Siempre confié en ti. Creí que habías muerto porque pensé que habías perecido en el incendio. ¿Por qué no has usado el nombre Xiao? ¿Por qué has optado por Tobías?

—Porque Xiao esperaba por ti, Alexa.

Ella le acarició la nuca y acercó su rostro al suyo. La espera había sido compartida... una espera que le había sabido a eternidad.

—Durante mucho tiempo pensé que Viktor era el único que podía derrotarnos, pero ahora pienso lo contrario. Somos fuertes, Xiao, somos...

—Somos los únicos que podemos vencer a Viktor —concluyó él como si fuera una sentencia definitiva.

—Y ahora estamos juntos, como la analogía de las ramitas: una sola puede quebrarse...

—Juntos somos invencibles.

En el fulgor de la guerra que se avecinaba, volvieron a fundirse en un profundo beso. Habían dicho demasiado con sus palabras, era hora de que sus cuerpos hablaran por sí mismos.

Alexa estaba allí. Al fin estaba junto a él.

Exuberante.

Exótica.

Sensual.

Con la camisola como único cubrimiento, estaba extendida en la cama. Él se inclinó hacia ella, su conducta era depredadora y a la vez, protectora. La ansiaba con cada fibra de su ser, con las mismas células que se unían en su cuerpo formando un escudo para ella. Quería cuidarla del mundo, pero no podía cuidarla de él. No era tan fuerte, no era tan altruista. Tal vez fuese una verdad milenaria, como la cultura que llevaba grabada en sus rasgos, o tal vez fuera un absurdo intento de justificar sus acciones, pero estaba convencido de que unirse a Alexa de esa manera primitiva era el mayor acto de rebeldía que jamás ejerció. Gobernaba en las sombras, a diferencia de sus hermanos. Dejaba que la ira lo comandase, contrario a lo que pretendía Viktor Schwarz con su proyecto de superhombres. No había hecho nada de acuerdo a lo esperado de un Prometheus, y, sin embargo, nada era más desafiante que estar con Alexa. Que responder a esa unión primordial. Que...¿amarla?

Los cortos y sedosos mechones oscuros caían en cascada alrededor de su cuello. Los ojos de Alexa le devolvieron la mirada con desafío, lo invitaba a romper esa norma con ella. También lo miraba con deseo, un anhelo inocente, virginal, pero rebosante de natural sabiduría. El pene de Tobías se puso brutalmente duro, la necesidad de tomarla tronó por su cuerpo con una fuerza que acalló cualquier otro deseo; si en ese momento le daban a elegir entre al fin hundir un puñal en el pecho del doctor Schwarz o hundirse en el suave cuerpo de Alexa...su venganza perdería la pulseada.

Y allí estaba Alexa, su Alexa. El objeto de su búsqueda incansable, el sentido por el que nunca se rendía, era ahora también su más tortuosa fantasía sexual. Una parte de él se decía que no debía tocarla, que el muy maldito de Amberg tenía razón...ella podía ser libre, podía alejarse de Prometheus y, para eso...para eso debía alejarse de él.

Pero iba a tocarla. Era débil cuando se trataba de ella. Esas manos que habían matado, que habían forjado un imperio derramando sangre, acariciarían el cuerpo suave de Alexa Milbank.

Iba a tocarla de formas que la sacudirían, borraría cualquier vestigio de inocencia de su cuerpo y lo reemplazaría por un hambre ávido, un hambre que solo él podía saciar...con su boca, con sus besos,

con sus manos y caricias, con su polla que latía furiosa por el deseo de al fin hacerla suya.

El beso se volvió profundo, la lengua masculina se abrió paso en la boca de Alexa, y ella no opuso resistencia. El sonido de la tela de su camisola al rasgarse apenas se coló por su mente, la idea de que estaba desnuda ante él no le despertó pudor, sino un profundo sentimiento de vanidad. Quería gustarle, ansiaba entregarle su cuerpo para su placer, ser ella quien calmaba a la fiera que habitaba dentro de Tobías...dentro de Xiao.

Tuvo que esforzarse para abrir los ojos cuando las manos masculinas le atraparon las muñecas para ubicarlas encima de su cabeza contra el colchón, con la rodilla empujó entre sus muslos, separándolos, el suave algodón de la ropa interior de él le acarició la piel desnuda de la parte interior de sus piernas. La mirada rasgada de Xiao sobre ella se convirtió en una famélica demanda. La rodilla presionó hacia arriba en contra de su entrepierna, rozando su clitoris.

¡Al demonio los libros! ¡Al demonio la psicología, los estudios del deseo y del placer! ¡Al demonio con todo! Ese simple toque la hizo arder, estaban condenados a las llamas del infierno, el único incendio que de verdad les marcaba la piel. Sintió cómo sus pliegues se humedecían, cómo clamaban por más.

Sintió su corazón palpitando. La sangre tronando a través de sus venas, latiendo en su clitoris mientras luchaba contra el agarre que tenía sobre ella.

Él bajó la cabeza hacia ella, pero no fue a su boca, sino a su oreja. Le mordió el lóbulo, Alexa forcejeó contra el agarre de sus muñecas, y Xiao la asió con mayor fuerza.

—No quiero escapar —le susurró, como leyendo su mente—, solo quiero tocarte yo también... — Él acalló sus palabras con un beso.

Alexa gimió, el sonido pareció arrancado de las profundidades de su alma cuando sus labios rozaron contra los de ella, poseyéndolos. La lengua de Tobías jugueteó dentro de su boca, combatiendo con la de ella mientras Alexa se esforzaba para acercarse más y tomar el control del suntuoso placer.

El placer... Siempre había querido el goce de su toque, el exquisito éxtasis de su beso. Desde que había alcanzado la edad de comprender lo que ocurría entre hombre y mujer, solo uno había sido capaz de alimentar sus fantasías. Uno que hasta hacía poco había creído muerto.

La boca de Tobías descendió, sin soltar sus muñecas, hasta capturar entre sus labios un rosado pezón. Alexa respondió alzando las caderas, y su entrepierna se rozó con el muslo masculino. Él cedió, impaciente, y respondió bajando su cadera hasta que sus pelvis se unieron. El calor de la erección fue demasiado para la ya estimulada pasión de ella, un ronco grito escapó de su garganta, un claro clamor de que ansiaba ser satisfecha.

¡Joder! Ya habría tiempo para la lenta exploración, para el juego sexual... una vida para ponerse al día. Pero no ese instante, no en ese lugar.

Lo rodeó con las piernas, la anatomía por su diseño natural hizo lo demás. La erección de Tobías calzó con perfección entre los pliegues femeninos, hallando el camino húmedo, preparado, al interior del cuerpo de Alexa. Los muslos de ella se apretaron más contra la cadera de él. El inminente orgasmo estaba construyéndose dentro de ella como una conflagración enfurecida que no podía controlar. Y no quería controlarla. Quería que eso continuara saliéndose de control, que siga quemando a través de ella, que cada toque fuera un éxtasis. Quería arder en el infierno de sus brazos, atesorar en su mente un nuevo recuerdo, uno en el que las llamas no fuesen más una pesadilla que quisiera olvidar, sino un paraíso al cual regresar. Uno compartido con él.

Al fin la pasión pudo más, Xiao cedió el control, le soltó las muñecas y quedó a su merced. A

merced de lo más temido: la verdadera libertad.

—Puedes detenerme, puedes rechazarme, Alexa... puedes... puedes hacer conmigo lo que quieras.

Xiao volvió a recorrer su cuello con los labios, hasta llegar a la suave y sensible piel por encima de sus pechos. Ella se estaba muriendo por el toque de los labios sobre sus pezones y él estaba matándola mientras continuaba sin proporcionarle esa caricia.

—No quiero detenerte, quiero todo de ti, Xiao... —Suspiró—. Y lo quiero ya.

El reclamo fue correspondido. La lengua de él se asomó para curvarse alrededor de su pezón y trazó círculos sobre la punta sensible. Mientras su boca se centraba en su pecho, bajó con la mano a su entrepierna y comenzó a acariciarla.

Al palpar la humedad, la razón se evaporó, y no tardó en reemplazar sus dedos con su pene. Alexa abrió las piernas aún más, se aferró a su espalda, pasando los dedos por la cicatriz en su piel y eso terminó con su control.

—Alexa... —fue su única advertencia antes de empezar a empujar en su interior. Ella respondió con un gemido; sabía que la primera vez dolería, pero no le importó. Arqueó las caderas y le dio mejor ingreso.

Tobías la besó, la cogió de las caderas hasta conseguir el mejor ángulo y embistió de una simple estocada. La contuvo en brazos cuando el gemido de placer se mezcló con el del dolor; permaneció inmóvil, hasta que ella se movió debajo de él. Quería más, quería todo de él.

Y él no le negaría nada. El vaivén fue lento, suave, hasta que el deseo de Alexa volvió a construirse. El roce de sus pelvis era perfecto, la condujo de nuevo a la cima.

Nunca al darle placer a una mujer se había derramado antes de tiempo, temía que esta fuese su primera maldita vez. La idea le causó gracia, también él podía brindarle una primera vez, la de ser un jovencito ansioso ante su hermosa amante. Consiguió contenerse a duras penas, Alexa le acarició la mandíbula tensa, le besó los labios que mantenía cerrados, firmes, porque si dejaba escapar una sola exhalación su cuerpo se liberaría.

En el mismo instante en que Alexa llegó al orgasmo, él dejó ir su simiente. La marcó como suya de la forma más animal, más primitiva, dejando en ella las huellas de su pasión.

A medida que la última oleada de pulsaciones de liberación amainaba a través de su cuerpo, ella parpadeó. Él tenía una dominante y posesiva expresión que la hizo aquietarse con expectación.

—Nunca seré una jaula para ti, Alexa, pero mientras Viktor Schwarz viva, mientras él sea una amenaza, te quedarás conmigo, dejarás que te cuide, te proteja... que cumpla la promesa que, de niño, en las llamas, no pude cumplir.

—Lo dices como si después, cuando esto termine, fueses a renunciar a mí... —La sonrisa de Alexa confirmaba que no le creía. Xiao le devolvió una sonrisa similar, esperaba nunca separarse de ella.

Pero sus palabras buscaban saciar otra hambre, una nacida el día que sus pieles quedaron marcadas: Tenía que sostenerla, convencerse a sí mismo de que ella estaba viva e ilesa.

Convencerse a sí mismo de que era de él.

Justo como siempre lo había sido.

CAPÍTULO 12



Un carruaje esperaba por ellos en la puerta de la posada. Por la noche, cuando Alexa se quedó dormida y satisfecha, Tobías envió una nota al cuartel. Sus hombres no tenían de qué preocuparse: solo bastaba con que enviaran un carruaje cómodo y amplio para recogerlo y, al llegar, que Martha tuviera preparado un succulento desayuno sin productos de origen animal.

El resto lo podían deducir por sí mismos.

El vestido de Alexa seguía húmedo, pero a ella no le importó. Él la cubrió con una manta y le dio calor con su cuerpo durante todo el viaje. Usó sus manos, su boca, sus caricias, para asegurarse de que su mujer no sufriera hipotermia. Mejor arder en ese nuevo y seductor infierno.

Llegaron cuando el sol asomaba en el horizonte. Sus hombres estaban despiertos y en pie, cumpliendo con sus funciones, y lucían tranquilos, como siempre. Habían enfrentado peligros peores que un muchacho que resultaba ser muchacha; si su jefe decía que estaba todo en orden, así sería. Aunque eso no implicaba la ausencia de una posible batalla.

En el vocabulario de Tobías Krage, estar en orden podía significar muchas cosas: que la había matado, que había hecho estallar media ciudad, que irían al combate contra un enemigo que consideraba inferior o simplemente que se le había ocurrido un plan infalible.

Lo que esos mercenarios no esperaban era que todo estaba en orden significara que él bajaría del carruaje con una mujer en brazos, la besara en los labios ante ellos y declarara:

—Es Alexa Milbank, mi mujer, y a quien protegerán con su vida.

—¿Alexa? —murmuraron Martha y Wolf. Se miraron, eran los únicos que, en lugar de observar a su jefe como si hubiera perdido la cabeza, miraban el uno al otro—. ¿Esa Alexa?

En el mundo de Krage solo existía una mujer con ese nombre. Una niña. Una obsesión. La razón de cada búsqueda infatigable, el nombre que salía de sus labios en pesadillas, el fuego que alimentaba su determinación. Llevaba años tras sus pasos, era un fantasma, un recuerdo, tal vez un delirio. Y ahora, la mujer venía por sus propios medios a ellos.

—¿Crees que es una trampa? —preguntó Wolf. La espalda de Tobías se perdió en el interior del cuartel; no perdería tiempo dando explicaciones, no cuando el vestido de Alexa estaba húmedo y necesitaba desvestirse con urgencia para entrar en calor. ¿La urgencia era de ella o de él? No venía al caso; ya eran uno, la necesidad de bienestar de ella era un mandato para él.

Las manos de Alexa rodearon el cuello de Tobías, su cabeza reposó en el hombro masculino y no les dedicó más miradas a los demás. Jugó su papel de damisela en peligro, no porque lo necesitara, sino porque lo disfrutaba. Estar en brazos de Xiao era el cumplimiento de un sueño. Le depositó un suave

beso en la piel que asomaba entre el cuello de la camisa y su mentón.

—No —confirmó Martha al ver cómo los dedos de Alexa le acariciaban el cabello renegrido a su jefe. No pudieron ver más, Tobías aceleró el paso escalera arriba—. Es ella, sin duda. Solo una Prometheus podría venir aquí sin miedo, solo una Prometheus podría...

—Tratar al jefe como si fuera un cachorro —completó Wolf, y sonrió. Martha también lo hizo, en su caso, la sonrisa le nubló la vista y le hizo derramar lágrimas de felicidad.

—Hasta los monstruos más bestiales merecen su remanso. —Tras lo cual, hizo sonar sus palmas para poner en movimiento a los pasmados hombres—. Chop-chop —dijo—, ¿o esperan que el jefe deje a su mujer y venga a darles explicaciones a ustedes? Ja, ja. Hay trabajo por hacer.

Los soldados entendían el trabajo y el orden. Una vez que volvieron a hablar el idioma común, el cuartel comenzó a funcionar como una maquinaria bien engrasada.

Dátiles, frutos secos, pan recién horneado, mermelada, frutas, pimientos en conserva... El menú se extendía ante sus ojos y, aun así, Alexa no era capaz de apartar la mirada de Tobías. En el viaje de regreso, había colado su mano por debajo de las enaguas humedecidas con la excusa de mantenerla cálida, había alcanzado su centro íntimo y le había brindado placer...

Una y otra vez.

Sin pedir nada a cambio, sin saciarse él, quien ahora lucía su cuerpo esculpido casi desnudo, apenas cubierto por la fina tela de su ropa interior que apenas disimulaba su erección. Tan solo sus ojos mostraban indicios del fuego que ardía bajo la superficie. Estaba en absoluto control. Alexa podía jugar ese juego, claro que sí; lo que se preguntaba era ¿para qué? Ya no necesitaba probarse nada.

Él la ayudó a desnudarse, la cubrió con su bata y anudó la cinta con más fuerza de la esperada, casi como una declaración de principios.

—Las monjas de los conventos están menos cubiertas que yo —bromeó. Apenas se asomaba una porción de piel cerca del esternón.

—Mejor así.

—No es control si tienes que taparme para resistirte —lo desafió, desatando el nudo. Tobías intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—No lo hago por mí, Alexa, sino por ti. Sé que... sé que la primera vez duele, me refiero —y se encontró balbuceando como un niño. Ella se echó a reír, volvió a atar el nudo de la bata y fue hasta la mesa con los manjares dispuestos. Cogió una uva y se la llevó a la boca. Se sentó en la silla que estaba junto a la mesa auxiliar y elevó las piernas hasta apoyarlas en la otra silla. La bata se abrió y asomó su rodilla blanca por debajo de la tela. Tobías contuvo el gruñido.

—Lo concedo, duele un poco, pero nada que no pueda soportar. Sin duda he soportado cosas peores con resultados menos... mmm... ¿cómo decirlo? —Sonrió seductora—. ¿Satisfactorios?

El placer y el enojo hicieron mella en Tobías. Con dos zancadas estuvo a su lado, le cogió las piernas y las levantó. La tela se deslizó por sus muslos, pero él no aprovechó la situación, sino que se sentó en la silla libre y dejó que las pantorrillas de Alexa reposaran sobre su latiente erección.

—¡Sé que has soportado cosas peores, joder! —masculló—. Esos tiempos terminaron, a partir de ahora solo habrá placer para ti. La vida más ociosa, hedonista y lujuriosa que puedas imaginar. Fin de la discusión. —Cogió la tetera y se sirvió la infusión en una taza. Habitualmente llevaba a cabo el ritual asiático del té, desde que lo había descubierto en una de sus operaciones en el extranjero junto a Marcus, sintió que así debía beberse esa infusión. Esa mañana estaba demasiado conmovido y

alterado, así que optó por la practicidad británica en lugar de por la cultura milenaria.

—Tu propuesta es difícil de rechazar, Xiao... —Su nombre en sus labios lo hizo estremecer—, pero es imposible de cumplir. —Llevó la mano al vientre—. La naturaleza ya podría estar en curso, haciendo de las tuyas, ¿sabes?, ¿y cómo harás para que tenga un parto sin dolor? —Alexa necesitó contener la carcajada ante la palidez repentina de Krage.

—De acuerdo, no follaremos más.

Fracasó, la risa brotó de su pecho, dichosa.

—Eso no sucederá, señor Krage, ahora que soy yo quien tiene el control, no te escaparás de mí tan fácilmente. —Deslizó su pie por el muslo de Xiao hasta rozar su pene.

Él cerró los ojos, conteniendo el impulso de arrancarle la bata y hacerle el amor.

Sí, ella ganaría esa batalla. Esa y mil más era la única que había aprendido a conectar con su deseo real, no el impuesto por factores externos. No deseaba poder, porque eso era lo que esperaba el mundo. Ni riquezas. Ni influencia, ni joyas, ni aprobación... Deseaba una vida plena.

—¿Sabes? —dijo Alexa, apiadándose de la lucha interna de Tobías. Cogió una rodaja de pan y la untó con mermelada de pera—. Según Nietzsche, hay que pensar el concepto del tiempo como lo hacían los griegos; allí está su secreto...

—¡Demonios! De verdad que Amberg te ha educado, joder.

Alexa rio. Se dio cuenta de que hablaba como su mentor, no podía evitarlo. Menos cuando sabía que esas técnicas daban resultado; la había rescatado para estudiarla, para entender su mente y poder así liberar a los demonios que terminarían con Schwarz. Y ella estaba muy feliz por ser esa pieza en el plan, por ser quien rompiera las cadenas de Xiao.

—Por eso mismo, permíteme continuar. Para nuestro aclamado filósofo alemán no hay que vivir la vida como si fuéramos a morir mañana, con ese ímpetu y desesperación románticos. Sí, eso suena bien, suena a diversión, ¿cómo lo has llamado? Hmm, hedonismo. —Le sonrió—. Pero no es el modo conveniente, la forma de vivir es como si cada día se fuera a repetir eternamente: ¿serías feliz si eternamente estuvieras en lucha con tu entorno?, ¿si te levantarás cada mañana a hacer el mismo trabajo?, ¿si siempre te rodearas de las mismas personas?, ¿si leyeras siempre los mismos libros? Esa es la verdadera plenitud, esa es la verdadera filosofía. Viktor es un estúpido muy instruido, Xiao, solo eso. No es tan temible, ni listo, ni infalible como lo creíamos de niños. Es un imbécil que no ha entendido un libro y, sin embargo, tiene algo que solo poseen los tontos: certezas. Los inteligentes dudamos, dudamos del mundo, dudamos de nosotros mismos, ponemos en duda lo que sabemos y lo que desconocemos. Eso es precisamente lo que nos hace inteligentes, ¿y para qué somos inteligentes?

—Para dominar el mundo —bromeó Tobías. Alexa no le daría esa respuesta, ella veía más allá. Era la verdadera Prometheus, la única que había robado el fuego de los dioses.

—Para ser felices, Xiao. Vinimos al mundo para ser felices, solo que confundimos la felicidad con la satisfacción, el placer, el goce... ¿Sabes qué haría eternamente sin cansarme?, ¿qué repetiría una y otra vez siempre con la misma dicha? —Sus ojos buscaron el contacto directo con los de él—. Este día. Este día sería eterno. Cada día a tu lado se repetiría sin jamás agotar su fuente de felicidad.

Xiao lo comprendió; el entendimiento pareció colarse por su organismo y tener un efecto físico en él. Cada exhalación le limpiaba la sangre de ira y la reemplazaba por la serenidad que solo Alexa Milbank podía brindarle.

—Sabes que no necesito un maldito papel para hacerte mi mujer, no me someto a las leyes de los hombres, pero sí me someto a ti. ¿Alexa, quieres ser mi compañera eterna?

—Sí, Xiao. Lo fui, lo soy y lo seré. —Se puso de pie, se sentó a horcajadas sobre él, le llevó el pan untado con mermelada a la boca y le instó a comer. Lamió el dulce de sus labios con un beso casto—. Incluso los días con dolor los repetiría por esta eternidad: el incendio, la marca en mi piel, el delicioso escozor entre mis piernas. ¿Acaso no eres feliz ahora, aunque tu pasión no esté satisfecha? Te contaré algo, Xiao —dijo, y llevó su boca al oído de él, susurrando—. Sé que a los hombres también les duele cuando se contienen, he estudiado anatomía, ¿recuerdas?

—Joder... —suspiró. Alexa llevó la mano a la erección de él y comenzó a acariciarla.

—Déjame darte placer, hagamos de este un día que merezca la pena repetir.

Y con osada inexperiencia, empleó sus manos hasta conducir a su adorado Xiao a la cima del placer.

Les llevó una semana saciarse lo suficiente como para regresar al mundo real. A partir de entonces, se valían de dosis medicinales de pasión, como si fuese la prescripción de un médico que les asegurase que solo así podían continuar vivos. Si se saltaban una dosis, perecerían. ¿Seis horas?, ¿ocho como mucho? Y la necesidad los conducía a la alcoba, a las sábanas, a los incansables besos.

Entretanto, las actividades del cuartel los mantenían ocupados. Alexa seguía trabajando en la cocina, porque le gustaba y porque detestaba la ociosidad; claro que ahora, conocida su identidad, también entrenaba. Sus entrenamientos eran uno a uno con Tobías o, en su defecto, se enfrentaba a Wolf o Roy para mejorar su técnica. Los demás lo tenían prohibido, no porque pudieran vencerla, sino porque Krage detestaba que cualquiera que no fuera él tocara su cuerpo y era capaz de cortarle la mano a uno de sus hombres si, por casualidad, conseguía golpear a Alexa.

Dios tuviera al pobre desgraciado en su santa gloria.

A pesar de la nueva dinámica de la reciente pareja, ese día tenían otros planes. Unos más banales: ir de compras.

Alexa era su mujer, la mujer de un Prometheus, no podía seguir vistiendo como una sirvienta. Y tenía otra sorpresa para ella.

—Iremos a Londres.

—¡Detesto Londres! —se quejó ella. Aun así, se montó en el tren con destino a la capital.

El vagón se alzaba sobre los raíles como un vestigio de la opulencia propia de Prometheus, donde el arte se entrelazaba con la ingeniería. Era un vagón privado, largo y majestuoso, rematado en cada extremo con elegantes curvas de madera de caoba que parecían haber sido talladas por un ebanista con alma de poeta. Su exterior, pintado en un profundo verde esmeralda, relucía bajo el sol como si sus paneles hubieran sido encerados a diario desde su creación. Delicadas líneas doradas recorrían el borde de las ventanas y las molduras, formando arabescos que evocaban los jardines más refinados de Inglaterra.

Los ventanales, altos y arqueados, estaban adornados con cortinas de terciopelo burdeos que colgaban como cascadas, sujetas con borlas doradas que recordaban a los palacios victorianos. Justo en el centro, una placa de bronce con el nombre grabado, «Tobías Krage», brillaba con un aire de misterio por la letra, que mantenía sus formas algo chinas.

Al entrar, se desplegaba un mundo de lujo que parecía desafiar al paso del tiempo. Los suelos de madera pulida crujían suavemente bajo los pies, cubiertos en parte por alfombras persas cuyos intrincados patrones parecían contar historias de lejanos desiertos y caravanas. Las paredes estaban revestidas con paneles de nogal y marquetería, decoradas con medallones y filigranas que parecían atrapar la luz de las lámparas de gas, ahora convertidas en arañas eléctricas que colgaban del techo.

Cada lámpara estaba rodeada por tulipas de cristal tallado que proyectaban destellos como estrellas en el techo cubierto de frescos pintados a mano.

A un lado, un sofá tapizado con brocado dorado invitaba al viajero a descansar junto a una mesa de caoba con incrustaciones de nácar, sobre la cual descansaba un juego de té de porcelana fina. Un pequeño escritorio de ébano, con un tintero de cristal y plumas de plata, aguardaba a algún escritor o empresario de antaño. En el rincón opuesto, una chimenea de mármol blanco, increíblemente pequeña pero funcional, prometía calor en las noches frías. Encima de ella, un espejo ovalado enmarcado en oro reflejaba la luz con un cálido resplandor.

Los compartimentos privados se escondían tras puertas corredizas con vitrales de colores. En uno de ellos, una cama de cuatro columnas con dosel y cortinas de encaje prometía un descanso digno de reyes. Los lavabos, en cuartos apartados, estaban revestidos de azulejos esmaltados y contaban con grifos de bronce que parecían susurrar historias de lujo y viajes exóticos.

Ese vagón no era solo un medio de transporte, sino un palacio rodante, un testimonio de esplendor y una muestra de poderío.

—¿Por qué detestas Londres? —preguntó Xiao, mientras se ponía cómodo.

—Porque, cuando vivíamos allí, Serge me obligaba a permanecer en las sombras. Temía que alguien, cof, cof —fingió toser de manera muy infantil—, descubriera mi existencia y pasaran dos cosas: adivinaran mi identidad o me usaran en su contra. Así que vivía encerrada, estudiando entre cuatro paredes.

—Te trató bien, Amberg, ¿verdad? —preguntó en tono resignado. Se alegraba de ello, pero no podía perdonarle al médico que le hubiera robado años de vida a Alexa. Los días no habían sido merecedores de repetición eterna hasta que ella regresó a su lado.

—Sí, Xiao, me trató bien.

—¿Cómo fue tu vida? —indagó, pues le traía paz saber que había estado a salvo.

—Estudí mucho; Serge quería que me formara académicamente como solo se forman los hombres ricos. —Se sentó a su lado y el tren se puso en marcha—. Dice que la ignorancia es la manera en la que esos que se creen sabios dominan a los demás. Si realmente fueran sabios, no le temerían al saber ajeno. Así que pasaba mis días leyendo, aprendiendo, nutriendo mi mente. También entrenábamos, pero de una forma menos exigente que la de ustedes... los casos de éxito.

—He notado que conservas tus habilidades y que Amberg también sabe defenderse. Al menos soportó bastante bien mis golpes.

Alexa lo besó en los labios para borrar la expresión severa de su rostro.

—Es un médico, no un soldado ni un Prometheus; ha aprendido a defenderse porque entiende que puede necesitarlo si...

—Si...

—Si su plan sale mal. Si debe conformarse con dispararle en la frente a Schwarz y huir de sus retoños.

Tobías llevaba varios días preguntándose por qué Serge no había matado al bastardo cuando lo tuvo cerca, sin duda, no le faltaron ocasiones. A diferencia de ellos, no tenía un condicionante y Viktor supo confiar en él. Ya no, por supuesto, había perdido esa ventaja al ayudarlos. Ahora entendía que las motivaciones del psicólogo eran más profundas: no solo quería matarlo, sino destruirlo, aniquilarlo y borrarlo de la faz de la tierra.

Eso, junto a lo que había hecho por Alexa, era el motivo por el que estaba dispuesto a perdonarle

la vida. Aunque aún no se decidía del todo.

—¿Tenías amigos o te mantenía siempre encerrada?

—Tenía amigas, o lo más parecido a ello que fui capaz de tener, dados los secretos que nos rodeaban. Cuando estábamos en el campo, nos presentábamos como hermanos...—. Se puso de pie, hizo una reverencia y dijo—: Los hermanos Amberg, a su servicio. —Tobías rodó los ojos y ella volvió a su lado—. Entonces era aceptada en la sociedad rural y podía tener amigas. Sammie, la hija del vicario, fue con quien entablé mi mejor vínculo. Ese a que ella intentaba hacerme leer la Biblia y yo, a Sigmund Freud, nos entendíamos muy bien. Eran muy divertidas nuestras conversaciones.

—¿La hija de un vicario? ¿Vivían... humildemente? —preguntó tras hacer un rápido análisis mental. Vida de campo, amistades con economías moderadas.

—Diría que austeramente —lo corrigió—. Al fin y al cabo, Serge es médico, Tobías. Si gastábamos mucho dinero, hubiéramos llamado la atención.

—Corregiré eso en Londres, de ahora en adelante las calles serán tuyas y tendrás todo lo que desees...

—Tú eres todo lo que deseo. —Lo besó, acallando esas promesas mundanas que poco le interesaban—. Sé que debes demostrar poder, y el dinero es poder, pero no tienes que hacerlo conmigo. Yo vestiré de sedas cuando sea un instrumento para ti; en privado, en cambio, seguiré usando algodón...

—O mejor, nada. Tu piel es el único vestido que te queda perfecto. —Profundizó el beso. Se separaron agitados, ya que el viaje era largo y podían disfrutar de la intimidad del vagón, pero no había motivo para apresurarse. Aún tenían mucho de qué hablar—. Acepto el hecho de que Serge puede haber sido mejor de lo que pensaba...

Alexa carcajeó.

—Oh, no, no te equivoques, Xiao. No fue malo conmigo, que es distinto, pero jamás lo subestimes —dijo, y la sonrisa se tornó seriedad mientras le cogía el rostro con ambas manos—. No lo subestimes, te matará si lo necesita para su plan y no dudará.

—¿Pretende hacerlo?

—¿Pretendes ayudar a Schwarz?

—¡No!

—Entonces, de momento no te interpongas en su camino, eres una pieza de su juego.

—¿Y tú? —¿También es capaz de matarte por su plan?

—Es difícil de asegurar, pero creo que sí, que si lo traicionara, me mataría. La única diferencia es que tal vez, y solo tal vez, conmigo sí que titubee.

Xiao cerró las manos formando dos puños en torno a la cadera de Alexa, por lo que tendría que pasar por su cadáver antes de llegar a ella.

—En el barco, en la forma en la que te infiltraste... ¿Puso en riesgo tu vida?

Alexa lo abrazó, calmando a la fiera que habitaba en Tobías Krage.

—No, el capitán del barco era fácil de extorsionar. Siempre estuve segura, corría más riesgo contigo, eras más peligroso si decidías que no valía la pena el misterio, si optabas por matarme en lugar de ayudarme... —Suspiró—. Podía salir muy mal, pero escúchame bien, Xiao, yo estaba dispuesta a correr el riesgo por ti. De hecho, Serge quiso hacerme cambiar de opinión...

Xiao contuvo el temblor ante la perspectiva de lo que Alexa le decía: ¿y si la hubiese matado? ¿Qué habría pasado? Sabía la respuesta: al buscar su identidad, habría visto la marca y entonces...

Entonces se habría convertido en un caso fallido, la locura se habría apoderado de él y estaría muerto como ella.

—¡Se arriesgó muchísimo, joder! —gritó al contemplar la posibilidad de ese desenlace—. ¡Voy a matarlo, Alexa! Te ha ayudado, sí, pero lo mataré con mis propias manos...

—No ha sucedido, Xiao, ¿y sabes por qué? —Se montó sobre él, usó su cuerpo como escudo entre la furia del Prometheus y el mundo—. Porque nuestras marcas son solo una extensión física de algo más profundo, nunca me podrías haber matado. En cuanto me viste, supiste quién era yo. Batallaba tu razón, tu corazón siempre lo supo. Serge no cree en estas cosas, él sí temía que sucediera el peor desenlace, pero yo siempre... siempre... confíe en ti.

Él le correspondió el beso.

—Y continúa haciéndolo, Alexa —exhaló. La observó con fascinación y admiración durante unos segundos, luego apartó el mechón de pelo que caía rebelde sobre su frente—. Confía siempre en mí... —Acarició su mejilla con la yema de su pulgar—, confía en mí hasta el último día de nuestra vida juntos.

Él se ocuparía de lo demás. Haría todo lo que fuese necesario para ganar esa confianza. Para ser merecedor de su amor.

La primera parada en Londres fue en *Waldorf's and Son's*, el excéntrico Sheng Wei Lian con sus aves aguardaba a por ellos. Conversaron en chino, ante los ojos sorprendidos de Alexa. Ella dominaba el inglés, el francés y el alemán entre las lenguas modernas, el griego antiguo y el latín entre las muertas, pero el chino le era completamente ajeno.

—Tendrás que enseñarme —le pidió a Xiao.

—Será un placer, pero ahora... —Con esa orden muda, cambiaron al inglés.

El sótano de *Waldorf's and Son's* reservaba las mejores piezas de joyería en manos del mejor orfebre. Lo primero que expuso el hombrecito de escasa estatura e indumentaria oriental fue un terciopelo lleno de alianzas.

—Has dicho que no necesitabas la ley de los hombres —dijo Alexa.

—Pero sí necesito que cada bastardo que pose sus ojos en ti sepa que tienes dueño. Que yo soy tu dueño.

No iba a batallar con ese instinto posesivo en él, era una guerra perdida, además, lo reconocía, le gustaba la idea. Alexa ya era dueña de sí misma, la mayor de las conquistas, a quien quisiera entregarle esos dominios era decisión libre y su voluntad siempre se volcaba hacia él.

Elegió una obsidiana, porque le recordaba a los ojos negros y brillantes de Xiao, incrustada en un anillo de oro pesado, algo grande para su mano. Él se lo colocó como una confirmación de su juramento, entre ellos no podría interponerse ni siquiera la muerte.

—Prepara lo demás, Wei Lian —ordenó—, lo recogerá Wolf en unas horas.

—¿Lo demás? —preguntó Alexa, y se volvió al hombre. Este hizo una reverencia, fue hacia su caja fuerte y, al abrirla, expuso el botín: gargantillas, brazaletes, pendientes, diademas... las coloridas piedras refulgían, el brillo de los metales preciosos la enceguecían, y recién al verlo empacar comprendió: ese tesoro era suyo.

—Y ahora...

—Xiao, aguarda, esto es una locura. —Salieron de *Waldorf's and Son's*, pese a que el cielo de Londres era gris, como siempre, la claridad le hizo entornar los ojos. El sótano era un lugar demasiado oscuro en comparación.

—Has dicho que vestirías de seda cuando yo necesitara probar mi poder, necesitamos estar preparados para ese día. —Sonrió con un deje de picardía, se estaba valiendo de un vacío legal en su pacto y lo sabía. Ella también, por eso soltó un:

—Xiao000 —dijo entregada a la resignación. Al ver que no lo podía hacer cambiar de parecer, agregó—: En tal caso, tú también necesitas sedas y joyas, ¿verdad?

Eso lo hizo fruncir el ceño, él no necesitaba de mucho más para ostentar poder, con sus botas militares y su extraña apariencia era suficiente.

—No.

—Entonces, no me moveré. —Clavó sus talones en el empedrado, Tobías la cogió en brazos y la subió a su hombro como un saco de patatas. Todos los ojos se fijaron en ellos, pero no les importó—. Te haré la vida imposible, Krage. Sabes que mi voluntad es inquebrantable, no luciré ni una de esas joyas ni nada de lo que compres salvo que...

—Salvo que...

—Que tú también te obsequies en la misma medida —Él la depositó en el suelo, junto al carruaje—. No tienes por qué dejar de ser tú, puedes ser excéntrico y lujoso. Es más, tienes tanto dinero que tú puedes pactar la moda. Pero si no inviertes el mismo presupuesto en ti, que en mí, no lo haré. —Cruzó los brazos a la altura de su pecho, como una niña terca.

—Bieeeeeen —cedió él—, entonces, cambiaremos de destino. Supongo que madame Lecroix no nos bastará, tengo a la modista indicada en mente.

Y con esas palabras, fueron juntos a gastar un dineral en atuendos que quizá, jamás usarían.

CAPÍTULO 13



El hecho de que Percy, el caballo de Marcus, no se hallara descansando en las caballerizas de Franz, sino que estuviera el carruaje familiar, ponía en alerta a Krage. La ausencia del animal no indicaba la ausencia del lord, muy al contrario, evidenciaba el cambio en la naturaleza del encuentro. Lo comprobó nada más dar la bienvenida la señora Curly, dos damas esperaban a sus espaldas para hacer lo propio. Sonrientes, como si recibieran al miembro más ansiado y querido de la familia.

—¡Señor Krage, como siempre, es un placer tenerlo en nuestro hogar! —dijo lady Georgiana, la esposa de Franz, enlazando su brazo izquierdo al derecho de Tobías. Como los asuntos eran de índole «Prometheus», la mujer le hizo un gesto a la niñera para que se llevara a la pequeña Cooper lejos del epicentro.

—Lo mismo digo... —balbuceó Krage, con una sensación de incomodidad nunca antes vivida. —El balbuceo se hizo más notorio cuando lady Irina, la esposa de Marcus, enlazó su brazo derecho al izquierdo de Tobías.

—Me alegro de volver a verlo, señor Krage. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez? —Irina lo interrogó con amabilidad. Mientras Krage se hacía la misma pregunta—. ¿Y su chaqueta de piel de oso? —pestañeó de decepción.

—Solo la utiliza en ocasiones especiales —expuso lady Georgiana como si fuese una gran experta en la materia «Krage». Retomaron la caminata y, para tranquilidad de Tobías, se adentraron en el corredor que comunicaba con el despacho de Franz.

—Ocasiones muy especiales —repitió él, aclarando la garganta—, no es algo de lo que uno se jacte, sino un recordatorio para los demás. —Quien atacara a los débiles perecería. Ese era el precio que pagaban para sentirse más fuertes contra los que no estaban en igualdad de condiciones. Podría decirse que su chaqueta de piel de oso estaba a la altura de la túnica que utilizaban en la corte; en el caso de Krage, él era juez y verdugo.

—Eso quiere decir que, el día que lo vea con esa chaqueta, es preferible que me mantenga al margen. —Lady Irina hizo su análisis personal y lo expuso sin tapujos.

—Exacto —completó lady Georgina. La conversación transcurría entre ellas, Krage se había convertido en un objeto decorativo, un anexo—. Lo mismo sucede cuando Franz se marcha de casa llevándose consigo su puño de acero... Ni siquiera tiene que informarme; las palabras clave son: «asuntos que resolver» Cuando eso sucede, para su tranquilidad, no asomo la nariz por fuera del territorio Cooper —murmuró, y le hizo un guiño de ojo a lady Irina. Así solía referirse Franz a la casa y los alrededores. Tobías rodó los ojos en el preciso momento en que arribaron, por fin, al despacho.

Marcus abrió la puerta en cuanto estuvieron en el umbral. Ya había oído el parloteo de las mujeres desde la distancia. Tuvo la amable deferencia de rescatarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—Gracias, cariño —le dijo a su esposa y la besó en la mejilla—, ha llegado a destino sano y salvo. —Lo cogió de la solapa de la chaqueta y lo arrastró consigo. En segundos, estaba verdaderamente a salvo dentro del despacho—. Pueden continuar con lo suyo, miladies —dijo, hizo una reverencia y, con delicadeza para no ofenderlas con su desplante, cerró la puerta.

Las damas exhalaban, se miraron. En esa circunstancia, las palabras clave también eran «asuntos que resolver». Pero sin resguardo, lo que les permitía a ellas poner al día sus «asuntos pendientes».

—La modista nos espera —le recordó Georgiana.

—Oh, sí... ¡cómo olvidarlo! ¿Has visto las nuevas telas que ha traído?

—No, preferí esperar para compartir la sorpresa juntas.

Debían prepararse para el evento del año, así se lo había informado Marcus a Irina. Necesitaban vestidos adecuados para la ocasión. Vestidos muy acordes a la ocasión... No eran simples esposas, eran esposas Prometheus.

En cuanto estuvo a resguardo en el despacho de Franz, los escudriñadores ojos de los otros dos Prometheus recorrieron rápidamente su imagen. Botas y pantalones de milicia, sí, lo esperado. Lo habitual. Camisa de lino blanca, un color no tan habitual; este solía elegir tonos oscuros, teniendo en cuenta las actividades habituales de su vida. Puerto, almacenes portuarios, pesquisas en los bajos fondos y control de daños. Él y sus hombres eran los encargados de la limpieza general, es decir, de la eliminación de pruebas y cadáveres, y de procurar un bienestar inmediato a las víctimas no deseadas. Los operativos, en muy contadas ocasiones, fallaban. Krage era la mano secreta que devolvía todo a su lugar. Pero no solía hacerlo vistiendo una camisa de lino blanco. Y chaqueta larga negra hasta las rodillas, con doble ojal y botón, y cuello alto. ¡Joder! Y menos aún con guantes de cuero a tono con la chaqueta.

—Pensé que yo era el único de los tres al que le molestaba ensuciarse las manos —dijo Franz al percatarse del nuevo detalle en el vestuario de Krage. Cooper detestaba mancharse con sangre. Siempre llevaba guantes consigo. Krage no le importaba ensuciarse, de hecho, sentía placer al hacerlo.

La reacción de Tobías fue inmediata: se quitó los guantes. Los guardó en los bolsillos de su pantalón. Carcajeó y resopló enfurecido consigo mismo: ¡Cómo si fuese un pecado comportarse como un caballero!

Marcus Cavendish se echó a reír a carcajadas. Se acercó al escritorio de Franz, apoyó su trasero en la madera y extendió la mano en su dirección.

—Págame, Cooper... —demandó entre risas.

A regañadientes y maldiciendo por lo bajo, Franz abrió el cajón de su escritorio en busca del pago de la apuesta.

—¡Qué demonios! —exclamó Tobías enfurecido. Interceptó el pago, se apoderó de la bolsa de terciopelo roja. Nada más ejercer presión sobre la tela, reconoció lo que había en su interior: piedras preciosas.

—¿Hay problemas con las arcas del condado, Little Lord? Si necesitas dinero, puedes pedírmelo.

—Mi economía familiar va de maravilla, gracias por preguntar —intentó quitarle la bolsa de la

mano—. Son mías, me las he ganado—. Falló. Tobías lanzó al aire la bolsa y Cooper la cogió antes que Marcus. Lo hizo por diversión, y luego la regresó a su cajón.

—Eran tuyas... —proclamó Krage a centímetros del rostro de Cavendish.

—Volvieron a su dueño original, gracias a Krage.

—Puedes meterte tus rubíes por el trasero, Cooper... —sonrió satisfecho Marcus. Palmeó el rostro de Krage y afirmó—: Pues eso no quita el hecho de que esté en lo cierto. Te la estás follando. —Miró de soslayo a Franz, que no tuvo más alternativa que sumarse a la confirmación con un movimiento de cabeza.

—¿Y qué si me la estoy follando?

—Expresarse de una manera tan mediocre y vulgar cuando se trataba de Alexa lo enfurecía tanto o más que pensar en Viktor y su séquito de esbirros. El cuerpo de Alexa era su nuevo templo sagrado, su remanso de paz. El hogar al que siempre quiso regresar.

—Tu vida es tuya, Krage, siempre y cuando tus decisiones no se conviertan en un obstáculo para nuestro propósito —le recordó Franz, dejando a un lado el tono de broma.

—¿Obstáculo?, ¿yo?, ¿la persona que se ha encargado de la locura que ocasionaron sus decisiones apresuradas? —Por supuesto que me refería a las decisiones personales de estos. Se refería a la captura del hermano de lady Georgiana, la reclusión forzada que tuvo que llevar a cabo contra el padre de Marcus y la protección brindada a lady Irina y su hijo. Todo eso, fuera del plan original.

—Por eso mismo te lo decimos, Krage —Tanto Marcus como Cooper conocían el efecto adverso de sentirse derrotado por las emociones. Como si sucumbir a ellas fuese el camino directo a ser un caso fallido—. Nuestra mente fue adoctrinada con la idea de que las emociones son una carga que tenemos que eliminar. Cuando, en realidad, son estas las que nos permiten sobrevivir en nuestros peores momentos...

—Ahórrate el trabajo, Little Lord, no tolero toda esa perorata psicológica por parte del doctor Amberg —gruñó al nombrarlo. No, definitivamente estaba muy lejos de hacer las paces con ese desgraciado—, y desde luego no lo haré contigo. Haz un resumen de lo que quieres decirme.

—De acuerdo —resopló Franz. Era un sinsentido andarse con rodeos con Krage —te haremos el maldito resumen, ¿tienes o no tienes una espía bajo tu techo, una espía en tu cama?

—¿Me creen un idiota? —carcajeó con fastidio. Todavía no descifraba el motivo por el que mantenía en secreto la identidad de Alexa. Quizás porque temía que la interrogaran. Pero aún peor, que la consideraran una verdadera espía. Siendo realistas, si la jugada la hubiera hecho Viktor, la del doctor podría considerarse un jaque mate. La única forma de derrotar al rey Krage era utilizar a la dama adecuada: Alexa Milbank.

—¿Sí o no? —preguntó Marcus.

—No... —Los miró de uno a uno—, no es una espía. Y, por si lo pensaron, tampoco soy un idiota. Se acercó al sofá y se dejó caer en él como siempre solía hacer. Se recostó a lo largo, con las piernas en el apoyabrazos. Exhaló.

—¿Qué te da esa certeza, Krage? —Marcus continuó indagando.

—Las circunstancias.

—Justamente por ciertas «circunstancias» —Franz resaltó esa palabra y continuó—, es que cuestionamos tu resolución. Fuiste tú quien nos alertó sobre ella y lo sucedido con el capitán del barco, ¿recuerdas? —Se había quitado la vida antes de que pudiéramos obtener información.

—Lo sé, y yo fui el primero en levantar la bandera de la sospecha, ya saben que...

—Que desconfías hasta de tu sombra —Marcus apartó los pies del apoyabrazos, lo hizo sentarse de la forma correcta y ocupó el lugar vacío a su lado.

—Es verdad, y desconfío hasta que se demuestre lo contrario. Tengo que recordarles lo que les sucedió a quienes me traicionaron.

Los miró a ambos, se tomó su tiempo con cada uno. En Krage no hacía falta fruncir el ceño ni levantar las cejas para mostrar seriedad y certeza. Su rostro inmutable era la máxima expresión de absoluta certeza. Hornos de fundición. El Támesis. El Atlántico. Allí iban a parar todos los cuerpos. Aunque siempre optaba por lo primero, no le agradaba contaminar las aguas con la podredumbre de los malnacidos que perecían en sus manos. En cuanto a la muerte del capitán, el idiota se desvivió por pura cobardía... ¡Perdió todo un cargamento de opio! No le alcanzaban los huesos de su cuerpo para pagar esa deuda.

—Más que cobardía, fue sabiduría —se burló Marcus—. Hizo bien, yo le rompería cada uno de sus huesos.

—A las pruebas me remito —concluyó Krage tras lo dicho por Marcus, la muerte tenía justificación—, asunto finalizado. Lo de ella fue solo suerte y casualidad.

Franz sí hacía uso y abuso de sus expresiones faciales, se le daba bien. Elevó la ceja derecha. Intuía que existía una parte de la historia que les estaba siendo vedada.

—Ambas palabras le quedan pequeñas, el todopoderoso juega a su favor. De un barco de contrabando a ser rescatada por Krage. ¿Quién habría imaginado semejante buena fortuna?

—No es la primera mujer a la que rescato de las calles. —Quería dar por terminada la charla, dejar de darle importancia al asunto en cuestión: Alexa.

—No, pero es la primera mujer que, en vez de convertirse en tu empleada, se convierte en tu compañera de cama —concluyó Marcus. Le sonrió como quien pesca a alguien en su mentira. El desgraciado tenía más información de la que confesaba.

—¿Tienes pruebas de ello? —lo provocó imitándolo en su sonrisa.

—No tengo pruebas, pero tampoco dudas—. Se incorporó y se acomodó la chaqueta—. Tú tienes tu ejército, Krage, yo tengo el mío —le recordó—. Mis soldados pueden jugar a dos puntas, pero siempre, como buenas palomas mensajeras, me traen el mensaje primero a mí.

—Vaya, veo que tus palomas están muy bien alimentadas. —Tobías rechinó los dientes debido a la presión que hizo con la mandíbula. ¡Joder, no se podía dar un paso en esa ciudad sin que Marcus se enterara!

—Más de lo que te imaginas, Krage —le susurró al oído—. Por eso solo quería oírlo de tu boca, mejor dicho, comprobarlo.

—¿Comprobar qué?

—Que sigues siendo Krage.

Tobías se incorporó. Se igualaron en altura. De hecho, él era más alto que Marcus.

—No te preocupes, te avisaré cuando deje de serlo.

—Y justamente eso era lo que quería oír también.

Hizo palmas al aire. Giró sobre sus talones, miró a Franz, y dijo:

—Lo que nos lleva a dar por finalizado este asunto y continuar con el siguiente...

—Pues habla de una vez, Little Lord, todo el elenco de tu jodida obra teatral está aquí —protestó Franz. Sacudió la cabeza ¡Mierda! Tenía jaqueca. Cavendish y sus ideas de mierda.

—No, Cooper... Habla con propiedad, el maldito Coliseo Romano en acción.

No era suficiente con reír a carcajadas. ¿Acaso había oído bien? Por la expresión en el rostro de Cooper, sí, había oído a la perfección. Y la reacción de Tobías en ese instante fue la misma que Franz había puesto horas atrás. Por lo visto, era la segunda vez que oía un disparate semejante.

—Por cosas como estas es que no he permitido que Amberg hurgue en mi cabeza... ¡He aquí los resultados! —exclamó con ruidosas carcajadas—. Gracias, si vivir sin el condicionante mental implica tener demencia prematura, como ustedes, me quedo con el mío.

—Le he dicho lo mismo, pero con otras palabras —respondió Franz. Le parecía una locura el plan de Marcus, sí, pero también consideraba una locura vivir con ese maldito condicionante. La libertad de su mente no tenía precio. Si le daban a elegir, volvería a ser el conejillo de experimentación de Amberg una y otra vez.

—¿Desde cuándo eres tan aguafiestas, Krage? —Marcus estaba totalmente extasiado, la idea propuesta por lord Bankrish lo había tomado por sorpresa. Al principio le pareció un absurdo innecesario, pero luego, tras imaginar todos los posibles escenarios, concluyó que la idea era... jodidamente buena. Pensé que ibas a estar de acuerdo con él desde el principio. —La decepción en su voz era evidente. Casi comparable a la de un niño al que han reprendido antes de hacer una travesura —. Puedes hacer un reguero de sangre, como te gusta.

—Es verdad, me gusta, es mi actividad favorita... siempre y cuando no tenga que convertirme en un maldito bufón.

La muerte de los anteriores inversores había sido una noticia que llegó a los oídos de la población con versiones que nada tenían que ver con la realidad. Los periódicos locales contribuyeron a ocultar las verdaderas causas de las muertes. Un ajuste de cuentas vinculado a apuestas, muerte súbita, un accidente... Cada una de las muertes traía consigo un relato de mentiras cuyo único propósito era erradicar el temor. Se necesitaban nuevos inversores, pero si estos se acojonaban por los rumores y temían por sus vidas, no pondrían ni un solo centavo en el proyecto Prometheus. Había que ser muy idiota para financiar tu propia muerte, ¿no? Invertir en la creación de superhombres que luego irían a por ti. Por tu cabeza. Y la quebrarían como si fuese una maldita rama seca. Lord Bankrish era una mente muy despierta y, cuando le llamaron a su puerta con ese plan de inversión, se dedicó a investigar cada detalle del proyecto. Quiso saber todo y, de hecho, se vio obligado a realizar un pago inicial para obtener información sobre los planes futuros. Apertura de nuevos hospicios, nuevos reclutamientos y, por supuesto, el control de daños. Bankrish era de cuna noble y, como tal, repetía, creía y aceptaba como lema de vida que formaba parte de un linaje elegido por los dioses. Pero no era ni sería jamás un dios. Ni se atrevía a pensar siquiera que él o alguien más fuera capaz de crear dioses. En todo caso, demonios. Sí, Dios tenía la capacidad de crear hombres y eran los hombres los que se ocupaban de lo demás, creando monstruos y demonios por pura diversión. Por una diversión tan retorcida.

—Krage, mírate al jodido espejo —Marcus dejó la exaltación a un lado, convencerlo era fundamental—, ya sea vistiendo una chaqueta hecha a medida o de piel de oso, nadie en su sano juicio te vería jamás como un bufón. Quizás me dejé llevar por la emoción e interpretaste mal mis palabras — la seriedad tomó el control absoluto de su voz—. El plan no es darles un espectáculo, iremos a darles una lección. ¿Lo entiendes ahora? Necesitan una lección de verdad.

—Marcus tiene razón, Krage... —intervino Franz. También la había desechado en un primer momento—. No, déjame corregirme, lord Bankrish lo tiene; hasta que no vean con sus propios ojos lo

que los Prometheus pueden hacer, seguirán creyendo que pueden ser dioses. Tienen que comprender que si juegan con fuego, se van a quemar.

—Tienen que sentir el calor del fuego del infierno en sus cuerpos, Tobías... —Marcus se acercó a él, le habló a centímetros del rostro—, y solo nosotros somos capaces de recrear las malditas llamas del infierno en esta tierra condenada.

El plan de Bankrish era sencillo para él. Arriesgado para ellos, pues no estaban exentos de traición. Si lo que el lord les proponía resultaba ser una jugarreta orquestada por Scharwz, estarían a un paso de su condena. Solo un paso. Podrían salir ilesos o no. Si el lord estaba dispuesto a llevar a cabo ese espectáculo con el único propósito de impedir que el proyecto creciera y se perpetuara, también estarían a un paso de destruir a Viktor. Desbaratar el proyecto desde su raíz más fuerte: la económica.

—¿Qué te hace confiar en el lord Bankrish? —le preguntó Tobías. Quizá sea otra maldita trampa.

—El miedo en sus ojos, eso me hizo confiar en él. Tú, yo, Franz... si en algo somos expertos, además de lo obvio —no era necesario aclararlo: matar sin sentir culpa ni remordimiento—, es reconocer el miedo en los ojos de nuestras presas momentos antes de morir. Súplica y miedo... Eso vi en los de lord Bankrish. Miedo a aquello que se escapa de su control, a tener más hombres como nosotros. Si no queremos más inversionistas, tenemos que demostrarles que, si lo hacen, financian su propia muerte.

—Krage... —Franz abandonó la comodidad de su asiento. En situaciones como esa, la cercanía estimulaba su parte primitiva de unirse para mantenerse a salvo. Unirse para lograr la mayor conquista de sus vidas. Solos eran fuertes, eso era una verdad incuestionable. Pero juntos eran indestructibles—. En más de una ocasión nos hemos quejado de tus métodos, ¿verdad?

—Siempre los han juzgado —protestó. No podía ocultar su ira y su afán de barbarie cuando brotaba de él, por supuesto, con toda la razón. Aunque no abusaba de ella. Si hacía correr sangre por las calles era porque esa sangre debía ser derramada.

—Pero jamás hemos juzgado ni criticado tus resultados —concluyó Franz con la idea que pretendía exponer. Tobías hizo una mueca con los labios: ¡sus resultados siempre eran los esperados! Franz apoyó su mano en el hombro de Tobías—. Bueno, lo mismo se puede aplicar a lord Bankrish y su plan. Tal vez no sea el mejor método, pero me arriesgo a decir que los resultados serán muy satisfactorios.

—No lo sé —dudó Krage. No ponía en duda la certeza de Marcus. Tampoco ponía en duda el análisis de Franz. Lo único que le incomodaba era tener que asistir a una fiesta de la nobleza. Se cruzó de brazos—. Con resultados muy satisfactorios no me basta.

Regresó al sofá y, con los brazos aún cruzados, dejó que su trasero impactara en el mullido almohadón.

—Y si te digo... —Marcus chasqueó la lengua. Volvió a tomar asiento a su lado—: Resultados satisfactorios y sangrientos, ¿te es suficiente?

Tobías se masajeó la barbilla, mientras sus ojos danzaban dentro de sus cuencas. Elaboraba un escenario mental.

—Un evento formal, con la flor y nata de la nobleza londinense... Mmm, no lo sé, si se apodera de mí la emoción correcta puede que no deje ni a uno con vida. —En el furor de la batalla, Krage se convertía en una fiera sanguinaria. Su realidad se teñía de un solo color: rojo.

—Lo sé, por eso mismo Bankrish impuso ciertas reglas de combate —informó Marcus.

—Oh, acabo de enterarme de esa parte del trato —masculló Franz entre dientes. Imitó a Krage y se cruzó de brazos. Quedó de pie ante ellos—. Dinos, por favor, ¿en qué consisten esas normas?

—En primer lugar, como exige la etiqueta de la noche, no podemos acudir armados... Ningún lord iría armado a un evento social.

—El único lord aquí eres tú —le recordó Franz. Si tenía «asuntos que resolver», siempre llevaba consigo sus puños de acero.

—La norma social también se aplica a los caballeros, Cooper.

—El único caballero aquí es Cooper —alegó Tobías, molesto porque no lo dejaran asistir a la fiesta sin su ballesta. Le restaba entretenimiento al asunto.

—Tu chaqueta dice lo contrario —balbuceó Marcus—, no le des más vueltas. ¿Contamos contigo?

—Espera, no me presiones, dudo mucho que esa sea la única regla...

—Hay otras, sí —respondió Marcus sacudiendo la mano al aire para restarle importancia—, pero no merece la pena mencionarlas.

El ceño de Franz se frunció. Krage, a diferencia de este, se echó a reír.

—Por lo visto va a haber sorpresas que ni siquiera tú sabes, Little Lord, ¿verdad? —dijo entre risas.

—¿Pensé que te gustaban las sorpresas?

—Y tu pensamiento es correcto, me fascina ese tipo de sorpresas —lanzarse al abismo era su especialidad—. Dicho eso... —Se incorporó—, cuentan conmigo. Eso sí, viendo y considerando que debo vestirme acorde a la ocasión, algo que implica un esfuerzo poco habitual en mí, merezco ser tratado como los demás —hizo una reverencia—, espero la invitación formal.

—La recibirás —dijo Marcus, carraspeando. Desvió su mirada para escapar del posible contacto visual con Franz—, de hecho, la invitación es tan formal que incluye a las damas.

—¡¿Qué?! —exclamó Cooper. Lo más acertado es decir que gritó. Marcus utilizó el cuerpo de Krage como escudo—. Fin del asunto, no... definitivamente no. —No llevaría a su mujer a un evento así.

—¿Quién es el aguafiestas ahora? —bromeó Tobías. Cooper lo fulminó con la mirada. Se apartó para que la furia de Franz se dirigiera al objetivo correcto: Cavendish.

—Pues ve y convence a tu mujer de lo contrario —le dijo este.

—No tengo que convencerla de nada, pues nunca se va a enterar... —Cerró los ojos. Apretó los puños. Si no descargaba su malhumor de alguna manera, habría matado a Little Lord a golpes. No era casualidad que ese día él hubiese ido acompañado de lady Irina.

—Ya se ha enterado del evento, Cooper, ya se ha enterado —Marcus volvió a refugiarse tras el cuerpo de Tobías—. Te lo juro, se me ha escapado de las manos, tú sabes muy bien cómo son las esposas... trasladan información más rápido que las palomas mensajeras.

—¿Has utilizado a lady Irina como cómplice, Little Lord? —preguntó Krage—. ¡Vaya dinámica matrimonial! ¿Está al tanto de lo que va a suceder en el evento?

—Por supuesto, está casada con un Prometheus —dijo con cierto aire de orgullo. No por él. Orgullo por su mujer. Era la compañera perfecta—. Lady Georgiana también es la esposa de un Prometheus y está muy feliz de mostrar su papel frente a esos malditos esnobs.

—No me gusta poner en peligro a mi mujer, Marcus, y lo sabes muy bien.

—Perdón... —Salió del resguardo que le ofrecía el cuerpo de Tobías. La seriedad regresó a su rostro, es más, podría decirse que el fastidio tomó el control de su cuerpo. Lo enfrentó— ¿Crees que estoy dispuesto a poner en peligro a mi mujer? —Esperó la respuesta de Franz. Una que no llegó. Se

miraron durante unos segundos—. Repito, ¿crees que estoy dispuesto a poner a mi mujer en una situación así?

—No —respondió finalmente. Tanto él como Marcus harían arder todo Londres si alguien se atreviera a hacer daño a sus esposas—. Pero eso no quita el hecho de que... Que se expongan a un riesgo.

Tobías se mantuvo al margen del pequeño duelo. Nada tenía que ver con esos asuntos de «esposas».

—Lo que sea que estés pensando, Franz, destiéralo de tu mente... Me aseguré de tomar medidas al respecto.

—Sé más específico —demandó Franz para tranquilizarse.

—Cuando veas el rostro de lord Bankrish lo comprenderás. Me aseguré con mis puños de que lo comprendiera. Nuestras damas serán tratadas como es debido... Y eso incluye a la tuya también, Krage.

—¿Qué?! —Fue el turno de Tobías. Su voz resonó por toda la mansión. No, bajo ninguna circunstancia llevaría a Alexa a...

Marcus le palmeó el rostro.

—Hablando de invitaciones formales —dijo, mientras comprobaba la hora en el reloj de la pared del despacho—, sí, para esta hora habrá llegado a destino. Ninguna mujer se niega a ir a una fiesta, así que buena suerte con eso.

—¡Maldito desgraciado! —masculló entre dientes, con deseos de retorcerle el cuello. Marcus le sonrió. Lo haría, se lo retorcería, después de convencer a Alexa de que la fiesta no era tan importante. Que no requería su presencia. ¡Joder! Se marchó balbuceando—: Me las pagarás, Little Lord, te juro que lo harás...

CAPÍTULO 14



Se vio obligado a modificar su dinámica de retorno al hogar. La culpa la tuvo Lord Cavendish. Lo maldijo durante todo el viaje de regreso. Wolf optó por dormirse una siesta; prefería el descanso antes que el molesto balbuceo de Krage. ¿Desde cuándo era tan quejica, joder?

La dinámica continuó alterada incluso cuando llegaron a la fábrica, que también podía ser llamada cuartel o hogar. Si no fuera por Krage, semanas atrás, su destino inmediato habría sido la alcoba, desvestirse y darse un buen baño. En los últimos días, desde que Alexa Milbank compartía vida, aposentos y actividades afines con él, solía ser la muchacha su punto principal de interés. La buscaba hasta dar con ella. Luego continuaba con los asuntos que requirieran su atención. Siempre, primero, Alexa. Salvo esa tarde. Martha fue la galardonada. Ella fue la prioridad.

—¡Martha!... ¡Marthaaa!

La mujer estuvo a punto de dejar caer el cesto con judías verdes que llevaba. La había tomado por sorpresa, no por su presencia en la casa, pues cada vez que su carruaje ingresaba a las instalaciones de la fábrica, el revuelo del exterior la ponía en aviso. Su grito inesperado fue lo que casi le detuvo el corazón, como si fuese una diosa del Olimpo convocada por un mortal desesperado.

—¡Martha! —volvió a exclamar cuando estuvo frente a ella. Utilizó el mismo tono de alarmante exclamación que había utilizado en el portón de ingreso.

—Sí, te he oído con el primer grito —dijo, y apoyó el cesto de judías verdes en la mesa central de la cocina. Aunque tenía deseos de tirarla por la cabeza. Como no era propio de ella, optó por otra metodología de queja encubierta. Se masajeó las orejas para que quedara en evidencia el tono exageradamente alto e innecesario con el que Krage preguntó—: ¿Quién ha muerto?

—Nadie.

—¿Quién se te ha perdido ahora? —Hizo alusión a la desaparición de Alexa semanas atrás. Aunque en ese entonces ni siquiera eran conscientes de que se trataba de ella.

—¿Quién no...? ¿Qué? La correspondencia —dijo como si se tratara de algo de vida o muerte.

—Oh, entonces quédate tranquilo, no has perdido nada, hoy no han entregado correspondencia...

—Perfecto... —La interrumpió antes de que finalizara— ¿Alexa? —Una vez que se quitó la preocupación de la mente, cambió de tema. Fue directo al tema que más le importaba.

—Acaba de salir, creo que iba a la... —Una vez más, la interrumpió, pero en esta ocasión no lo hizo con palabras, simplemente desapareció de su vista. Martha continuó hablando para sí misma en forma de protesta personal—, a la huerta, sí, a la huerta. Y, con respecto a lo otro, hoy no han entregado correspondencia, ayer lo hicieron... Sacudió la cabeza y fue a por un cuenco con agua, esas

habichuelas no se limpiarían solas.

Tal y como había dicho Martha, Alexa acababa de salir de la casa. Tobías la alcanzó en cuestión de segundos y se puso a su altura. Se sonrieron como saludo sin hacer una pausa en la caminata. A cualquier sitio al que ella fuese, él la acompañaría. Cargaba en brazos un cubo cubierto con una tabla de madera.

—¿Les has hablado de mí? —Fue lo primero que Alexa preguntó. Estaba al tanto de la reunión de hombres Prometheus, Xiao se lo había informado antes de su partida.

—Sí —Tragó saliva. El movimiento habría pasado desapercibido para cualquier otro. No para Alexa. Incluso notó el timbre dudoso en su voz.

—¿Cuánto les has dicho? Continuó caminando e interrogando. Los labios se le torcieron hacia un lado en un fútil intento de disimular su sonrisa.

—Lo suficiente, lo necesario.

Cuando estaban a unos diez metros de la alameda norte, Alexa se detuvo. Tobías hizo lo mismo.

—¿Y lo suficiente y lo necesario ha incluido mi nombre? —Se agachó, depositó la cubeta en el suelo de forma horizontal, quitó la improvisada tapa y reveló el motivo que la había llevado a pasear por los alrededores del cuartel: la liberación de una rata del tamaño de un conejo.

—¡Qué demonios! —Era tan grande que Tobías se vio tentado a coger su arma de fuego y dispararle para evitar que se acercara gente—, ¿estás llevando a cabo estudios experimentales con roedores o qué? —bromeó. Bromas que solo los sujetos a los que se les había obligado a participar en experimentos podían hacer.

—Al contrario, acabo de hacer por ella lo que siempre deseamos que hicieran por nosotros: la he liberado.

—¿Liberada?, ¿la exterminadora número uno del cuartel?, ¿la proclamada por el público y por Martha? Krage continuó bromeando. Ella lo codeó.

—No me lo recuerdes, me compenetré mucho con el papel que representé los primeros días —refunfuñó—, todavía siento pena.

¿Pena? Tal vez ella no había obtenido su diploma oficial de Prometheus, pero sus primeros años de vida en el hospicio involucraban actos mucho más violentos que la rápida muerte que le había otorgado a esas ratas. Huelga decir que el propósito fundamental de dichos experimentos era erradicar emociones como la pena, la culpa o el remordimiento. El débil perece a manos del fuerte. Y a eso se le llama evolución de especies, señores. Fin. Lección aprendida.

—¿Pena de qué?, ¿por matar? —Para Krage, matar era tan simple y común como jugar una partida de póker. Frunció el ceño y la miró con seriedad. Quizás, en un futuro muy lejano, no necesitaría mancharse las manos con sangre. En ese presente, era necesario, no solo por el proyecto Prometheus, sino por el mundo en sí. Siempre habría gente mala caminando sobre la faz de la Tierra, y él, Tobías Krage... Xiao tenía planes para ellos si se cruzaban en su camino.

—Ratas... Por matar ratas —aclaró Alexa, y rodeó el cuello de Xiao con sus brazos. Lo acercó a su cuerpo—. A la escoria humana no, es más, con gusto les hago el favor de cubrirlos con tierra para que no les molesten las moscas. —Le sonrió, pestañeando como una damisela. Frunció los labios como reclamo: «Bésame». Y su reclamo fue satisfecho a la brevedad: uno, dos besos. A continuación, un abrazo cautivo. Su cuerpo quedó preso en los brazos de Tobías—. Y hablando de escoria humana, ¿ya has pensado qué atuendo lucirás para el evento de Lord Bankrish? Porque yo sí... —dijo a centímetros de su boca.

—¡Maldito Cavendish! —masculló Tobías entre dientes. Le había mentido, la invitación se había enviado antes—. Espero que tenga migraña esta noche, lo he maldecido durante horas.

—Conociendo a Cavendish, tus maldiciones lo tienen sin cuidado...

—Lo sé, pero no te preocupes.

—De acuerdo, pero no te involucres. —Se separó de ella, la cogió de la mano, enredó sus dedos con los de ella y la hizo caminar de regreso a la casa—.Le seguiremos el juego a lord Bankrish tal y como él lo quiere, no tienes que involucrarte.

Ella se detuvo y tuvo que tirar de su mano para que hiciera lo mismo.

—¡Pero quiero hacerlo, es mi deber hacerlo!

—¡No, no lo es! Amberg te mantuvo fuera de esto durante años y yo pretendo hacer lo mismo.

—¡Vaya! Ahora resulta que son amigos y comparten metas en común. —Intentó librarse de la mano de Tobías, pero él no se lo permitió. La aprisionó con más fuerza. La acercó a él. Alexa se enfadó. Carcajeó.

—Ni muriendo y volviendo a nacer sería amigo de Amberg, pero si mantenerte lejos de este condenado asunto es una meta compartida, pues que así sea. ¡No voy a exponerte! Mantendría su nombre en el anonimato. Confiaba en sus hombres y empleados, el nombre Alexa Milbank no se pronunciaría fuera de ese cuartel. Y si llegara a suceder, quien lo pronunciara y quien lo repitiera no volvería a ver un nuevo amanecer—. ¡Joder, nadie sabe de tu...

—¿Existencia? —Finalmente, Alexa logró separar su mano de la de Tobías. Hurgó en el pliegue de su vestido de tarde hasta dar con lo que buscaba. La invitación al evento de Bankrish. Se la entregó. Junto con la invitación venía una nota escrita a mano por Marcus.

Estimada Alexa Milbank:

Bienvenida de nuevo a la vida. Me complace mucho haberme enterado de tu resurrección, algo que, sin duda, merece una celebración. Krage es un aguafiestas y se negará, por eso creo que deberíamos aprovechar el evento de Lord Bankrish para llevar a cabo el reencuentro Prometheus. El público demanda nuestra presencia. ¿Qué opinas?

—¡Una y mil veces maldito! —Krage estrujó la nota que tenía en la mano.

—Desde el momento en que dejé el refugio de las sombras para llegar a ti, el segundo secreto mejor guardado del doctor Serge Amberg salió a la luz. —Lo cogió por las muñecas y lo apartó de un empujón. Así lo ayudó en el pasado, lo contenía, cuando estaba preso de la ira y la desesperación, cuando quería destruir con sus propias manos un mundo que, en aquel entonces, era demasiado grande para él. Esa presión ejercida por las manos amorosas de Alexa le recordaba que aún no era el momento... que ya llegaría.

Ella era puro fastidio; la terquedad de Xiao le generaba esa sensación. Tobías era pura furia; la maldita realidad le provocaba esa sensación. No había más lugar para Alexa en las sombras. No podría mantenerla a salvo para siempre. Y... ¡Maldita sea! No debía hacerlo. Acababa de comprenderlo. Era el momento, él y ella juntos.

—¿Qué opinas? —preguntó finalmente Krage. Era lo que Alexa quería, que la invitación naciera de sus labios. Que la invitara a unirse a su batalla. Exhaló y ella liberó sus muñecas. Volvieron a cogerse de la mano y a entrelazar sus dedos. Reanudaron la caminata.

—Opino que voy a aprovechar el evento para lucir el vestido que me compraste el otro día...

—¿El azul? —La furia desapareció de su voz, así como todo rastro de preocupación por Alexa y su resurrección ante el mundo.

—No, el negro con rojo.
—¡No, ese no! —ordenó. Con ese vestido era la representación misma del infierno. El infierno más cautivador y sensual.
—¿Por qué?
—Porque tengo prohibido matar lores...
Y joder, lo haría si alguno se atrevía a posar sus ojos en ella. No, el vestido rojo era un gran e indiscutible no.

Le tendría piedad a Marcus. De hecho, le agradecería. No solo lo invitaba a formar parte de un espectáculo en el que podría desahogarse, sino que también le concedía el privilegio de disfrutar de otro espectáculo. Privado, sensual, único.

Ni él ni Alexa necesitaban ayuda con los asuntos personales. ¿Doncella? ¿Rose, Katia? ¡Vaya broma! Ni una ni la otra. Auméntales el jornal, eso sí, pero yo me valgo sola. Esa fue la respuesta de Alexa cuando Krage le sugirió que las considerara para ese papel.

Así que allí estaba él, recostado en la cama, con las manos en la nuca y la cabeza sobre una montaña de pequeños, mullidos y coloridos almohadones. Oh, y, por supuesto, casi desnudo. Solo llevaba puesta la ropa interior. Cuando le tocara a ella, se vestiría en un santiamén. Pero ella... era pura ceremonia. Acababa de darse cuenta de la labor que las damas tenían que llevar a cabo a la hora de vestirse.

—El día que encuentre al malnacido que impuso esa moda, lo asesinaré... —concluyó, mientras se deleitaba viéndola. Camisola, media de seda en una pierna, luego en la otra. Ganchillos en cada una para sujetarlas al novio.

—No si lo encuentro primero —protestó Alexa resoplando. Era el momento del accesorio más importante para ella. Cinturones de cuero diseñados para llevarlos en los muslos, en los que transportaba un total de seis pequeñas dagas, tres en cada uno.

—Listo, ya está, así estás perfecta... —dijo Tobías, abandonando la cama con un salto. Un par de pasos y estuvo a su lado, la abrazó por detrás, contempló la imagen de ambos en el espejo. Alexa solo vestía camisola de seda, ropa interior y medias. Sus armas preferidas.

—Para ti, para el resto del mundo, le estarían faltando unas piezas al atuendo.

—El resto del mundo no sabe nada, son todos idiotas —susurró en su oído. Besó su cuello justo por debajo del lóbulo.

—Es verdad, pero te recuerdo que esos idiotas gobiernan el mundo.

—Por ahora —gruñó él. De vez en cuando, lo invadía un deseo incontrolable de ir a por Wolf y decirle: «Es hora de dinamitar el mundo, volémoslo todo por los aires y construyémoslo de nuevo». Luego recordaba que los únicos idiotas eran los que estaban en el poder, no los que habitaban el mundo y sobrevivían a diario a pura fuerza de voluntad. Esos se merecían un mundo nuevo. La pregunta era cómo darles uno nuevo sin convertir el viejo en cenizas.

—Todo a su tiempo —dijo ella, girando en sus brazos hasta quedar rostro frente a rostro—, mi querido Prometheus. Tienes que aprender a detectar el instante, el lugar y el movimiento perfectos.

—No, eso lo sé hacer; lo que tú me pides es paciencia, algo que he perdido desde que regresaste a mí. — Si no podía construir un mundo nuevo para todos, construiría uno para los dos. Con eso le bastaba. Por primera vez en su vida, se daba el permiso de ser un maldito egoísta.

—Y con esas palabras comprendo las decisiones que tomó Serge. —Tobías rompió el abrazo al oír la mención de Amberg—: el instante, el lugar y el movimiento perfectos. Eso es lo que hizo conmigo.

—Deja de defenderlo. —No estaba enfadado, de todas formas, resopló. Comenzaba a entender las razones del doctor. Era como una dama haciendo el bordado perfecto, sabía cómo y dónde hacer la puntada perfecta con el hilo de color perfecto.

En lugar del abrazo de Xiao, ella le dio el suyo. Rodeó el cuello de Krage con sus brazos.

—Lo haré cuando me respondas a esto. Dime... ¿por qué no has ido a por Viktor tú solo? —Krage era impulsivo, pese a pertenecer a la escuela Prometheus, ciertos aspectos en él lo desbordaban. Tenía el poder económico y armamentístico necesario para lograrlo.

—Lo intenté, al igual que Cavendish y Cooper... —reconoció su fracaso—, supongo que cada uno tenía sus propios intereses en aquel entonces.

—¿Cuál era el tuyo?

—Vengarme...

—¿Vengarte por lo que te hizo? — indagó Alexa buscando más detalles.

—No, por lo que te hizo a ti. —La ira que sentía en su interior hizo arder su sangre y la exhalación que salió de su boca fue una bocanada de aire caliente.

—¿Y ahora? No me refiero a este ahora —le acarició el cabello de la nuca. Apoyó su frente en la de él y preguntó—: ¿Cuál es tu propósito ahora?

—Arrancar el proyecto de raíz, destruirlo, evitar la muerte, el sufrimiento y el sometimiento de todos los que seguirán y seguirán después de nosotros...

—¿Cooper y Cavendish?

—Quieren lo mismo, es nuestro propósito en común, uno que estamos cerca de lograr —la besó en los labios y se separó de ella. Comprendió la razón de sus indagaciones cuando los Prometheus hicieron causa común, obtuvieron sus resultados, que fueron paulatinos. Años rastreando a Viktor y a todos sus secuaces. Si Roma no se construyó en un día, menos aún puedes destruirla en el mismo tiempo. Todo a su tiempo... Si Alexa hubiese aparecido antes en su vida, quizás sus metas vengativas hubiesen cambiado, su furia hubiese encontrado otro camino. ¿Mejor o peor? Nunca lo sabría. Ya no quería saberlo. Estaban juntos y nada le resultaba más embriagador que la idea de destruir a Prometheus teniéndola a su lado—. Repito, así estás perfecta para mí —dijo mirándola de nuevo de pies a cabeza. Esas dagas eran el atuendo adecuado para Alexa. Se acercó al sofá en el que se encontraba el resto del vestuario elegido por ella y cogió el corsé—. Pero no me queda más alternativa que forzarte a la tortura —dijo, entregándole la prenda.

Las cintas estaban flojas, así que ella alzó los brazos y los juntó por encima de la cabeza. Ni Rose ni Katia, la única doncella que Alexa necesitaba era Xiao. Él deslizó el corsé por su cuerpo de arriba a abajo, lo encajó a la altura de sus pechos y, con delicadeza, ajustó cada una de sus cintas. Como si se tratara de una danza muda, él continuó con la tarea. Después fue a por las enaguas, las deslizó por sus piernas en un movimiento inverso al anterior, de abajo hacia arriba. Por último, fue a por el vestido. Hablando de paciencia, tuvo que poner mucho de su parte. Capas de gasa, tafeta y brocado de seda. Uffff, resopló. El vestido elegido por Alexa tenía mangas largas, transparentes y bordadas, y eso requirió toda su buena predisposición. Se le agotó por completo cuando se dio cuenta de los... ¡Veinte botones! No uno, ni cinco, ¡veinte! Y eran diminutos, del tamaño de una perla. ¿Quién fue la demente que lo diseñó?

—Tranquilo, Xiao, es solo un vestido... —se burló ella.

—Después de esta noche, si quieres vestir pantalones o ir en bata por casa, hazlo con gusto —dijo como proclamación final. Contempló la imagen de Alexa en el espejo y exclamó—: ¡Joder! —Cerró los ojos y repitió casi como una plegaria—: No puedes asesinar lores, no puedes asesinar lores... —repitió casi como una plegaria—. Creo que lo mejor es que te quedes en el cuartel, porque vas a distraerme, Alexa.

—¡Ni en sueños! —carcajeó ella.

—Tienes razón, también me distraes en mis sueños. Voy a vestirme...

—Excelente decisión, caballero —le dijo, y le palmeó el trasero.

CAPÍTULO 15



Cooper tenía muy claro por qué estaba en la mansión de Lord Bankrish esa noche, vestido de gala y en compañía de su esposa. Su esposa lucía radiante y hermosa con un vestido verde oliva con incrustaciones de piedras semipreciosas y bordado con hilos de oro. Además, pese a lo que él había informado, Georgiana se mostraba feliz. Es posible que viera a su esposo envuelto en alguna trifulca sangrienta, pero eso no le alteraba el buen humor. ¡Nada fuera de lo habitual para el matrimonio Cooper!

Los sucesos inminentes tampoco parecían afectar el buen humor de los Cavendish, que se habían apoderado de la pista de baile. Y no precisamente porque no consideraran la presencia de las parejas alrededor, sino porque estas desistían de sumarse a la danza con el fin de evitar la vergüenza o el propio reconocimiento de la mediocridad ante semejante par de bailarines. ¡Claramente, ese par había aprendido el arte del baile desde la concepción en el vientre materno! De lo contrario, no se explicaba cómo habían adquirido tal destreza. Su destreza era armónica, sensual y encantadora. Era más lógico verlos bailar que intentar imitarlos o superarlos.

¡Estos malnacidos de los Prometheus lo hacen todo bien! fue el murmullo que recorrió el salón de punta a punta desde el instante en que los Cavendish se adentraron en la pista de baile con el primer vals.

—¿Cuántos vales más piensas bailar, Cavendish? —masculló Franz entre dientes, disimulando el reclamo con la copa de champán contra sus labios. Tanto Marcus como lady Irina finalmente se habían acercado a ellos tras finalizar la última pieza—. Todos los ojos están puestos en ustedes.

—Pues bien, ese era el plan —dijo Marcus, ubicándose a la par de Franz y Georgiana. Lady Irina hizo lo mismo y, cuando el camarero pasó junto a ellos, cogió dos copas de champán. Le entregó una a su esposo. —Gracias, cariño —dijeron al tiempo que alzaban las copas en señal de brindis y bebían hasta vaciarlas. Ella volvió a coger la de Marcus y cambió de lugar. Se sentó al lado de lady Georgiana para charlar con ella. Cuando otro camarero pasó a su lado, depositó las copas vacías en la bandeja.

—Me encanta la champaña —le confesó a Georgiana—. ¿Y a ti?

—Sí, pero ahora prefiero la limonada —sonrió en el preciso instante en el que notó la mirada de soslayo de su esposo. Lo codeó para que continuara su conversación con Marcus y no escuchara la de ellas.

—No, el plan es captar la atención de los invitados —continuó Franz. Su verdadero deseo habría sido captar la atención de los lores que consideraban que el proyecto Prometheus era una buena inversión. Luego, a resguardo del resto de la sociedad londinense, les daría un buen puñetazo en la

cabeza.

—Eso mismo es lo que estoy haciendo, Cooper... —Miró a su alrededor, sí, la mayoría de los ojos estaban posados en ellos—, tú sabes cómo es el público londinense, si no los mantienes entretenidos se aburren y se marchan. —Se acomodó los mechones de la frente que habían roto la barrera creada por el aceite de macasar debido al movimiento—. La pregunta que tienes que hacer es: ¿dónde demonios está Krage? Cuando tengas la respuesta, sabrás cuántos valsés más tendré que bailar. —Siendo sincero, estaba cansado; prefería romper un par de huesos antes que seguir bailando. La orquesta volvió a tocar. Marcus protestó por lo bajo—: No, no, una polka. —Con resignación absoluta, resopló y se dispuso a invitar a bailar a la mujer de Franz, le daría un descanso a la suya—. Lady Georgiana sería tan...

—Ni se te ocurra —le susurró Cooper. Lo detuvo cogiéndolo del antebrazo.

—Oh, sí, se me ocurre, a menos que tú bailes con ella. —Era lo justo: o cambio de esposa o cambio de pareja.

—Por supuesto que bailaré con mi mujer. —Era un pésimo bailarín, lo sabía. ¡Les brindaría el baile más espantoso para entretenimiento personal si eso era lo que querían!—. Cariño —dijo, extendiendo su mano con cortesía a Georgiana.

Pero no fue necesario. La música se detuvo. Dejó de escucharse el sonido ambiente, con sus murmullos incluidos. Ni siquiera se oyó el ruido del ir y venir de los camareros. Ni siquiera se oía la sinfonía de las copas regresando a sus bandejas. Y las miradas, bueno, todas y cada una de ellas estaban puestas en los recién llegados. El Rey y la Reina del infierno.

Ambos reyes vestían atuendos que parecían haber sido forjados en las llamas del averno. Ella llevaba un vestido negro con grandes rosas rojas bordadas en su falda y otras tantas, más pequeñas, con todo su entramado de hojas y espinas, decorando sus mangas. El escote era recto y bajo, alcanzaba el nacimiento de sus pechos, de hecho, se veía la delicada separación de esos montículos blancos y delicados. La tela se abría hacia los hombros para luego volver a cerrarse a la altura del esternón, conformando un cuello estilo mandarín. Él lucía los mismos colores, con un traje Tang tradicional chino, negro, con bordados rojos en los puños y en el cuello. En su pecho lucía el mismo diseño que Alexa: una rosa bordada con hilo de seda rojo. Wei Lian le había obsequiado el traje, ya que ese baile era una ocasión muy especial para él. Era su primera presentación social. La suya y la de él. Los dos habían vivido gran parte de sus vidas en las sombras hasta ese día. Juntos eran la oscuridad más luminosa jamás vista... Sí, así de ilógica, irreal e inesperada.

El calor que desprendía la presencia de la pareja fue tal que recorrió el salón como una llamarada rabiosa y hambrienta, que alcanzó los rostros de cada uno de los invitados. Las mejillas de todos ardieron, sin excepción.

—Bendito seas, Krage —dijo Franz, feliz de verlo llegar—. Y bendita seas... —La observó con detenimiento. Le resultaba muy familiar.

—Sí, a lo que piensas, Cooper —Marcus estaba ansioso por compartir la información que guardaba en secreto desde hacía semanas. No era él quien debía revelar la identidad de Alexa, sino ellos. Cogió otra copa de champán y bebió con ganas; estaba tan feliz como Cooper. La llegada de Krage era sinónimo de... acción, tiempo de jugar. ¡Basta de vals!

De la noche a la mañana, a excepción de los otros Prometheus y sus esposas que se encontraban en el centro del salón, los demás le abrieron camino a los recién llegados. Quizás por miedo o por retorcida fascinación, quién sabe, pero se retraían hacia la periferia del lugar para contemplarlos sin

ningún disimulo. Las damas estaban encantadas: el ejemplar exótico de más de un metro ochenta de estatura, con cabellos azabache y ojos rasgados, y ese traje entallado igual de exótico que su portador, hizo que el bajo vientre de estas burbujeara como lo hacía la champaña en sus copas. Los hombres tampoco podían apartar sus ojos de ese hombre, bebieron de sus copas para calmar la sed de masculinidad de la que carecían, una que a ese endemoniado chino le sobraba en cantidades. Ellos tenían dinero, prestigio social y una mente estrecha.

—Creo que la que va a asesinar nobles soy yo... —susurró Alexa tras clavar su mirada ardiente en un grupo de damas que agitaban sus abanicos y pestañeaban con el propósito de atraer el interés de Xiao.

—De ser así, confío en tu criterio de decisión —le respondió con otro susurro—, que perezca en tus manos debe de considerarse un afortunado. —Reconocía que verla en acción, como en los viejos tiempos, le provocaba un extraño placer. No era que añorara esos tiempos, sino que estos definían el pasado y el presente de ambos. Xiao, Krage, daba lo mismo, nunca dejaría de ser quien era. Y Alexa tampoco.

—Afortunadas, no afortunados. No me refiero a los lores precisamente —rezongó Xiao entre dientes. Xiao sonrió. Para las mujeres fue peor. Vio cómo una mujer resoplaba y tiraba de la pechera de su vestido para hacer sobresalir más sus pechos. Alexa ya habría hecho lo mismo con ella. Intentó separarse del agarre de su brazo. Este la mantuvo cautiva, sonriendo con ganas.

—Creo que Serge no te educó bien. —Se burló de su comportamiento celoso. ¿Dónde estaba el control de emociones?

—Ahora comprendo las razones por las que me dijo que estabas muerto —se burló de sí misma. Dieron un par de pasos más y alcanzaron al grupo que les esperaba en el centro del salón. Marcus estaba al tanto de su identidad, se notaba en su expresión. Así también lo era en el de Cooper, aunque la suya demostrara lo opuesto. Cejas arqueadas, mirada evaluadora, como si no pudiera distinguir entre sueño y realidad—. Cooper... —lo saludó nada más estar frente a él.

—¿Milbank?

—Sí —respondieron al unísono Xiao, Marcus y su esposa. Lady Irina estaba al tanto de todas las noticias relacionadas con el proyecto Prometheus.

—Sí, Cooper —Alexa decidió completar la escasa información que los demás le habían dado—, hasta que eliminemos de la faz de la tierra al desgraciado que me asignó ese nombre, seguiré siendo Milbank.

—¿Y luego, qué serás? —preguntó Cavendish, que tenía el apellido de origen y cuna, ellos no. Le resultaba un punto muy interesante a considerar.

—No lo sé —dijo, volviendo su rostro hacia Xiao—, supongo que lo decidiremos después —él asintió.

Franz miró a su esposa y lady Georgiana consideró la misma posibilidad. Analizó la situación y concluyó:

—Me gusta Cooper, eres «mi» Franz Cooper. —Con todos sus matices oscuros. Él besó su mano. Le agradaba que a ella le agradara. Fin del análisis.

Un análisis que, pese a ser resuelto, se vio interrumpido por el tintinear de una cuchara contra el cristal de una copa. Todos giraron para ver de dónde provenía el sonido. En el otro extremo del salón, en lo alto de la escalera que comunicaba la planta alta de la mansión, se hallaba Lord Bankrish, feliz de que el elenco protagonista de su obra teatral estuviera presente al completo. Un murmullo generalizado

recorrió el lugar de punta a punta.

—Damas y caballeros... —carraspeó fuertemente. Los murmullos continuaron—. Damas y caballeros —alzó la voz, pero los susurros entre los invitados no se detuvieron. El fastidio se apoderó de él y golpeó la copa con tal fuerza que la hizo añicos. Como cierre final de su convocatoria, la dejó caer. La copa se hizo añicos contra los escalones de mármol. ¡Al demonio!, ya estaba rota—. Miren lo que me han hecho hacer... y no me refiero a esto, damas y caballeros. —Hizo palmas al aire y uno de sus sirvientes se acercó y recogió los restos del cristal roto. Otros dos se encargaron de limpiar el reguero de champán que caía escalón tras escalón. Cuando terminaron, continuó—: Me refiero a ellos, los Prometheus. Tuve que romper las reglas de mi propia moral y abrir las puertas de mi templo personal a... ¿Cómo se llaman? Sería tan amable de recordármelo, lord Cavendish.

—Nos llaman de muchas maneras, milord —dijo el juego, dando inicio a la frase pactada entre ambos. Un movimiento de manos fue suficiente para que lady Irina se sumara al público espectador. Georgiana la acompañó por indicación de Franz. Alexa también lo hizo; de ser requerida, actuaría como factor sorpresa. Una vez que quedaron los tres solos en el centro de la pista, le respondió al anfitrión—: El siguiente eslabón de la evolución humana... superhombres... Prometheus. Elija el que más le agrade, milord.

—Prometheus, sí —Sacudió la cabeza, se sentía estafado—, pero no me refiero a ese nombre comercial, sino al verdadero... —Fingió hacer memoria—. Oh, sí, ya lo recuerdo, demonios... ¡Los demonios de Viktor Schwarz! —exclamó, alzando los brazos al cielo.

—Solo demonios —intervino Franz—, Viktor Schwarz ha perdido la habilidad de convocarnos, milord.

—Exacto, señor Cooper, y eso es lo que más me inquieta. —Comenzó a descender por los escalones con pausa y sin apuro, y su movimiento acompañaba a sus palabras—. Ha creado demonios y ha perdido el control sobre ellos... hasta el punto de que aquí están, creyendo que son iguales a nosotros, algo que considero un gran problema.

—No, milord, ese no es el problema —dijo Marcus, en parte porque el idiota se olvidaba de que las arcas de las tierras Cavendish superaban con creces a las de Bankrish, pero ese era un detalle menor. Por supuesto que no era igual a él, su estatus era mucho más alto.

—Pues, ilustre me, lord Cavendish, ¿cuál sería el verdadero problema?

Marcus estaba ansioso por responder.

Cooper también. Pero ambos miraron de soslayo a Krage y le cedieron la palabra:

—Que ustedes todavía crean que pueden compararse con nosotros —finalizó él.

Lord Bankrish se llevó las manos al pecho, como si las palabras del asiático lo hubiesen herido. Luego se rió a carcajadas.

—¿Pretende asustarme, señor Krage? —Se mofó el lord.

—No pretendo asustarlo, milord, ya debería estarlo... —dijo en tono ronco y profundo. Dio un paso hacia él. La impronta Krage podía ponerle los pelos de punta a cualquiera. Bankrish no pudo disimularlo y se estremeció, lo que hizo que su puesta en escena cobrara verdadero realismo.

—Y lo estoy, señor Krage... Ahora es tiempo de compartir ese terror con los demás —Volvió a hacer palmas—. El ser humano es tan imbécil que tiene que ver para creer... ¡Damas y caballeros, el espectáculo comienza!

Como por arte de magia, un total de nueve hombres vestidos de negro se abrieron paso entre los invitados y rodearon a los Prometheus. No llevaban armas, solo estaban dispuestos al ataque físico.

—Mercenarios... Lord Bankrish carece de creatividad —dijo Franz en un tono tan bajo que solo Krage y Marcus lograron oírlo. El barullo causado por la sorpresa del público hacía que la conversación entre los Prometheus fuese casi inaudible para la audiencia.

—Lo único que me fastidia aquí es que no me dejaron traer a los míos —Esquivó el golpe que iba dirigido a su rostro, cogió a su oponente de la muñeca, le retorció el brazo y se lo dislocó—, he sido amable contigo porque me recuerdas a mis muchachos —le dijo una vez que este cayó al suelo rendido al dolor. Le pisó la mano, hizo presión y le fracturó un par de dedos cuando notó que el hombre quería levantarse y continuar con la contienda—. Yo que tú me haría el muertito —fue una amenaza disfrazada de sugerencia. Giró y le encestó un codazo en la tráquea al siguiente, seguido de un golpe de palma en la nariz. Respirar dejó de ser una opción para ese mercenario de pacotilla. El último, y solo porque Krage no quería esforzarse más de la cuenta, recibió un puñetazo en los genitales antes de que pudiera hacer algún movimiento de ataque. Menos que menos, de defensa.

Cooper, por su parte, acabó con sus contrincantes a base de patadas. Uno de ellos fue barrido por el suelo de mármol varios metros después de que la bota de Franz impactara en su pecho. Otro perdió la estabilidad y toda posibilidad de lucha cuando las botas del Prometheus impactaron en sus rodillas. El pobre infeliz no volvería a caminar en su vida. El último, gracias a que Cooper no deseaba tentar a la suerte rasgando su pantalón con bruscos movimientos, fue reducido por el cuello con un gancho de brazo. Así lo mantuvo inmovilizado del cuello, ejerciendo presión, hasta que la falta de aire lo dejó inconsciente. Lo soltó y su cuerpo se estampó contra el frío mármol.

Marcus estaba dispuesto a brindar un espectáculo más lento para satisfacción del público. Les permitió lanzar tantos golpes como quisieron, pero sin poder dar en el blanco. El desgraciado no peleaba, danzaba, los hacía sudar y enfadarse. Y él se divertía a lo grande.

—Cavendish, es hora de finalizar con el vals —lo instó Franz cuando vio que los caídos eran reemplazados por nuevos, en doble cantidad y armados con puñales. Estaban nuevamente rodeados.

—De acuerdo, Cooper... —Cogió a uno del cabello, inmovilizó su cabeza y le propinó tres golpes cortos, rítmicos y feroces. Al segundo no le tuvo piedad, lo embistió como un toro embravecido y, cuando cayeron juntos al suelo, estrelló su nuca contra el mármol. El público se espantó ante el primer rastro de sangre de la noche. Con respecto a su último contrincante, que tuvo la osadía de atacarlo por detrás cuando él estaba acuchillado, lo cogió por las axilas, lo hizo girar por el aire hasta hacer que impactara en el suelo junto a su compañero y, sin dudar, le quebró el cuello.

Los presentes no pudieron contener los gemidos de horror ante el violento espectáculo que se desarrolló en cuestión de minutos. Las únicas que no mostraron temor fueron las damas Prometheus. Al contrario, decidieron formar parte del espectáculo cuando se dieron cuenta del brutal giro de los acontecimientos. Se suponía que la pelea iba a ser cuerpo a cuerpo, por eso el lord les prohibió llevar armas. Por supuesto, los Prometheus respetaron las reglas, pero se valieron de una pequeña laguna legal en el pacto para adelantarse a una jugada traicionera de ese tipo. Los Prometheus no podían ir armados. Pero nadie mencionó las esposas, ¿verdad?

El vestido de Georgiana tenía dos grandes bolsillos, donde guardaba los puños de acero de su esposo. Oh, y sus guantes de cuero, por supuesto. Sabía que detestaba mancharse las manos con sangre.

—Cariño —le gritó, mientras deslizaba por el suelo el tesoro personal de su esposo.

Lady Irina, por su parte, lucía un vestido de color borgoña con un escote en forma de corazón, en cuya unión sobresalía un accesorio dorado y redondo. Se trataba nada más y nada menos que la

culata de la empuñadura del cuchillo predilecto de Marcus. Habían diseñado un corsé para que ella lo llevara en el pecho sin que el filo la dañara. Lo extrajo y lo lanzó al aire en dirección a Marcus. La atajada fue tan perfecta que un grupo de lores aplaudió, pero luego recordaron que la masacre era inminente y retomaron la actitud de espanto.

Una vez que sus esposos se apoderaron de las armas, miraron a Alexa y se preguntaron qué podía hacer para ayudar a Krage. Pues, al parecer, nada. La muchacha estaba más atenta a lo que sucedía a su alrededor que a la contienda que se libraba en el centro del salón.

A falta de un arma propia, Xiao tuvo que apoderarse de la de uno de sus atacantes; no le resultó difícil: un golpe en las costillas, seguido de una patada voladora... ¡Voilà! Todos estaban en igualdad de condiciones.

Franz destruyó cuantas mandíbulas le fue posible; recién a la quinta recibió un corte en el hombro, pero no fue profundo, solo le cortó la tela de la chaqueta y parte de la camisa. Se enfureció, pues el traje se lo había regalado su esposa. Interceptó otro ataque con arma blanca, inmovilizó el brazo del oponente y, manipulando el brazo que sostenía la cuchilla, apuñaló al imbécil que había rasgado su ropa. Luego, desmayó a su portador con un certero golpe en la nuca.

Lord Cavendish desplegó todo su arte combinado de danza y violencia: le atravesó el ojo a uno. Le rasgó el cuello a otro. Le abrió la barriga al siguiente y, en el preciso momento en el que iba a hurgar en el interior del malnacido para hacer alarde de las tripas ante el expectante público, se detuvo...

—¡Cavendish! —El grito de Alexa lo paralizó. Lo reconoció como lo que era, un grito de alerta inminente. Volteó su rostro hacia ella y la vio subida a una de las mesas de bocadillos.

Había pateado las bandejas al suelo, excepto una que sostenía en la mano, y la lanzó como si se tratara de un endemoniado boomerang. Con un movimiento de cabeza, Marcus comprendió la razón de la alerta. Apostados en la barandilla de la planta alta, había cuatro hombres con ballestas listas para disparar. La primera flecha iba dirigida a él. Marcus atrapó la bandeja de plata que le lanzaron y la utilizó como escudo provisional. La flecha quedó incrustada en ella.

En el mismo instante en que la primera flecha surcaba el aire, Alexa se abrió la falda. Una especialmente diseñada para situaciones como esa: en la vida de un Prometheus siempre había que estar preparado para la batalla. Y ella nunca sería una excepción. Así la habían entrenado en el hospicio durante sus primeros años de vida. Así la entrenó Serge después. Así viviría su vida junto a Xiao. Cogió sus dagas, lanzó una, dos, tres... El filo rasgó el aire. Fue como oír un silbido inesperado. Uno, dos, tres... perecieron al instante en cuanto la daga les atravesó la frente. Ni siquiera pudieron disparar. Cuando eliminó la amenaza, saltó de la mesa, se arrancó parte de la falda para mayor comodidad y, exhibiendo sus largas piernas cubiertas con medias de seda y cinturones para dagas como accesorios personales, se encaminó al centro del salón y se unió al grupo de pelea.

Una oleada de susurros acompañó cada uno de sus pasos. Sensualidad, feminidad y peligro. El arma de ataque perfecta. Ni siquiera Lord Bankrish podía creer lo que veía. Parpadeó. Se restregó los ojos.

¿Una Prometheus?... No, no puede ser... ¿Alguien oyó hablar de ella alguna vez? ... No, es imposible...

Espalda contra espalda, así se enfrentaron al resto de los atacantes Alexa y Xiao. Cuando las amenazas quedaron reducidas al mínimo, Xiao retomó una conversación pendiente:

—Ahora sí puedo matar a un par de lores, ¿no?

—No, cariño... creo que no —dijo al ver que los pocos atacantes que quedaban se retiraban de la contienda. No sería necesario pelear más.

Lord Bankrish dio por finalizada la masacre. Los Prometheus habían ganado. Era hora de rendirse.

—¡Basta ya! Se ha derramado suficiente sangre... ¿No lo creen así, damas y caballeros? —Dos damas se habían desmayado. Un lord había perdido el control de su esfínter. Muchos otros habían palidecido. Algunos hasta vomitaron ante el reguero de sangre. Pero el espanto y la aversión definitiva hacia los Prometheus fue un sentimiento compartido por todos. Y eso era lo que buscaba Lord Bankrish—. Viktor Schwarz ha abierto las puertas del infierno con su maldito proyecto y nosotros hemos sido tan imbéciles de creer su idílico cuento; fue nuestro dinero el que ha permitido que estos demonios hayan escalado y se apoderen de nuestro paraíso terrenal. —Fue simbólico, él no había invertido ni invertiría jamás en algo así—. El enfrentamiento que hemos presenciado esta noche no es nada comparado con el enfrentamiento real e inminente... ¿Cuál? Seguramente se preguntarán... —Chasqueó la lengua. Sacudió la cabeza con resignación, la idiotez humana no tenía límites. Tal era así que había que explicarles todo en detalle para que comprendieran la situación completa—. Los Prometheus contra nosotros... Y no me refiero a estos Prometheus, sino al ejército de soldados infernales que ese desquiciado doctor pretende crear con nuestro apoyo. Si alguien se cree capaz de vencerlos, lo reto a que tome una de esas dagas y se enfrente a ellos —Risas nerviosas, susurros y silencio. Esa fue la respuesta—. ¡Vamos! ¿Nadie se atreve? —Rio a carcajadas. Aplaudió a los protagonistas de su espectáculo—. Gracias por el espectáculo, caballeros... —Se tomó unos segundos para contemplar a Alexa y dijo—: Gracias, señorita. De ahora en adelante, ustedes por su camino y nosotros por el nuestro. Ustedes en su infierno, nosotros en nuestro falso paraíso.

El mensaje fue contundente. Sangriento. Provocaría pesadillas durante varias noches. La pregunta que quedó flotando en el ambiente fue solo una: ¿quién en su sano juicio financiaría un proyecto así? Bankrish estaba seguro de que, de todos los presentes, nadie. El espectáculo fue un éxito rotundo. Y el pago que recibieron valió cada gota de sudor y de sangre derramada.

—¿Buscan a Viktor, verdad? Pues aquí lo encontrarán...

Esas fueron las palabras con las que el lord se despidió. Les entregó toda la información de la que disponía.

Manchester, sí, como sabían. Pero no en la ciudad, no en un lugar fácil de encontrar, sino en una ruina en las afueras, un sitio por fuera de los mapas... en las sombras, como siempre.

CAPÍTULO 16



Iban a dar el golpe. La ansiedad de Alexa no tenía nada que ver con eso. Cuando se trabaja arduamente en algo, no existe la suerte o el destino; ella siempre supo que ese día llegaría, que el tiempo de Viktor Schwarz estaba contado. La certeza la embargaba, era como dudar de su propio ser, algo imposible. Podían fallar, claro, podían intentarlo una y mil veces, pero el resultado sería el mismo: Viktor Schwarz muerto y los Prometheus libres.

Lo que angustiaba a Alexa era que el momento hubiera llegado demasiado pronto, antes de que pudiese ejecutar su plan, la razón por la que se había acercado a Xiao con una identidad falsa y la razón por la que se había revelado la verdad paulatinamente: quitarle el detonante.

Estuvo presente en la reunión de Prometheus; de nada servía mantenerla en las sombras ahora que sabían quién era en realidad. Viktor estaba en las inmediaciones de Mánchester. Un viejo castillo medieval reformado en su interior para esconder los secretos más profundos era su nuevo centro de operaciones.

Entre sus paredes de piedra habitaban los nuevos médicos y enfermeros especializados, los casos de estudio, los proyectos en curso y, tal vez, el propio Schwarz. Eso no lo sabían, solo lo sospechaban, porque las demás propiedades del médico estaban vacías, ya se habían cerciorado de eso. El doctor era una sombra, pero no debían confiarse, no podían dar por hecho que estuviera acorralado, podía emplear identidades falsas, administradores ocultos... En esos años, Viktor había amasado una fortuna. Muchos financiaban su ciencia y les gustaba jugar a ser Dios. Y no solo eso, el doctor Schwarz había logrado hacer redituable hasta la basura; en el fondo, era un simple burgués como los que criticaba. Consiguió que las altas esferas de la sociedad le pagasen por deshacerse de los huérfanos que les costaban dinero en orfanatos a las iglesias y a las comunidades. Se presentaba como un benefactor social, el muy maldito. También hacía lo mismo con los terroríficos manicomios, de donde sacaba a esos parientes enfermos que la sociedad hipócrita escondía y los utilizaba como conejillos de indias. Por supuesto, recibía cuantiosas sumas de dinero por hacerles el favor de encargarse de los trapos sucios de la sociedad.

Viktor Schwarz era un monstruo, un monstruo en una sociedad monstruosa. Su cinismo justificaba su ciencia. «Mi proyecto no sería necesario si la gente fuese lo moralista que dice ser, pero en el fondo todos quieren dominar y por eso me necesitan».

Pues no, pensó Alexa, nadie te necesita, maldito desgraciado. El mundo no iba a cambiar por hombres como él ni por mujeres como ella. Era muy tonto pensar que una persona tenía el poder de cambiar a la humanidad; esos delirios siempre habían salido mal en la historia.

No era destino, sino el resultado normal de hacer las cosas mal. Dos más dos nunca dan cinco y un loco con delirios de grandeza está condenado a fracasar. Hoy, mañana, el año que viene...

Solo que ella no quería que Xiao cayera con él; sabía que estaba dispuesto al sacrificio y quería evitarlo a toda costa. Tobías Krage había sido educado por Prometheus en la filosofía de la voluntad de poder y la supervivencia del más apto, en la idea de que sobrevivir es lo más importante, lo que impulsa a hombres y animales por igual; la educación, la moral, la sociedad habían domesticado al hombre, tal como limitaban a un perro y le extirpaban su esencia de lobo. Tobías debía recuperar su esencia salvaje para vencer. Sin embargo, Xiao aún habitaba en Tobías Krage; ella había regresado a su lado no para que descubriera que Alexa Milbank seguía viva, sino para que supiera que Xiao aún habitaba en las sombras. Y Xiao sería quien liberaría a Tobías, Xiao estaba dispuesto a romper con los mandatos y hacer lo prohibido para un Prometheus: morir por una causa.

Ella no estaba lista para semejante sacrificio. Morir sí, que muriese él... ¡Jamás!

—Lo siento, Roy y Trevor... —murmuró, encaminándose hacia el tragaluz que comunicaba la sala con la cocina—. Lo siento, sé que jamás romperán la orden de protegerme... ¿Y él? ¿Quién lo protege a él?

Su lujoso vestido le complicó la huida, las enaguas y los frunces pusieron a prueba sus habilidades escapistas, pero lo logró sin mayor inconveniente.

Una vez fuera, su pecho manchado de barro demostró una verdad irrefutable: por más que vistieras a una Prometheus de seda, Prometheus se queda. Caminó unas calles a paso acelerado hasta conseguir un coche de alquiler, le ordenó que la llevara fuera de la ciudad y se bajó a mitad del trayecto.

Serge estaba allí, en las sombras; era imposible que no se hubiera enterado de lo sucedido en la fiesta ni que no supiese ya que los Prometheus pretendían dar el golpe. Llevaba demasiados años preparándolo todo, estudiándolo minuciosamente. ¿Estaría feliz?, ¿ansioso?, ¿molesto? La única certeza que Alexa tenía era que estaba allí. Podía sentir sus ojos fríos posados en ella, la apenas perceptible señal de su presencia. Le había enseñado a hacerlo: Amberg, a diferencia de Schwarz, creía en el poder del juego. Los niños aprendían con el juego y el más valioso era el de las escondidas. Buscar te hacía estudiar los errores de los demás y aprender también de sus aciertos. Esconderte te obligaba a pensar en cada escenario, a ralentizar el corazón ante la expectativa cuando el contrincante estaba cerca. Y hacer todo eso sin peligro real hacía que los niños desarrollaran confianza en sus habilidades. Uno de los errores más graves del proyecto Prometheus era que sus casos no confiaban en sus habilidades, sino que desconfiaban de las ajenas. En lugar de considerarse, en su mayoría, superiores, terminaban por considerar a los demás como imbéciles. No cimentaban la psiquis fuerte, sino que alimentaban rasgos psicopáticos, por eso el resultado eran tantos casos fallidos.

Serge llevaba años estudiando las diferencias y ella había sido su experimento. Por eso la había rescatado de las llamas; ¿por qué ella y no Xiao?, eso respondía a algo profundo en Amberg, un trauma propio que era el motor de su venganza. En cuanto tuvo que elegir entre la niña o el niño, no vaciló en llevarse a la niña. Para su estudio, lo mismo daba. Para su inconsciente, en cambio, no había duda de que debía ser ella.

Y el análisis exhaustivo de los traumas de Alexa y de su propio obrar le dio la respuesta a Serge sobre cómo eliminar los detonantes y romper con un condicionante inconsciente reemplazándolo por otro. Usar un trauma más profundo y personal. Ir a la zona más oscura de la mente y obligarla a tomar el control.

—Alexa —escuchó la voz de su mentor con leve acento germánico—, esperaba que vinieras.

—¿Sí? —Ella se volvió hacia Serge, aunque lucía como siempre, con el cabello rubio peinado hacia atrás y su traje de tres piezas, se le notaban nuevas arrugas en las comisuras de los ojos y de la boca. Un rictus severo y cansado, la prueba de que la venganza lo estaba consumiendo. Fumaba, tenía un cigarrillo entre los labios, había caído preso de uno de sus propios experimentos—. Deberías dejar de fumar, si es adictivo como crees. —Él se encogió de hombros, gesto que no le gustó a Alexa—. ¿Por qué esperabas que viniera? ¿Por no poder evitar proteger a Xiao o porque quieres ayudarlo? ¿Me manipulas a mí, después de tantos años? —le recriminó. Serge siempre se guardaba algo, jamás hablaba de los motivos que lo impulsaban a querer destruir a Viktor Schwarz más allá de lo elemental.

—¿Quieres la verdad? —preguntó él, dando una pitada. Miró la llama anaranjada, negó con la cabeza y pisó el cigarro con su zapato estilo Oxford.

—Siempre.

—Si Tobías cae... perdón, si Xiao cae, tú lo harás con él. En conclusión, no solo no terminé mi trabajo con Krage a tiempo, sino que tampoco lo hice contigo. Aún no has superado el incendio, Alexa, aunque creas tener la situación bajo control... Tú también tienes un detonante y una debilidad. Es lo que te he enseñado estos años: no hace falta una tina con agua helada, cajitas de música y camisas de fuerza para obligar a alguien a obrar de una determinada manera. Piensa: ¿qué haría una madre que ha perdido a tres hijos si el cuarto estuviera bajo amenaza?, ¿hasta qué límite llegaría por protegerlo? —Le levantó la barbilla—, ¿y qué pasaría si fallara?

Alexa no necesitaba responder, esa mujer se volvería loca de dolor y terminaría por matarse. A esa mujer no la habían sometido a ningún experimento y, sin embargo, su comportamiento estaba condicionado.

—Lo sé —replicó en cambio—. Yo sí sé por qué estoy aquí. Si Xiao cae, si Viktor usa el condicionante con él, enloqueceré y, probablemente, me mataré como esa madre. No me interesa conocer mis motivos, sino los tuyos, Serge... ¿Por qué te importa?

—Porque estoy harto de perder contra Viktor —siseó—. Si me vence una vez más, el que se volverá loco y se pondrá una puñetera bala en la cabeza seré yo. Me mataré antes de verlo en la cima del mundo.

—¿Por qué mi muerte sería una derrota, Serge?, ¿por qué no sería un imprevisto más?

El psicólogo sonrió, una de esas sonrisas que sus pacientes detestaban, porque eran frías y no se le notaban los ojos.

—¿Intentas psicoanalizarme, Alexa? ¿A tu doctor?

—La ironía es un mecanismo de defensa —rebatía ella, sabiendo que él la empleaba para rearmar su escudo.

—Has aprendido bien.

—Y tú no has contestado.

—¡Y hasta has salido observadora! —bromeó, una mofa de hielo que puso fin al asunto. Si quería su ayuda, debía sacar el dedo de la llaga—. Vayamos a lo nuestro —dijo en cambio—. Estás aquí porque quieres que acelere el tratamiento con Xiao, algo bastante difícil si nuestro paciente se resiste.

—Has fallado tú —le recriminó—. Un psicólogo debe ganarse la confianza y no lo has conseguido con Xiao.

Serge aceptó la crítica.

—Esperaba que al verme ayudar a Franz y a Marcus, nuestra relación mejorara. Mal me temo que Viktor hizo mella en él; no se fía de los médicos.

—Ja, ja. Pero siempre dijiste que él era el más fácil, que a diferencia de Franz y Marcus, no tenías que buscar en su inconsciente. Entonces...

—¡Joder, Alexa, que eres tú! —le espetó—. Y lo sabes, deja de tocarme los cojones, sabes que tengo que ponerte en peligro. Un peligro real, un riesgo tal que viaje directo a lo más hondo de esa mente de demonio y borre cualquier otra respuesta fisiológica.

—Claro que lo sé, lo que pregunto es cómo.

Serge cerró los ojos, respiró hondo y buscó una daga entre los pliegues de su chaleco.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí.

—Por favor, dime que no...

—¡Serge, hazlo ya!

Y, antes de que pudiera decir más, él la cogió del pelo, le lanzó la cabeza hacia atrás y le rasgó el cuello. Solo cuando Alexa se recuperó del susto inicial, pudo ver a Tobías a mitad del camino, corriendo hacia ellos. Perdió el equilibrio, y solo el filo de la navaja clavada en su piel la mantenía en pie.

Entonces, la melodía de una cajita musical empezó a sonar y la Quinta sinfonía de Beethoven congeló los movimientos de Tobías Krage.

Cuando Roy le informó de que Alexa había huido una vez más, no tuvo dudas de dónde la encontraría ni con quién: en la ribera del río Aire, junto al maldito Serge Amberg. Él estaba entrenando, la había dejado sola durante una hora, joder.

¿Le hubiera gustado entrenar con ella? Sí. ¿Explicarle su metodología? También. ¿Era eso imposible? Sin duda. En cuanto expusiera que iba a cubrirse los oídos con tapones de cera de abeja y enfrentar a Viktor, imposibilitado de un sentido, Alexa pondría el grito en el cielo e iría a rogarle al maldito psicólogo austríaco que hiciera su magia.

Y él no estaba para más experimentos médicos con acento alemán. ¡Al demonio con todos ellos!, quería a Serge lejos de Alexa, quería apartar sus manipulaciones de la mujer que amaba. Le creía a Alexa, cada palabra que decía, estaba seguro de que Amberg la había protegido, cuidado y sanado. También creía que era capaz de matar y que la única diferencia era que vacilaría con ella, nada más. ¡Que mantuviera sus malditas manos lejos de ella!

Se montó a caballo y cabalgó a máxima velocidad hasta llegar al punto de encuentro. Repetirían el sitio, de eso estaba seguro, porque no podían comunicarse para acordar otro y porque Alexa quería ese encuentro. Ella esperaba que Serge le quitara el condicionante antes de ir a por Viktor; le había rogado durante todo el viaje de regreso de Londres y la noche anterior, entre besos y caricias. Incluso se había enfadado y le había recriminado no pensar en ella, cuando precisamente quería mantener a Serge lejos por pensar en ella.

Los vio hablar. Estaban muy cerca el uno del otro y alcanzaba a vislumbrar el trato familiar. Amberg hasta parecía humano cuando estaba con Alexa; los demonios pueden adoptar la forma que deseen. Sintió los ojos fríos del médico posarse en él, su mirada helada, y pudo jurar que por un instante tuvo miedo.

¿Miedo de qué? ¿De que lo matara al fin? No, ese hombre no temía a la muerte. Al menos, a la suya.

Bajó del caballo y se acercó a grandes zancadas.

—Por favor, dime que no... —leyó el ruego en los labios del psicólogo. De Alexa solo veía la espalda. Se le erizaron los pelos de la nuca.

Lo siguiente pasó demasiado rápido; Serge sabía que no podía vacilar con un Prometheus y Alexa lo era, después de todo. Le dio la vuelta y le hizo un corte en la garganta. Un hilo rojo de sangre emanó de su piel y empezó a gotear sobre su lujoso vestido. Ese que Xiao le había regalado.

Corrió desesperado hacia ella. La melodía de Beethoven comenzó a sonar y lo paralizó en el suelo; la cabeza le latía con fuerza y era incapaz siquiera de cogerse las sienes. Ni siquiera se arrodilló para suplicar piedad. Con cada acorde, la sangre goteaba. La navaja de Serge se hundió más en la piel y Xiao vio que acercaba su boca a la oreja de Alexa y susurraba:

—Lo siento. —Clavó la punta filosa en el cuello.

Lo siguiente que Tobías supo fue que estaba sobre el doctor Amberg. No sabía cómo había sucedido ni qué demonio lo había poseído. Beethoven seguía sonando, se colaba en su mente como una melodía más. Una que marcaba el ritmo de sus puñetazos en Serge.

De pronto, otro cuerpo apareció en su campo visual y su puño se detuvo en el aire. Era Alexa quien ahora funcionaba como la cajita musical, quien gobernaba sus movimientos. Su mano se quedó congelada a un centímetro de la piel femenina. Alexa cubría el cuerpo del médico con el suyo.

—Hazte a un lado, Alexa, lo mataré.

—No me ha hecho daño.

Pero sí le había hecho daño, mucho; lo que Xiao no había llegado a oír era lo que el doctor había seguido diciendo: «Lo siento, esto dejará una cicatriz».

—Sangras.

—Si la hubiese querido muerta, le habría cortado la yugular —se quejó Amberg, saliendo del embrollo de cuerpos—. Ahora, si ya has dejado tu espectáculo de Prometheus, permíteme.

—¿Permíteme qué? —La única razón por la que no la mataba era porque Alexa abrió los brazos como los pavos reales macho extienden sus plumas y le impedía el paso. Tobías podía esquivarla, claro, pero para eso debía empujarla o cogerla en brazos con fuerza, y la idea de hacerle más daño le revolvían las tripas.

Serge llevaba consigo el maletín, lo había dejado en la calesa con la que fue a su encuentro. Corrió y regresó mientras la pareja seguía en esa extraña danza, al compás de un Beethoven que ya no generaba ningún efecto más que el que provoca el buen arte. En el punto álgido de la sinfonía, Alexa abrazó a Xiao y su sangre se derramó sobre la camisa masculina como un sello de unión.

Serge la hizo volverse; el brazo de Tobías la cogía por la cintura, funcionando como sostén, y el médico limpió la herida que él mismo había provocado. Era honda, lo suficiente para que el espectáculo surtiera efecto, pero no mortal. No había tocado ningún nervio, arteria ni vena importante. Sin embargo, estaba en lo cierto: dejaría una marca y no se le ocurrió mejor idea que provocar a Krage:

—Lo mínimo que espero de ti, Krage, es que le compres una gargantilla de diamantes todos los días de la semana, porque esta maldita cicatriz, como la otra, es por ti... por salvarte a ti.

—Serge... —le recriminó ella—. Ustedes dos son lo único que tengo en esta vida, ¿podrían no pelear más, por favor?

El psicólogo y Prometheus se miraron a los ojos: unos celestes hielo, otros negros noche. Arquearon las cejas al unísono.

—Claro... —dijeron a coro la misma mentira. Alexa se reclinó sobre el pecho de Xiao y Serge le vendó el cuello con una gasa que se tornó cobriza por la mezcla de sangre y yodo.

—Ya conoces los cuidados —dijo el médico, y le extendió el botellín de vidrio marrón. Se agachó a recoger la cajita musical y se la extendió a Krage como un pacto de no agresión—. No dejes de entrenar con tapones en los oídos y lleva a Roy y Trevor contigo al golpe. —Ellos dos eran el escudo de Krage, los mercenarios que, con sus instrumentos musicales, le brindaban a su jefe una melodía alternativa en la cual enfocar su mente si la maldita melodía de esas cajitas resonaba para dominarlo—. Que Viktor no sepa que conseguí mi cometido contigo. El factor sorpresa será tu aliado.

—¿Me estás dando un consejo sobre cómo matar al desgraciado? —Había analizado ese escenario mientras le atendía la herida a Alexa y había llegado a la misma conclusión: fingir que aún podían dominarlo con el condicionante—. Déjame retribuir el favor, Amberg, y brindarte un consejo: ¡desaparece de mi vista si no quieres que te corte los cojones y te los haga comer!

—Vaya con los modales —se quejó Serge, mientras recogía su maletín—. Uno esperaría un «Gracias, doctor, cuánto le debo».

—Serge... —volvió a reprenderlo Alexa, y solo por ella cerró sus labios y se marchó. Lo hizo silbando la Quinta sinfonía de Beethoven.

CAPÍTULO 17



El punto de encuentro de los Prometheus había cambiado. La oficina de Franz Cooper, en el centro mismo del imperio, no era el lugar adecuado para esa misión. En cambio, sí lo era el cuartel de Tobías Krage. El movimiento de los hombres llamaría la atención de Viktor Schwarz; era una ingenuidad creer que no los espiaba. Aun así, era el lugar más seguro de Inglaterra. Hacia allí fueron Franz con su esposa, Georgiana, y la bebé de pocos meses; lord Marcus con Irina y Gunnar.

Alexa se paralizó al ver al pequeño Cavendish, que era demasiado parecido a Little Lord a su edad, con la salvedad de que en los ojos del niño brillaba la vida. Se situaron en la habitación que Tobías empleaba como estudio y biblioteca, necesitaban hablar. Las mujeres y los niños se quedaron con Martha y Rose, que les brindaron la mejor de las atenciones. Alexa, por el contrario, se unió a ellos.

—¿Y bien? —La ansiedad habló en lugar de Franz Cooper. La bebida elegida para la ocasión fue café negro endulzado con azúcar; necesitarían energía. Tobías extendió un mapa y Alexa se puso de pie junto a él. Sus manos se rozaron cuando ambos, en un gesto idéntico, se inclinaron sobre el escritorio y el papel.

En esa ocasión no bastaron los espías de lord Marcus; Krage tuvo que enviar a uno de sus hombres, con entrenamiento militar, para recabar información.

—Aún no se le ha terminado el presupuesto, al muy maldito —dijo Tobías—. Ha contratado a un ejército de mercenarios para proteger el proyecto.

—¿Los conoces? —preguntó Cavendish.

—Sí, su jefe es Norton, un maldito psicópata. Trabajó un tiempo para mí, pero le gustaba matar por placer y hacer daño; no es eficiente, pero es un hombre con el que hay que ir con cuidado.

—¿Cuántos hombres hay? —Franz volvió a tomar la palabra.

—Unos treinta.

—No son tantos.

—El tema es cómo están distribuidos —intervino Alexa, girando el mapa que el cartógrafo de Tobías había dibujado con las especificaciones del espía—. Viktor no eligió un maldito castillo medieval por su tendencia a lo gótico, sino por sus fortificaciones.

—Tiene dos torres y un muro de piedra que lo rodea —señaló Krage—. La puerta principal es de esa época y está hecha con madera inquebrantable.

—Los castillos medievales suelen tener pasadizos secretos —dijo Marcus, también él se inclinó sobre el mapa. Pasó su dedo por las líneas, buscando posibles entradas.

—Todo está cubierto por sus hombres, tanto para que no entremos como para que no salgan los

niños.

—Lo podemos volar —dijo Franz, pero cerró la boca ante la mirada de fuego de Marcus. Cavendish había descubierto que tenía una debilidad: en su caso, no se trataba del amor ni de un vínculo de la infancia, sino de los niños. Bastaba con que un niño corriera peligro para que perdiera la cabeza. Y si ese niño en cuestión era su sobrino, ahora su hijo, Gunnar Cavendish, pues mejor échate a correr—. Nada de explosivos, lo entiendo.

El dedo de Marcus siguió trazando caminos posibles hasta que chocó con el de Alexa.

—Aquí —soltaron al unísono.

—Sí. —Tobías cogió un lápiz e hizo un círculo en ese lugar—. Schwarz eligió el castillo por su fortificación, pero es un obsesivo de la tecnología. Necesitó instalar un generador de energía eléctrica y tuberías con bombas de agua para no tener que cargar con cubos.

—Por supuesto —agregó Marcus con su tono socarrón habitual—, es un engorro ahogar niños si tienes que llevar los cubos por tu cuenta. La tecnología al servicio de la tortura, como le gusta a nuestro doctor.

—Lo bueno —siguió Tobías— es que podremos dar dos golpes a la vez: Cortar el suministro eléctrico e ingresar en la oscuridad.

—Usará lámparas de aceite también —dijo Franz estudiando el mapa—, ese generador no basta para todo el castillo y, además, no suele ser generoso con las clases bajas. Las cocinas, la zona de lavado y los aseos emplearán velas o lámparas.

—Tienes razón, pero a nosotros tampoco nos importan las clases bajas —respondió Tobías. No iban a por esos empleados, sino a por los grandes. Los médicos, las enfermeras y los carceleros.

—De todos modos, tenemos que ir con cuidado —dijo Alexa mirando a sus antiguos compañeros—. En nuestra época, los empleados eran unos lenguas largas. Le temen más que los niños.

Los tres asintieron. Continuaron ideando el plan. Eran Prometheus y, aunque buscaban venganza, sus motivaciones personales no afectaban a su eficacia. Irían armados, con hombres suficientes para tomar el control de la situación y evitar que el ego jugara un papel relevante. Si Wolf, Tupper, Roy, Trevor o cualquiera tenía la posibilidad de matar al desgraciado de Schwarz, podían hacerlo.

—Entonces —resumió Marcus—, nuestro punto débil es la entrada, estaremos todos juntos y dudo que Viktor tenga reparos en usar explosivos.

—Exacto —dijeron los otros tres al unísono.

—Una vez dentro...

—El mismo fuerte que lo protege lo retendrá, no tendrá salida.

—Esperemos que así sea —murmuró Alexa, poco convencida. Solo una cosa no le cuadraba del plan: faltaba Serge. ¿Dónde demonios estaría?

El trayecto a Mánchester lo hicieron en varios carruajes y con caballos. Los cuatro Prometheus montaron y se separaron del grupo por si recibían un ataque antes de tiempo. Alexa llevaba un traje de caza muy similar al de Marcus Cavendish, parecía su hermano. De algún modo lo eran: habían formado parte del mismo grupo de control y había que admitir que algunos de los experimentos de Viktor daban resultado. Las personas suelen moldear sus formas de sociabilización, lucha, cultura y comportamiento con el fin de encajar. Eso, en la más tierna infancia, se convierte en un patrón de comportamiento casi imposible de erradicar. Por eso, los traumas infantiles eran los más duros.

Tobías, en cambio, era salvaje; su grupo era más orgánico y menos jerárquico. El de Franz Cooper era el más estricto, tanto que una de las integrantes siguió los pasos de su líder fuera de Prometheus, hasta convertirse en su sombra, en su servidora y en su traidora: Florence Sharp. Florence se había acostumbrado tanto a estar bajo el mando de Franz que no supo qué hacer con su vida cuando finalizó el entrenamiento; la locura la alcanzó años después, cuando Cooper, en lugar de volcarse hacia ella, halló en Georgiana el equilibrio entre el placer y el deber.

Era de noche cuando llegaron; necesitaban la oscuridad. Los demonios son criaturas de las sombras. La luna apenas se vislumbraba en el cielo.

El castillo se erguía sobre una colina como un gigante de piedra, su silueta recortada contra un cielo teñido de gris por las nubes que presagiaban tormenta. Era un bastión de tiempos inmemoriales, las historias de batallas y traiciones se habían impregnado en cada grieta de sus muros y, pese a ello, las paredes no habían atestiguado horrores peores que los que albergaban en ese momento. Su torreón central dominaba el paisaje, un monolito imponente coronado por almenas desgastadas por siglos de viento y lluvia. Desde lo alto, en lugar de estandartes, se veían las bocas de los cañones, dispuestos a disparar contra un enemigo muy distinto al de antaño.

Las murallas que rodeaban el castillo eran gruesas y desnudas, construidas con bloques de granito tan grandes que parecía imposible que hubieran sido colocados por manos humanas. En sus caras, las cicatrices del tiempo se entrelazaban con las marcas de antiguos asedios. Le llegaba la hora de uno más.

El puente levadizo estaba elevado y el foso estaba seco y muerto. Las cadenas, oxidadas pero robustas, eran tan irrompibles ahora como en la Edad Media. Al otro lado, la gran puerta de madera, reforzada con bandas de hierro y tachonada con clavos del tamaño de un puño, se abría a un patio interior que en otro tiempo había sido un hervidero de actividad. En ese presente, el silencio solo se veía interrumpido por los gritos de los niños torturados.

El patio estaba rodeado de edificios auxiliares. Los viejos establos se habían transformado en almacenes y la herrería en farmacia.

Dieron el rodeo, se escondieron en los árboles y esperaron a estar todos para hacer el primer movimiento.

—¿Listos? —Krage tomó la delantera, cogió los cables con un guante de piel que recubría su mano, tiró con fuerza y desconectó el generador. A continuación, con el hacha que llevaba a la espalda, los cortó para que no pudieran volver a conectarlos con facilidad.

El castillo, ya en silencio, resultaba tétrico. Solo se oía el viento silbando, pero la brisa le trajo otro sonido: el hierro rozando la piedra. Las torres movían los cañones; debían apresurarse.

Las botas hicieron ruido al contacto con el agua del desagüe. Algunas ratas se dieron a la fuga por el temblor de los pasos de los veinte hombres presentes; era el número adecuado, más de treinta llamarían la atención y perderían el efecto sorpresa. Con menos de esos, estarían en desventaja contra los hombres de Norton, por más que Krage estaba convencido de la superioridad de su ejército.

Debían avanzar agachados. Ese espacio estaba diseñado para llevar cables y cañerías, y Marcus no pudo contenerse y comentó:

—Sabrá de medicina, pero sin duda no sabe de ingeniería. ¿A quién se le ocurre poner la electricidad junto al agua?

—¡Shh! —lo reprendió Alexa.

—Solo decía.

—Cierra el pico, Little Lord —se quejó Franz, sacudiendo su bota enlodada.

No fue la reprimenda de Franz lo que le hizo callar, sino el ruido de huesos al romperse.

—Krage ha llegado a la puerta —dijo sin más. Sin lugar a dudas, esos huesos no pertenecían a su hermano Prometheus.

—Camino libre —indicó Tobías, apartando al hombre muerto. Le había roto el cuello sin que llegara a dar la alerta. Los invasores se dividieron en dos grupos de diez: Alexa, Tobías, Roy, Trevor y los seis restantes tomaron el ala este. Franz, Marcus, Wolf, Tupper y los seis restantes, el oeste. A partir de ese momento, debían atenerse al plan: el que encontrase a Viktor y lo matara sería el vencedor.

El inicio de la acción tuvo lugar en el ala oeste. Los hombres de Norton entendieron que el invasor había franqueado las barreras y estaba dentro, por lo que era en vano permanecer en las torres. Los disparos no tardaron en resonar y el eco de las armas de fuego era ensordecedor entre las paredes de piedra, donde los casquillos eran traicioneros al rebotar.

Uno de los hombres de Tobías resultó herido en el hombro, por lo que Tupper lo arrastró lejos de la línea de fuego y decidieron proteger la retaguardia. Marcus y Franz avanzaban con seguridad; cualquiera diría que no eran humanos al verlos. Parecía que esquivaban las balas, pero en realidad estaban calculando.

Calculando cuántos metros podían avanzar y cuántos disparos les quedaban.

Calculando cuántos metros podían avanzar.

Calculando cuál era el punto más probable en el que el enemigo dispararía.

Las melodías metálicas de las cajitas musicales comenzaron a resonar. Mozart para Franz, Tchaikovski para Marcus, y una lluvia de balas para los dos.

—Supongo que aún no les ha llegado el memorándum —bromeó Marcus. Cogió a uno de los hombres y le rebanó el cuello con su cuchillo curvo. Pasó por encima del cuerpo inerte y pegó la espalda a la pared. Una bala viajó delante de sus ojos y, sin más, lanzó otro cuchillo al tirador.

Franz, por su parte, había clavado una navaja en la columna de uno de los contrincantes y lo usaba de escudo humano. El pobre cadáver recibía los impactos que iban dirigidos a Cooper.

—Quizá crean que fue cosa de una vez, o que si Georgiana no me acompaña, la melodía aún surte efecto en mí.

Tobías tenía razón, el problema con Norton era su psicopatía. Sus hombres preferían enfrentarse a la muerte segura en manos de un Prometheus que retroceder y enfrentarse a Norton.

El combate continuó durante unos minutos más, durante los cuales Wolf mató a tres contrincantes y los Prometheus a cinco cada uno. Los que le protegían la retaguardia habían eliminado a tres. Y, en su caso, no fue necesario disparar ni una vez. Cooper tenía su pistola lista y cargada por si se cruzaba con Schwarz. Marcus ya había elegido el cuchillo como su arma favorita. Sin embargo, se miraron y negaron con la cabeza.

Eran el equipo perdedor.

—No sé si lamentarme o preocuparme —manifestó Cavendish al ver a Norton. El maldito tenía una mirada demencial, estaba cubierto de dinamita y dispuesto a inmolarse a cambio de llevarse a dos Prometheus con él—. Porque nosotros hemos eliminado a unos veinte, ¿verdad?

Fran suspiró, levantó su pistola. Norton corrió hacia ellos, soltó un grito de guerra y se dispuso a

prender fuego a las mechas de los explosivos.

—¡Van a morir!

Franz disparó. Norton cayó al suelo antes de dar el golpe.

—Eres un aguafiestas —dijo Marcus sonriendo. Una vez más, la eficiencia de Franz prevalecía.

—¿Estábamos en una fiesta? Porque me parece que el equipo B se ha llevado toda la diversión. A nosotros nos esperaba Norton y sus hombres, lo que implica que Viktor preparó una sorpresa para el otro grupo.

—Dos cosas... —Marcus se agachó y recogió la dinamita que estaba atada al cuerpo de Norton, podía servirles más adelante y, además, no quería que estuviera al alcance de nadie que pudiera poner en riesgo la vida de los niños—. Uno, ¿quién te ha dicho que nosotros éramos el grupo A?

—Siempre fui el grupo A, soy el preferido de papá —ironizó. Marcus rio, prefería esa versión de su hermano Prometheus que la nihilista que supo tener.

—Y dos... Me parece que esta vez ellos son el grupo preferido. ¿Qué crees que les espera?

—Vayamos a averiguarlo.

Dieron dos pasos en esa dirección cuando una explosión hizo temblar las piedras del castillo. Algunas cayeron, cortando el camino y aislando al grupo A del B.

Se volvieron para buscar otra salida y se encontraron con una vieja amiga.

—Florence —dijeron al unísono.

Tobías y Alexa supieron que se dirigían a una trampa cuando vieron que nadie les cruzaba el camino.

—Maldito Viktor —gruñó Tobías.

El corredor estaba sumido en una penumbra inquietante, apenas iluminado por algunas velas que chisporroteaban en sus soportes de hierro forjado. Las paredes de piedra húmeda parecían cerrar el espacio, mientras un eco lejano de pasos resonaba como un tambor siniestro. Tobías y Alexa avanzaban en silencio, sincronizando sus movimientos, atentos a cualquier sombra que pudiera moverse.

Sus cabezas analizaban cualquier posible escenario: explosivos, ataque por la espalda, tiroteo, el disparo de un cañón...

Entonces, los vieron. Cuatro figuras emergieron de la oscuridad al final del pasillo. Eran jóvenes, apenas unos adolescentes, pero algo en sus ojos vacíos y en la manera errática en que se movían los delataba como diferentes. Sus cuerpos temblaban, pero no por miedo, sino como si estuvieran poseídos por una fuerza externa que los empujaba hacia adelante. Las manos de cada uno empuñaban armas improvisadas: cadenas, cuchillos mellados e incluso un candelabro roto que goteaba cera.

—Hijo de perra —masculló Tobías.

—Son Prometheus —susurró Alexa, su voz apenas audible. Eran la próxima camada de Prometheus, estaban bajo los efectos del condicionante y la hipnosis. A lo lejos comenzó a sonar Beethoven, y Alexa miró a Tobías esperando su reacción.

—Solo me duele la cabeza, tranquila. Tenemos un problema más grave que mi condicionante.

—Lo sé, el de ellos —respondió Alexa, tensando los puños. Se cruzaron las miradas, hubo un entendimiento silencioso. No había tiempo para dudar. No podían matarlos.

Los jóvenes arremetieron como una tormenta desatada, gritando con voces quebradas, mientras sus rostros desencajados denotaban una mezcla de ira y desesperación. Tras ellos, otra horda de jóvenes hipnotizados.

—No los maten —ordenó Tobías a sus hombres—, o al menos, traten de no hacerlo, o Cavendish se pondrá loco y entonces sí que tendremos problemas.

El primero en llegar, un chico delgado pero rápido, lanzó una cadena como un látigo, apuntando al rostro de Tobías. Este esquivó el golpe con un rápido movimiento hacia un lado y, al coger la cadena al vuelo, tiró con fuerza. El chico perdió el equilibrio y cayó al suelo con un gruñido, pero Tobías se aseguró de no golpearlo demasiado: un rápido empujón con la rodilla en el pecho bastó para mantenerlo fuera de combate.

Mientras tanto, Alexa se enfrentaba a dos a la vez. Una chica de cabello enmarañado atacó con el candelabro, girándolo como si fuera una maza. Alexa retrocedió, midiendo sus movimientos, y dio un paso adelante en el momento justo, bloqueando el golpe con su antebrazo y torciendo la muñeca de la chica con un movimiento fluido. El candelabro cayó al suelo con un estruendo metálico. Antes de que pudiera recuperarse, Alexa barrió sus piernas con una patada baja, derribándola sin causarle demasiadas lesiones.

El segundo oponente de Alexa, un chico más corpulento, se abalanzó con un cuchillo. Alexa retrocedió cuando el cuchillo cortó el aire frente a ella, lo desvió con un giro de su brazo, atrapando la muñeca del joven y doblándola hacia atrás. El cuchillo cayó al suelo y, con un giro rápido, Alexa lo empujó contra la pared inmovilizándolo.

Krage, por su parte, se enfrentaba al último, un joven que parecía más fuerte que los demás. Blandía un palo con clavos en un extremo que giraba en el aire con fuerza peligrosa. Tobías esquivó los primeros golpes con movimientos precisos y casi calculados. Cuando el joven alzó el arma de nuevo, Tobías aprovechó el momento para deslizarse hacia adelante y entrar en su guardia. Con un golpe certero en el costado, lo desarmó y, con un giro de su cuerpo, lo empujó contra el suelo, asegurándose de que no pudiera levantarse.

Se volvió, sus hombres se encargaban de los demás. Uno de los muchachos estaba herido de gravedad, probablemente moriría. Tobías debió ser práctico:

—Iba a morir de todos modos si no habíamos venido, iba a perecer en manos de los otros. — Alexa asintió, pero regresar a un hospicio Prometheus estaba abriendo viejas heridas en ambos—. Lo tienen bajo control —dijo en alusión a los hombres—, vayamos a por Viktor. Él mató a ese niño cuando lo sumó a su proyecto. Joder. —Y, contra todo su entrenamiento, su psicología y sus avances, derramó una lágrima por la suerte de esos niños, y por la niña y el niño que fueron y por la vida que les arrebataron.

—Vamos.

Los sonidos de los golpes quedaron atrás. El silencio y la oscuridad los rodearon de nuevo, avanzaron solos y precavidos ante la posibilidad de otra sorpresa. Usar nuevos Prometheus había sido un golpe bajo; Viktor apelaba a lo que consideraba debilidad. Los trataba como casos fallidos, como experimentos que debían eliminarse del mundo. ¿Cuántos jóvenes más tenía allí? ¿Qué nuevas formas de tortura empleaba con ellos?

—Xiao... —Alexa lo detuvo—, delante de ellos había otro grupo de nuevos Prometheus, pero estos estaban paralizados. Estaban en trance.

—¿Qué demonios trama este maldito?

Alexa se estremeció y negó con la cabeza. Eran unos doce; si hubiesen recibido el ataque de todos juntos, habría sido una masacre. Lo reconoció al instante, por costumbre, por instinto.

—Serge... —susurró—, los ha hipnotizado Serge. —Lo buscó en las sombras —sonrió, ¡estaba ahí! Estaba para dar su golpe, se entusiasmó Alexa, quería obsequiar a su mentor con su merecida venganza. La cabeza fría de Viktor Schwarz en bandeja—. Ven, el camino está despejado.

Unos pasos apresurados resonaron en el pasillo. Tobías y Alexa no podían ver, pero ella lo cogió de la mano y lo guió hacia las sombras. Pasaron entre los jóvenes inmovilizados, como si fueran estatuas de cera.

—¡Tú! —gritó Viktor. Un disparo resonó. Alexa supo que el grito iba dirigido a Serge, así que apresuró el paso. Tobías también corrió, desesperado, en dirección a los sonidos—. No escaparás, maldita rata. —Otro disparo.

Lo tenían cerca, iban a atrapar a Viktor Schwarz. Por fin se haría justicia.

Franz y Marcus vieron a Florence. Entonces les llegó el olor a aceite derramado. Notaron que el vestido de la mujer estaba impregnado.

—Dime que no... —empezó Cavendish.

—Creo que sí.

Florence Sharp llevaba un año siendo objeto de los experimentos de Viktor, pero no los que reservaba para sus Prometheus, sino los otros, los que probaba en personas desechables antes de pasar a sus niños. La mente de la mujer estaba muerta, su cuerpo era la peor de las prisiones y había llegado el momento de liberarla.

Acercó la cerilla al vestido.

Paf.

Se convirtió en una antorcha humana; sin gritar ni retorcerse, corrió en dirección a Franz, abrazándolo y convirtiéndolo en una llama viva como ella.

—Debiste matarme cuando tuviste la oportunidad —fueron las últimas palabras de Florence Sharp, demasiado calmadas. Tras ella, el reguero de aceite hizo lo suyo y el fuego se propagó por todo el castillo.

—¡Apáguenlo! —ordenó Marcus a Wolf y los demás—. Encárguense de Franz, joder. Se sacó la chaqueta y apartó el cuerpo incinerado de Florence del de Cooper. Cooper se retorció y rodaba por el suelo extinguiendo las llamas, mientras los demás hombres lo ayudaban. Le había chamuscado parte del cabello y le saldrían ampollas por todo el cuerpo, pero viviría para ver un día más de sol.

—¿Adónde va usted? Allí será un infierno —le gritó Tupper a Marcus cuando lo vio correr dispuesto a atravesar las llamas que se extendían por el pasillo.

—Exacto —contestó Franz, demasiado adolorido para sumarse a la contienda—, va a rescatar a los niños del infierno. Vayan con él, joder, no puedo moverme. Y vio cómo la tela de su ropa se fusionaba con su piel chamuscada.

Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las

tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día.

Pero esa luz no era la de Dios, sino la del diablo, la del infierno, la del incendio. Una barrera de fuego atravesó el corredor y, tras las llamas, vieron a Schwarz huyendo. Esa zona del castillo estaba en ruinas; el fuego había alcanzado las vigas de madera, que, por el paso del tiempo, eran el único sostén de las piedras del castillo. El sonido de los derrumbes los rodeaba.

—Serge... —lo llamó Alexa y atravesó la barrera de fuego.

—¡Joder, Alexa! —Tobías fue tras ella—. Amberg está bien —la alcanzó antes de que se adentrara más en el incendio—. Si supo cómo entrar, sabrá cómo salir. Debe conocer un camino de salida.

Ella asintió, Xiao tenía razón. Serge estaba bien, o todo lo bien que se le podía pedir tras el fracaso de la operación. Viktor escapaba una vez más, había logrado su propósito.

—Mierda, mierda, mierda... —gruñó y se adentró más en el incendio—. No podemos dejarlo escapar, Tobías, no... Lo volverá a hacer: robará niños, conseguirá otros inversores, nuevos médicos... ¡Mierda! Tenemos que detenerlo hoy, ahora mismo.

Él la cogió de la mano e intentó retenerla. Una viga se soltó y cayó sobre ellos, obligándolos a soltarse.

—Alexa... —Ella quedó atrapada entre los dos muros de fuego.

—Huye, Xiao. —Alexa se volvió, evaluó atravesar el incendio, buscar la salida que utilizó Viktor y morir por la causa.

—Jamás —gritó del otro lado de las llamas—, algo ha cambiado en estos años, no solo tu apariencia y mi nombre. —Clavó sus ojos negros en los grises de ella; el fuego proyectaba su luz naranja en sus rostros, llevaban una nueva marca en la piel que los conectaba y los unía—. Ahora los dos somos buenos escabulléndonos —dijo, empleando las mismas palabras que ella había usado cuando se negó a abandonarlo en el incendio. Se quitó la chaqueta, se cubrió lo mejor que pudo y saltó las llamas hasta llegar a su lado. La rodeó con su cuerpo y saltaron la siguiente barrera juntos.

Cada ampolla serían réplicas, cada cicatriz, rojez o marca eran un reflejo el uno del otro.

—Busquemos la salida que empleó Viktor —dijo Alexa, le dio un rápido beso en los labios y se pusieron a correr.

Serge maldecía: Viktor se le había escapado una vez más y eso era culpa suya. Porque, en el momento en que comenzó el incendio, el psicólogo vaciló. Un segundo bastaba para perder contra Schwarz; nunca más se permitiría un momento de debilidad como aquel. Un pensamiento humano en el momento menos indicado: los jóvenes hipnotizados.

Lo último que vio Serge antes de perder fue la sonrisa satisfecha de Viktor Schwarz. Cerró los ojos y fue a por los jóvenes.

Marcus y los demás hombres llegaron al pabellón de los niños, que estaba rodeado. Menos mal que llevaba los explosivos, porque estaban encerrados. Los médicos habían huido como ratas, dejando a los pequeños tras puertas con candados.

Wolf voló las puertas, era un experto, sabía cuándo usar y dónde poner los explosivos para que no hubiera heridos ni derrumbes peores. Algunos de los pequeños eran casos perdidos, eran peligrosos. Marcus los dormía uno a uno apretando sus arterias carótidas hasta conseguir que se

desmayaran con seguridad y poder cargarlos fuera.

En el patio central encontraron a Franz, que, pese a que su piel estaba en carne viva, ayudaba a los críos que habían logrado escapar por sus propios medios.

—¿Tobías y Alexa? —preguntó Marcus. Esperaba una buena noticia.

Franz negó con la cabeza.

Sin soltarse, corrieron hasta lo que parecía ser el despacho de Viktor. Allí encontraron la salida, el viejo tubo por el que antes se lanzaban las heces fuera del castillo.

—Una buena analogía —dijo Tobías—, es mierda y ha salido como tiene que salir la mierda.

—Te recuerdo, por si lo has olvidado, que tenemos que usar la misma salida. Y esta vez te concedo el privilegio... Los caballeros primero.

Xiao consiguió sonreír; la operación había sido un desastre, pero no había perdido a Alexa. Volverían a golpear una, dos, mil veces más. Desde que estaba con ella, no le temía a la eternidad. Coló sus botas por el agujero y se lanzó fuera del castillo.

Al tocar tierra firme, se dio la vuelta y extendió las manos. Alexa cayó en sus brazos, donde siempre estaría a salvo.

En el bosque, encontraron las huellas frescas de Viktor, siguieron el rastro y lo perdieron en la ciudad de Mánchester. No podría ir demasiado lejos, se creía invencible, pero todos tienen una debilidad. Y Serge Amberg había descubierto la de Viktor Schwarz. Después de todo, el operativo no podía considerarse un fracaso. Por lo menos para él.

CAPÍTULO 18



Los jóvenes Prometheus permanecían como estatuas, solo que ahora estaban en el exterior. Habían salido del incendio en estado de hipnosis, lo que probaba que Serge no había ido tras Viktor, sino que había vuelto sobre sus pasos para salvarlos. Alexa lo buscó en las sombras; sentía su presencia, pero no alcanzaba a verlo.

Las quemaduras de Franz no eran de extrema gravedad, pero requerían atención para sanar sin infecciones ni cicatrices demasiado grandes. Marcus, por su parte, estaba fuera de sí. Consiguieron salvar a casi todos los niños... Casi... algunos perecieron en el infierno desatado por Schwarz, lo que aumentó su deseo de venganza.

Tobías y Alexa intentaron hallar al doctor en el bosque, buscar sus huellas para impedirle escapar. Era imposible. Viktor era precavido y siempre contaba con un plan de escape. Sabía que jugaba con el destino, que le tocaba la cola al diablo, y el diablo, tarde o temprano, se vuelve hacia ti y se cobra las deudas.

Tres demonios serían sus cobradores.

—¿Qué haremos? —preguntó Tobías al llegar al patio—, lo que sea que decidamos, debemos apresurarnos, no sabemos cuánto les durará la hipnosis —señaló a los jóvenes— y pueden ser muy peligrosos.

Los tres hombres se miraron con complicidad. Sí, podían ser letales; a esa edad, ellos habían sido capaces de matar.

—Necesitamos llevarlos a mi casa del condado —respondió Marcus. Allí tengo todo diseñado para lidiar con casos fallidos.

—¿Está Haven allí? —preguntó Krage. Así se llamaba la niña, aquella pequeña a la que Cavendish había salvado meses atrás. La muchacha, un caso fallido de Prometheus, había elegido por fin un nombre e identidad propios, lejos del pasado y de las garras de Viktor. Pero el pasado la perseguía, porque aún sufría alucinaciones, noches de sonambulismo y algunos ataques violentos. Marcus había adaptado la vieja casa del condado a las necesidades de la joven y había instalado sistemas de seguridad por si Viktor decidía ir a por ella y eliminar el cabo suelto.

Al parecer, Viktor tenía otras prioridades de momento, como no morir a manos de sus casos de éxito.

—Sí, hay espacio para todos. Me preocupan más estos... —Señaló a los adolescentes. Sus ojos empezaban a mostrar indicios de desesperación; eran conscientes de la parálisis de sus cuerpos y de que estaban a merced de aquellos hombres.

Alexa apenas hablaba, solo tenía ojos para ellos. Amberg se estaría lamentando; lo conocía demasiado bien. Él, que pensaba que todo era aceptable en su plan de venganza, había cambiado de opinión y los había sacado de allí. La muerte que iban a tener esos jóvenes era la que el psicólogo le deseaba a su enemigo: atrapado en los fantasmas de su mente, impotente ante la fuerza del destino.

Entonces, ¿existía alguna clase de redención para su mentor?, ¿o estaba siendo una romántica, como él le reclamaba?

Por fortuna, Tobías estaba en plena posesión de sus facultades. Sus quemaduras eran menores que las de Franz, solo contaba con esa nueva, que los unía por fuego una vez más, y no estaba alienado por la debilidad como Cavendish. Por eso fue él quien halló la solución.

—Tomaremos el tren...

—Cuando dices «tomaremos el tren», ¿no te refieres a comprar billetes, verdad? —preguntó Alexa, sonriendo.

—No, soy un hombre carente de simbolismos. Para mí todo es literal, tomaremos el tren a Londres... por la fuerza.

Uno de los hombres de Krage fue el encargado de ir en busca de las mujeres y Gunnar. Se reencontrarían en la estación de tren de Manchester, de lo contrario, sería Franz quien perdería la jodida cabeza. Necesitaba saber que Georgiana estaba bien, asegurarse de que Viktor no iba a por ella. Detestaba saberlo libre y conocedor de su mayor debilidad. Marcus estaba directamente fuera de sí, apenas hablaba, su sarcasmo se había esfumado, su máscara social, resquebrajado. Ante ellos tenían al verdadero Cavendish, al de los movimientos mecánicos, al que solo su familia podía contener.

Xiao y Alexa eran afortunados, se tenían el uno al otro, bastaba alzar la mirada para saberse a salvo. Ella era comprensiva con los otros dos, con la fría ira que dominaba su pensar y sentir, Tobías no era dado a la simpatía. Demasiados años siendo un Prometheus. Lo único que analizaba de las acciones de sus compañeros era la necesidad de ser él y sus hombres quien se encargaran del operativo. Marcus podía ser demasiado sanguinario cuando estaba así y Cooper... pues demasiado ¿eficiente? Por no decir que dispararía a cualquier cosa que se cruzara en su camino hacia Georgiana.

—¿Desde cuándo soy yo el más cerebral? —se mofó de sí mismo, dirigiendo su montura con Alexa en brazos. Los carruajes iban a rebosar de niños y jóvenes atados. Uno de ellos ya había despertado, era el líder de uno de los grupos. Mentalidad fuerte, analítica, letal... pero no era un caso fallido, sino uno de éxito. El muchacho estaba estudiando cómo escapar, sabía que no estaba en peligro real, que eran su puerta de salida del proyecto. Sin embargo, de ahí a dejarse ayudar... No, era todo un Prometheus.

—Eres cerebral desde que tu corazón está tranquilo, Xiao —le respondió ella, posando su mano en el pecho.

Les llevó más de dos horas llegar a la estación de tren, por lo lento que debían avanzar. Las mujeres y Gunnar esperaban en el andén y el tren a Londres anunciaba su arribo en tres minutos.

—Marcus, quédate con los niños. Franz... —Franz ya estaba en brazos de su mujer, que analizaba las heridas con pavor. Un toque de ella bastaba para regresarlo a sus cabales.

—Yo me encargo de la custodia. Little Lord necesita un poco más que un abrazo... —Gunnar estaba montado en su espalda, Irina intentaba hallar la vida tras sus ojos, y él lo único que repetía era que habían muerto niños en el incendio y que matar a Viktor ya no era suficiente, ansiaba verlo sufrir, padecer, agonizar...

Por fortuna, los niños que lo escuchaban estaban más allá del bien y del mal, no se aterraban por las amenazas de Cavendish. Al contrario, lo miraban con lo más parecido a la esperanza brillando en sus ojos atormentados.

—Eso mismo.

Alexa les hizo señas a los hombres de Tobías. Wolf, Roy y Trevor irían con ellos, no necesitaban más. Tupper regresaría al cuartel con los restantes. El claxon sonó como un aviso de acción.

Los primeros rayos del amanecer cubrían las vías como un manto naranja, que se sumaba al resplandor intermitente de las farolas de gas a lo largo de la estación de Manchester. El tren se detuvo en el andén, descendieron solo un par de pasajeros, y comenzaron los preparativos para su viaje hacia Londres. Dentro, las luces cálidas del vagón de primera clase iluminaban los rostros de damas y caballeros ataviados con sus mejores galas, mientras el traqueteo de maletas y baúles llenaba los vagones de equipaje al final de la línea.

Tobías Krage revisó el reloj de bolsillo con una calma engañosa. Su mirada, fría y calculadora, se posó en sus compañeros. Wolf, con su imponente figura y su abrigo largo, parecía una sombra más de la noche, mientras que Roy, con su sonrisa ladeada, daba la impresión de estar siempre al borde de un chiste. Trevor mantenía las manos nerviosas metidas en los bolsillos, pero sus ojos brillaban con intensidad. Extrañaba sus instrumentos musicales, no soportaba más el ruido del combate. Alexa estaba a un lado, su presencia era como el filo de una daga escondida: elegante y letal.

—Saben lo que hay que hacer —murmuró Tobías, con voz baja pero cargada de autoridad—. Sin errores. Sin bajas. Esto tiene que parecer un acto de precisión, no un caos. Ya tuvimos demasiado caos esta noche.

Los demás asintieron. Trevor tragó saliva, pero no dijo nada. Wolf cruzó los brazos, relajado como siempre, mientras Alexa le rozó la mano quemada, estaban juntos y eso sería un juego de niños en comparación a lo anterior.

El silbato del tren resonó, agudo y penetrante, señalando la inminente partida. Tobías dio la señal con un leve movimiento de cabeza, y el grupo se dispersó en la penumbra. Wolf y Roy se dirigieron hacia los vagones traseros, mientras Alexa y Trevor se movían hacia los laterales, mezclándose con los pocos pasajeros que aún subían a bordo. Tobías, por su parte, avanzó hacia la locomotora, su silueta oscura contra la luz de la luna.

—¡Eh, tú! —gritó un trabajador del tren al ver a Wolf y Roy acercarse al último vagón sin billetes visibles—. ¿Qué hacen aquí?

Wolf no respondió. Su mano se cerró en torno al hombre con una fuerza brutal, empujándolo contra la pared del vagón. El trabajador intentó gritar, pero Roy le cubrió la boca con un pañuelo, asegurándose de que no diera la alarma.

—Aunque no lo creas, somos los buenos aquí —susurró Roy, mientras ataban al hombre con cuerdas que habían escondido bajo sus abrigos.

Mientras tanto, Alexa y Trevor abordaron el tren sin problemas, los pasajeros los miraban con sorpresa, buscaban una salida, pero el tren ya estaba en movimiento. Solo esperaban que esa extraña dama usando traje de caza y su acompañante se conformaran con un par de joyas menores. La tarea no era robar, era vigilar a los guardias de seguridad. Trevor, nervioso pero decidido, se dirigió al vagón del comedor, donde debía cortar cualquier intento de comunicación con la locomotora.

Tobías llegó a la locomotora justo cuando el tren empezó a moverse. El maquinista y el fogonero estaban demasiado ocupados con los controles como para notar su presencia de inmediato. Fue el

fogonero quien lo vio primero, un hombre robusto con el rostro manchado de hollín.

—¡Eh! ¿Quién demonios eres tú? —gritó, girándose hacia Tobías con una pala en la mano.

Tobías no perdió el tiempo. Con un movimiento rápido, desvió la pala con su antebrazo y golpeó al hombre en el estómago con el puño, haciéndolo caer hacia atrás. El maquinista, alarmado, intentó alcanzar una palanca. No logró su cometido. Tobías lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo empujó contra el panel de controles.

—No lo hagas más difícil de lo que tiene que ser, no te pagan lo suficiente, yo puedo pagarte más —dijo con un susurro amenazante.

El maquinista levantó las manos en señal de rendición, pero el fogonero, creyéndose un héroe, se recuperó rápidamente y se lanzó hacia él con un grito de rabia. Antes de que pudiera alcanzarlo, Wolf apareció por detrás, había subido a la locomotora desde un lateral. De un solo golpe con el mango del cuchillo, dejó al fogonero inconsciente.

—Tómate tu tiempo, Wolf —dijo Tobías, levantando una ceja.

—Los explosivos siempre llegan a tiempo, los explosivos son amigos, no enemigos —respondió Wolf, arrastrando al fogonero hacia un rincón y asegurándose de que estuviera fuera de combate.

Con la locomotora a su merced, Tobías ajustó las palancas para mantener la velocidad del tren. No podían detenerlo todavía; necesitaban mantener la ilusión de normalidad hasta que Alexa y los demás completaran su parte.

Con el tren completamente bajo su control, Tobías, Wolf, Roy, Trevor y Alexa se reunieron en la locomotora. Krage revisó el reloj de bolsillo mientras el tren avanzaba a toda velocidad por las vías. A una milla de allí, accionaron el freno de emergencia.

Alexa, Trevor y Roy se encargaron de bajar a los pasajeros, mientras desde fuera, Marcus y Franz se encomendaban a la tarea de subir a los niños y a los jóvenes, la mayoría de ellos ya despiertos y dispuestos a luchar por su libertad. No podían dejarlos ir, no hasta evaluar cuáles podían ser demasiado peligrosos para vivir en sociedad.

Una vez estuvieron todos arriba —usaron los vagones de primera, porque no había motivos para sufrir—, el tren se puso en marcha una vez más con Tobías y Wolf como conductor y fogonero.

No llegaron a la estación de Londres, frenaron antes, en las inmediaciones de las tierras del condado de Salisbury. La vieja mansión era ahora un fuerte, uno cuya reina era Haven. Ella, como si aquello se tratara de un evento social, les dio la bienvenida y acomodó a los *recién llegados* en sus habitaciones de invitados.

Una vez que Haven, Gunnar e Irina estuvieron bajo la mirada azul de Marcus, este volvió en sí. Sirvió whisky, como si aquello fuera un encuentro entre amigos y soltó sin más:

—Franz, necesitas un baño. Haré que te preparen la tina.

Cooper, acostumbrado a la demente excentricidad de Little Lord, aceptó la sugerencia. Lo cierto era que lo necesitaba, sobre todo para limpiar las heridas antes de que se infectaran. Georgiana fue con él, sería ella, con sus amorosas manos, quién se ocuparía de arrancar cada pedazo de tela chamuscada, como él hizo una vez, arrancando vidrios rotos de sus plantas de los pies.

Tobías y Alexa permanecieron fuera, necesitaban aire, estrellas, frío y volver a casa. Estaban sucios, también heridos y, sobre todo, frustrados. Se recostaron sobre el cuidado césped cegado, junto al único rosal rojo de las tierras del condado. Los demás eran blancos, otra de las rarezas Cavendish.

Se dieron un hondo beso, que pronto se convirtió en caricias y gemidos. Alexa se separó, rio sin apartar sus ojos grises de los negros de él.

—Aguarda, tenemos visitas.

—¿Qué, cómo? —Xiao siempre conseguía percibir la amenaza, empezaba a descubrir que una única persona sabía cómo esconderse de sus ojos de águila. Por suerte, Alexa siempre lo percibía—. Serge...

—Quédate aquí.

—¿Por qué?, ¿no quieres que me enfrente a *mi suegro*? —bromeó. Pudo jurar que escuchó el gruñido molesto de Amberg al otro lado de la arboleda. Xiao hizo lo inesperado tras ese horrible día, reír a carcajadas. Hallaba un extraño placer en mofarse del psicólogo, ahora que sabía que no era enemigo.

Alexa avanzó hasta las lindes del bosque, pero no se adentró más, ya que entendía que Xiao la seguiría si se perdía en la espesura. Hasta ahora había conseguido mantener la calma mejor que sus compañeros porque ella había estado a su lado, pero bastaba con perderla de vista para darse cuenta de que Tobías Krage aún habitaba en Xiao.

—Serge... —lo llamó ella. La sombra del médico se recortó entre los árboles. Estaba manchado de hollín, pero intacto en comparación con la mayoría de ellos—. Gracias por no dejar morir a esos jóvenes —dijo ella—. Sé que fuiste tú el que los hipnotizó para que no nos atacaran y regresaste a sacarlos de allí.

—Se escapó por mi debilidad.

—Ser humano no es una debilidad, tú me lo has enseñado.

—Lo es cuando nos enfrentamos a demonios, Alexa. Cuando hay que combatir al infierno, no hay que ser humano, hay que ser...

—¿Michael? —Serge Amberg se paralizó al escuchar su verdadero nombre pronunciado por ella—. Serge Amberg acaba de demostrar que puede hacer algo más que venganza, Michael. Es hora de que asumas que ahora Serge eres tú. Viktor caerá, tarde o temprano lo hará, ¿y qué será de ti?

—¿Te preocupas por mí, Alexa?

—Como tú te has ocupado de mí, con resultados terribles —bromeó, sabía que Serge, o Michael, no estaban listos para seguir adelante.

—No ha salido tan mal, eres más libre que ellos... Eres más libre que yo.

—Pero me he enamorado de uno de ellos, y no de cualquiera, sino del que tiene dos nombres. Tobías tuvo que hacer renacer a Xiao; tú tienes que enterrar a Michael. ¿No estaré repitiendo un patrón?

Serge soltó una risotada.

—No soy tu padre, Alexa.

—No, eso sería limitarte a un rol, Serge. Has sido más que un padre; durante muchos años has sido mi única familia.

Él permaneció en silencio, demasiado conmocionado como para responder. Le llevó un minuto completo volver a sonreír y componer su máscara.

—Por fortuna ahora lo tienes a él, a tu Xiao... no estarás sola.

—¿Es esto una despedida? —Amberg no respondió—. ¿Serge? —Se fue entre los árboles.

—¡Michael!

Joder, pensó Alexa. Dio un paso hacia el bosque, pero sintió cómo un hilo invisible la retenía. Era su conexión con Xiao, era en sus brazos donde debía estar. Serge tenía su propio infierno contra el que batallar, y para vencer, tomar el control del inframundo, qué mejor que convertirse en el hacedor de

sus propios demonios.

EPÍLOGO



Un mes después..

—Si pretendes comprar otra gargantilla, te detendré en este preciso instante —advirtió Alexa cuando se percató de que se dirigían, una vez más, a la tienda Waldorf's and Son's. Tobías se había tomado muy en serio la sugerencia de Serge, y Alexa tenía una gargantilla cada mes. Lo cierto era que la herida apenas había dejado cicatriz, gracias a su conocimiento médico y a los ungüentos de la señora Britt.

—No, esta vez iremos a por un obsequio más importante —respondió él, de manera enigmática. Alexa lo siguió, la curiosidad pudo más que ella. Desde el asalto a las instalaciones del doctor Schwarz, apenas habían salido del cuartel. La necesidad de estar juntos, de amarse y de recordar que estaban vivos y dispuestos a darlo todo los llevó a mantenerse entre las cuatro paredes de la habitación. Era la primera vez que salían y lo hacían para ir a una ciudad que ambos odiaban.

¡Y no solo eso! Tobías había mandado al demonio la discreción y las sombras. En esa ocasión, que él no paraba de repetir que era especial, decidió reservar una habitación en uno de esos nuevos y lujosos hoteles con vistas a la ciudad, con comidas en sus enormes comedores y huéspedes de todas las nacionalidades. Alexa estaba encantada con la experiencia, aunque también algo confundida por el cambio de Xiao.

Sabía que había sido ella quien, sin querer, lo había provocado. En la intimidad de su alcoba, le dijo que había llegado a una conclusión: no se cambiaría el nombre.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque yo no puedo responder por lo que Viktor hizo, no tengo control sobre sus actos, pero sí sobre mí, sobre el efecto que tuvo en mí. No soy Alexa Milbank porque él me haya bautizado así, soy Alexa Milbank por lo que yo hice con lo que él me provocó. Él me dio un nombre, yo le di identidad a ese nombre. Fue Alexa quien corrió a las llamas por ti, quien fue lo suficientemente fuerte para sanar... Fue Alexa quien regresó a tu lado por su voluntad y quien volvió a enfrentar el pasado. Yo soy Alexa. —Hizo una pausa y sonrió—. Viktor cree que tiene poder sobre lo que nombra, como un dios con sus creaciones. Será placentero ver cómo no es así, cómo conseguimos tomar las riendas de nuestras vidas y ser más que su creación, ser demonios forjados en nuestro propio fuego.

Sí, era cierto que aquella fue una decisión difícil para Alexa: aceptar que había una parte del doctor Schwarz en ella, que, así como la rosa marcada en su piel era prueba de su libre albedrío, llevaba en la mente una herida que nunca se iría; todos los Prometheus la compartían.

Por eso era importante para Tobías darle ese obsequio, uno más importante que todas las joyas fabricadas por Sheng Wei Lian. Descendieron al refugio del excéntrico hombre cogidos de la mano. En

su mesa no reposaban las joyas, como siempre, sino un enorme pergamino con escritura china y varios dibujos.

—¿Qué es esto? —preguntó Alexa, confundida, pasando su mirada de Xiao a Wei Lian.

—Es el recuerdo de que no somos su creación, siempre hubo una esencia única que él no pudo alterar, una fuerza mayor que él no puede manejar —respondió Xiao, y saludó al hombre. Alexa también lo hizo, y Wei Lian no tardó en cogerle la mano. Tras lo cual, dijo:

—No, no hay error, nació en 1873 como pensaban. El cálculo es correcto.

—¿Cómo lo sabe? —Alexa fue cautiva del misticismo de esos pergaminos.

—Porque puedo sentir tu energía de Gallo —explicó él, como si fuese obvio. Ella se volvió hacia Xiao.

—El horóscopo chino se basa en animales, y el año en que nacemos determina nuestra personalidad y destino.

—¡No solo el año! —lo reprendió Wei Lian—. También hay un animal interno, que lo determina la luna, y un animal secreto. Esto que ve aquí, señora Krage, es su carta.

—¿Y qué dice?

—Que hoy es tu cumpleaños —dijo Xiao, con una radiante sonrisa. Era imposible saberlo, tal vez se trataba solo de una creencia, pero ocultaba algo de verdad. Habían nacido fuera de Prometheus, existían fuerzas mayores, más grandes que un simple nombre escrito en un papel.

—Tras estudiarlo mucho, no tuve dudas: tú eres un gallo de agua, pero tu animal interno es el tigre. Y según tu shíchén, el animal secreto es una serpiente.

—¿Eso es bueno?

—¡Claro! El gallo es heroico, pero incomprendido. Y eso, combinado con el tigre, te hace completamente impredecible. No haces lo que los demás esperan de ti, siempre consigues sorprender...

—Como por ejemplo, reaparecer como un niño mudo, cuando en realidad eras la mujer que he buscado toda mi vida —le susurró Tobías al oído. Ella se estremeció.

—Pero lo complementas con la inteligencia de la serpiente. Tu misión siempre ha sido proteger; la serpiente es la que está en la muralla china, y eso eres tú, Alexa: una muralla inquebrantable. No hay dudas, naciste en marzo de 1873, entre las once y el mediodía. El hombre se agachó y recogió algo que estaba debajo del mostrador.

Tobías la abrazó.

—Es marzo y es mediodía, así que... ¡Feliz cumpleaños, Alexa!

¡Era una Prometheus, joder! ¿Cómo podía estar tan emocionada?, ¿cómo...? Cuando Sheng Wei Lian posó el pastel sobre la mesa, se olvidó de todo adoctrinamiento y chilló como una niña: ¡era su primera celebración de cumpleaños!

—¿Y tú? —le preguntó a Xiao—. ¿Cuándo es tu fecha de cumpleaños?

—Según Wei Lian, soy mono de agua.

—¡Pff! Mono con animal interno dragón y con un caballo oculto —agregó el sabedor de esas lides—. Le gustan las travesuras, si así se puede llamar a volar medio Londres con dinamita; el dragón le trae buena suerte, de la que se vale en exceso, en mi humilde opinión, y el caballo es su espíritu libre.

—¿Entonces?

—Junio de 1872, cerca de las dos de la tarde. —No podían saber el día exacto, porque el calendario chino no era como el que se empleaba en Occidente.

Cortaron el pastel, abrieron una botella de champán y festejaron el primer cumpleaños de Alexa

Milbank. Sheng Wei Lian tenía preparadas dos alianzas con los símbolos de esos animales, que se entregaron de manera intercalada. Ella llevaría el mono y él, el gallo.

Terminaron la noche en el hotel, recorriendo la historia que contaba sus pieles, una a la que ahora habían podido añadir el principio. Una tarde de junio, en algún lugar de China, una mujer dio a luz a un niño y le grabó su nombre con tinta en la piel. Una tarde de marzo, en algún lugar de Inglaterra, otra mujer trajo al mundo a una niña de ojos grises. Y, sin ciencia ni explicación, estos dos seres forjaron una conexión. Una marca en las estrellas que terminó convirtiéndose en dos rosas rojas candentes pintadas en sus pieles.

Todo lo demás es historia.

SERIE PROMETHEUS



SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES

CUENTA OFICIAL DE SCARLETT O'CONNOR



/scarlettoconnors

CUENTAS DE LUNE NOIR



[/lune.noir.libros](#)



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



Icons made by: [flaticon](#)

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.

<https://lunenoioreditorial.wixsite.com/lunenoir>

OTRAS OBRAS DE SCARLETT O'CONNOR

SERIE SEÑORITAS DE SHAKESPEARE



TÚ, MI DEUDA PENDIENTE



SERIE SEÑORITAS AMERICANAS



SERIE SEÑORITAS BRITÁNICAS



SERIE FAMILIA EVANS



SERIE FLOREROS Y CANALLAS



SERIE CABALLEROS DESDEÑADOS



SERIE CORAZONES DE ESCOCIA



CONTEMPORÁNEO

SERIE SHELL ISLAND



CONTEMPORÁNEO



OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL LUNE NOIR

